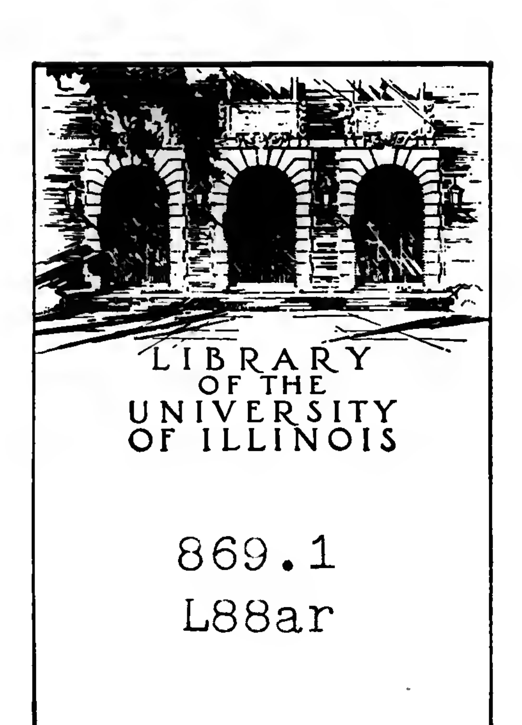




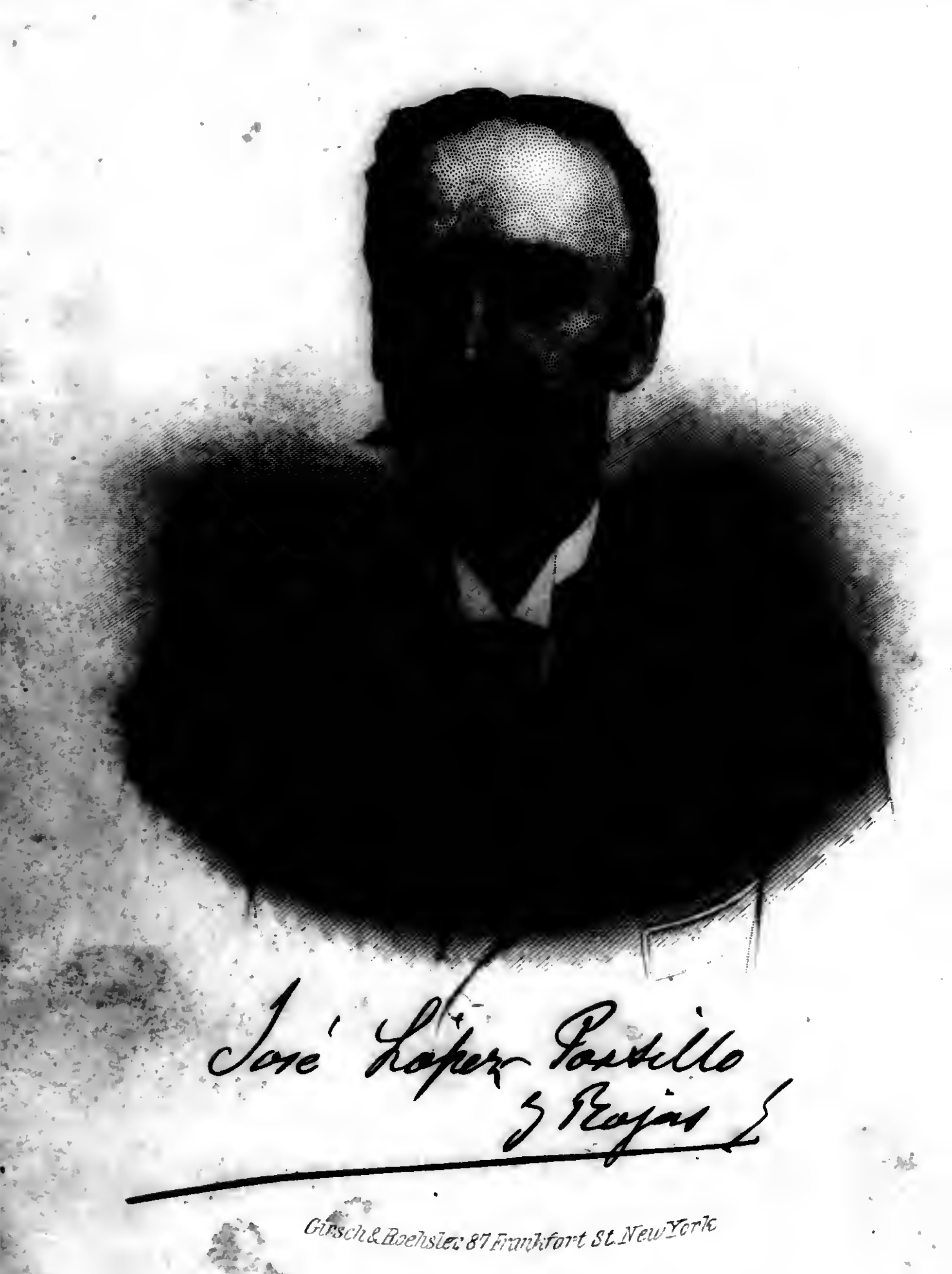


A mi estimado amigo el Sr. D. José C. Miramontes, Presidente de la República... Literaria, en muestra de particular afecto —

José López-Portillo y Rojas

ARMONIAS FUGITIVAS.

Guadª agosto 4 de 93.


José López Portillo y Rojas
Girsch & Roehsler 87 Frankfort St. New York

José López Portillo
y Rojas

JOSE LOPEZ-PORTILLO Y ROJAS.

Armonías Fugitivas.



GUADALAJARA.

EST. TIP. DE "LA REPUBLICA LITERARIA."

1892

Esta colección
comprende composiciones desde la in-
fancia del autor hasta la época
actual.

MIS VERSOS

Ignorados acentos, nacidos
De la mente en el santo misterio,
En estrofas salid convertidos
De vuestro hondo y cruel cautiverio.

No os exhalo por ansia de fama,
Mas por fuerza de arcanos anhelos;
Como el pájaro canta en la rama,
Por amor á la luz y á los cielos.

Vibración invisible, escondida
En el seno del éter sonoro,
Sois del átomo nota perdida
De los seres sin fin en el coro.

Nadie oirá vuestro acento que llora,
Nadie oirá vuestros himnos de goce,
Cual murmura la fuente canora
En las selvas que nadie conoce.

Pasaréis como el ave parlera
Que dirige sus notas al astro,

Y no logra dejar en la esfera
De su efímera vida ni un rastro.

Pasaréis como el aura acordada
Que desciende cantando del monte,
Y se aleja de esencias cargada
A perderse en el vasto horizonte.

De mi pecho latido vehemente,
Sois acentos de amor y esperanza,
O sollozos que el alma doliente
En querellas románticas lanza.

Cual la savia robada á las flores
En esencia se ve convertida,
De mis ansias, ensueños y amores
Sois perfume, sois toda mi vida.

No sois odio, sois paz y cariño;
No sois duda, sois ruego y plegaria:
Sois cual canto sencillo de niño
Y de tórtola voz solitaria.

A una dicha que el mundo no nombra,
Sois reclamo del ánima mía,
Sois gemido de horror á la sombra
Y sois himno de júbilo al día.

Sois remedo de un canto risueño
Que oye el alma y el mundo no advierte,
Sois el eco ideal de un ensueño
Que podré realizar en la muerte.

VOZ DE AMOR

Llenando de paz el suelo,
Baja una voz de la altura,
Que dá á mi pecho ventura
Como á las almas el cielo.

Es cual del celeste coro
Por dulce, ese dulce acento,
Que hace suyo el manso viento
Para ser blando y sonoro.

Tierno en el oído vibra
Y deja el pecho sin calma,
Y viene á tocar del alma
La más delicada fibra.

Es la voz que en mis ensueños
Lleno de emoción oí,
La que en mis delirios dí
A los ángeles risueños.

Es la voz de mis amores
Con que al corazón me hablaban

Los céfiros que pasaban
Y del agua los rumores.

Es la voz con que la gloria.
Me prometió alas triunfales,
Y me brindó sus anales
Para mis hechos la historia.

Es la voz de la ilusión
Que al mundo á luchar me lanza,
Es la voz de la esperanza
Que suena en mi corazón.

Es el arpegio hechicero,
Con que supliqué á mi estrella
Diera que una boca bella
Me murmurara: "te quiero."

Y ese suspiro canoro
Que me dá tanta alegría,
Es el acento, alma mía,
Conque me dices: "te adoro."

ULTIMO RUEGO

¿Sueñas riquezas? ¿Para qué? comprende
Que no es venal sobre la tierra todo:
Lo que no vale nada, eso se vende,
Todo cuanto se vende, todo es lodo.

La dicha de los cielos mensajera
Que en éxtasis de Dios la vida torna,
Esa dicha . . . . la sola verdadera,
No se compra, ni vende, ni soborna.

Olvida los alcázares mejores,
Pues que se encuentran de contento faltos,
Que huyen de los palacios los amores,
Como las fuentes de los montes altos.

El albergue de amor es la espesura,
Allá donde la tórtola se queja,
Y el manso viento al resbalar murmura,
Y alza rumor el agua que se aleja.

Una choza escondida entre las ramas
Sirve mejor que los dorados techos,

Para avivar las celestiales llamas
De contento y amor dentro los pechos.

Ningún tesoro el sobresalto calma
De un anhelo de amor grande y profundo,
Que no se compra el bienestar del alma
Con el oro que encierra todo el mundo.

No ajes la flor de la ternura casta,
Que es la más perfumada de este suelo,
¡Ay del mortal que en el vivir malgasta
El tesoro de amor que le dió el cielo!

EN UNAS BODAS

Abre el seno pudoroso,
Gentil y casta vïola,
Y da á tu feliz esposo
Ese perfume amoroso
Que abrigas, niña, tú sola.

A tu dulce novio mira
En tus plácidos desvelos,
Y hazle saber que delira
El que dice que es mentira
Que hay sobre la tierra, cielos.

Goces prueba delirantes
En blanda y sabrosa calma,
Disfrutando los instantes
Tan caros á los amantes
De vivir dos en una alma.

Aleja de tí el temor
Que ocultó tu amante empeño,
Que puedes ya sin rubor
Todo tu inocente amor
Mostrar de tu vida al dueño.

En tu faz, con dulce intento,
Y en alternativa breve,
Luchan ¡oh tierno momento!
De la pureza la nieve
Y la grana del contento.

Y buscando la expansión
De una ventura celeste,
Se mira con emoción
Palpitar tu corazón
Debajo de tu alba veste.

Y al ver abierta y riente
La puerta de nuevos lares,
Tiemblas ¡oh niña incente!
Como en tu púdica frente
Los cándidos azahares.

Por tí, la color perdida,
También de emoción palpito,
Porque el alma dolorida
De una ternura aun con vida
Ahoga en el seno un grito.

¿Qué mucho que el alma mía
Sienta en tus bodas así,
Si tras larga pena impía
No ha olvidado todavía
Como se siente por tí?

Yo vengo con amargura

A presenciar tu ventura,
Y al ver tu faz halagüeña,
Mi pobre alma se despeña
En abismos de amargura.

Vengo á tí cual los que tienen
Lleno el pecho de contento,
Y al ocultar mi tormento,
Lágrimas del alma vienen
A nublar mi pensamiento.

¡Tú, blanca ilusión querida,
Amor para el cual nací,
Tú, para mi bien nacida,
Para mi amor ya perdida,
Ya perdida para mí!......

Amor mío, vas á dar
A otra vida la alegría
Dejándome en el pesar,
Cuando debiste alegrar
Tan sólo la vida mía!......

Mas no por eso el encono
Sustituye á mi quebranto;
Y como te quiero tanto,
Con el alma te perdono
Bebiendo á mares mi llanto.

Feliz te conserve el hado,
Ya que de él amada fuiste;

Hacerme feliz pudiste
Y me hiciste desgraciado......
Mas no lo pienses, que es triste.

Al cielo del amor puro
Con vuelo rápido avanza,
Mientras con paso inseguro
Bajo yo al abismo oscuro
Donde muere la esperanza.

FILOSOFIA DEL AMOR

Solo siendo desdeñosas
Las bellas, amor inspiran,
Mas cuando amantes suspiran
Ya no parecen hermosas.

La niña más hechicera
Ardiendo en amor, enfada;
La mujer tan sólo agrada
Mientras es una quimera.

Pierde la bella su imperio
Si muestra toda su llama,
Que el hombre tan sólo ama
El encanto del misterio.

Para sanar los galanes
De su enfermedad de amores,
Busquen risas, y favores,
Y juramentos y afanes.

Que el blando favor halaga
Y el corazón enamora;

Mas al final de una hora
El mucho amor empalaga.

Es de cera el corazón
Pues siempre cambiando siente,
Y la impresión más reciente
Borra la antigua impresión.

Lo que dá llanto y despecho
Es lo que al alma enajena;
El amor que más apena
Enraiza más en el pecho.

El corazón sin cordura
Tras mil ensueños se lanza,
Porque adora la esperanza
Más que la misma ventura.

El amoroso heroismo
Llega á su fin con presteza,
Si en el alma se tropieza
Con el amor de sí mismo.

El corazón triste lidia
Con irremediable pena:
El poco amor no le llena,
Y el mucho amor le fastidia.

EL AÑO NUEVO

BRINDIS

Sin sentirlos van pasando
Meses y años de corrida,
Y las horas de la vida
Se van sin tregua menguando.

Los tiempos malos ó buenos
Vanse y no vuelven jamás,
Y cada instante de más
Es un instante de menos.

¡Ah! la existencia se acaba
Con rapidez importuna,
Y al pié de la misma cuna
La sepultura se cava.

Y en vida tan ilusoria,
Y en tan lúgubre partida,
No hay más de cierto en la vida
Que la virtud y la gloria.

¡Ah! yo, que teneis al ver

Unos virtud, otros fama,
De entusiasmo con la llama
El corazón siento arder.

¡De vuestro destino en pos
Seguid y alcanzad victoria,
Porque ambas vienen de Dios,
La virtud como la gloria!

LA DIVINA COMEDIA

¿El lugar? Cualquier ventana.
¿País? El que más se quiera.
¿Trajes? De cualquier manera.
¿El tiempo? El que os dé la gana.

¿Personajes? Una bella
Tan joven y tan hermosa,
Cual la más temprana rosa
O la más límpida estrella,

Y un paladín de ardor ciego
Y de negra cabellera,
De sonrisa placentera
Y de mirada de fuego.

La reja, causando quejas,
Ambos amantes separa,
Los dos acercan la cara
Y maldicen de las rejas.

Callada plática entablan
Mientras con amor se miran;

Sus labios rientes suspiran,
Sus ojos callan, pero hablan.

EL

¡Cuán largas horas sin verte,
Alma de mi corazón,
Cuando no te miro, son
Mis horas las de la muerte!

Mas cuando estoy á tu lado,
Hallo el tiempo tan risueño,
Que se me figura sueño
Hayan las horas pasado.

Y si pudiera, bien mío,
Ver lejos de tí el Edén,
De hallarle hubiera también
Sin tu hermosura sombrío.

Viviera en sombras sumida
Mi alma si viviera sola,
Que es de tu faz la aureola
El sol que alumbra mi vida.

Y es el solo porvenir
Que ambiciono de la suerte,
Existir para quererte
Y cerca de tí morir.

ELLA.

Por más que tu pecho arder

Se sienta en dulce calor,
Tan grande como mi amor
Nunca el tuyo puede ser.

Que al cielo plugo crear
Siempre en sus miras profundo,
A los hombres para el mundo,
A la mujer para amar.

Aun más que mi pensamiento
Eres mi ardiente locura,
Y no sé si mi ternura
Es mi dicha ó mi tormento.

Cuando te vas, alma mía,
De pena acaso muriera,
Si de fijo no supiera
Que á mirarte volvería.

EL POETA.

Y así por ese tenor
Siguen su llama pintando,
Los dos, á cual más, formando
Largos discursos de amor.

La hora triste resuena
En que se dicen adiós,
Y suspirando los dos,
Se dicen adiós con pena.

Mas del alba tras el velo
Las estrellas ya se ocultan,
Y en ocaso se sepultan
Las sombras del alto cielo.

EL.

Me voy! ¡adiós! ¡suerte fiera!
Pero el alma dejo aquí.

ELLA.

Me separo yo de tí,
Mas va tras tí mi alma entera.

EL.

Adiós otra vez, hermosa,
Y dáme el último beso.
(Ella de amor al exceso
Su boca alarga de rosa.)

EL.

Repíteme, bien querido,
¿Juras amarme?

ELLA.

Sí á fé.

EL

Si me olvidas, moriré.

ELLA

Me asesinará tu olvido.

EL POETA

¡Se separan al fin! ¡Tremendo hado!
Más guardan su alma el joven y la bella:
Ni la de él se queda de ella al lado,
Ni se va en pos de él el alma de ella.

Ambos su amor olvidarán bien presto,
Que el amor siempre acaba de esta suerte,
Y en su olvido no habrá lance funesto,
Pues no ha de haber dos muertes, ni una muerte.

Tras este sentirán un amor nuevo,
Y ambos alegre encontrarán la vida.
Y ni ha de hacerse pálido el mancebo,
Ni la virgen se hará descolorida.

Es patético amor en su ternura,
Pero nunca remata con tragedia;
Que es comedia nomás.... Tiene hermosura,
Es divina en verdad; pero es comedia!

LA VIDA

Peregrino me encuentro en una tierra
Donde haber aportado no recuerdo,
El misterio á la muerte el paso cierra
Y entre la sombra me confundo y pierdo.

Vivir es ser juguete del destino,
Que es corriente furiosa y sin remanso,
Dejar el corazón en el camino
Y seguir adelante sin descanso.

Vivir es derramar lágrimas tantas
Hasta quedar sin lágrimas los ojos,
Es el morir de las creencias santas
En páramo de arenas y de abrojos.

Apenas brilla un punto y se obscurece
Cayendo el hombre en el eterno olvido,
Y un mismo soplo del ambiente mece
El ay postrero y el primer vagido.

Ah! no se viene á disfrutar la tierra,
Sino á mirarla con hambrientos ojos,

Que es la existencia interminable guerra
Del alma entre el deber y los antojos.

Pues si el mortal á su deber se rinde
O si de la pasión acepta el yugo,
La pasión ó el deber de que prescinde
Se convierte feroz en su verdugo.

Si á la austera virtud la vida entrega
O si del vicio los ardores sacia,
Donde quiera que siembra, el hombre llega
A cosechar por fruto la desgracia.

Y queriendo alejarse del abismo
Por no tornarse de castigo reo,
Llega por donde quiera á un punto mismo,
Gólgota formidable de un deseo.

Oh! desenlace de la lucha ruda,
Fin de la prueba y del crisol ardiente,
Muerte, no es para mí tu faz sañuda,
Mas cual rostro materno, sonrïente.

Si hoy conducirme entre tus brazos quieres
A las regiones de tu amor sombrío,
No he de pedirte que un momento esperes,
Y alegre aceptaré tu ósculo frío.

Como suele morir manso cordero
Si me hirieras, oh muerte, moriría,
Que el cuello ofrece al matador acero
Y no lanza ni un ay! en su agonía.

NOLI ME TANGERE

Era el día primer de la semana
Tras de Jesús el sacrificio cruento,
Cuando al primer albor de la mañana
Ardiendo en amoroso sentimiento,
La tierna Magdalena
Buscó al Maestro amado,
Y al sepulcro llegó de duelo llena,
Do el cuerpo embalsamado
Pusieran de Jesús. Allá en el cielo
Brillaban las estrellas todavía;
Mas de un inmenso amor para el desvelo
Tarde amanece el día.

Y miró con espanto
La losa del sepulcro removida,
Y á Pedro y Juan corrió despavorida
Y les dijo con llanto:
"El Señor no está ya en su sepultura,
Venid, que no sabemos do le han puesto!"
Y atónitos allá corrieron presto;
Que entonces la Escritura
Comprendido no habían;

Y en el sepulcro entraron,
Y doblados hallaron
Los lienzos que envolvían
El cuerpo del Maestro, y el sudario
Teñido con la sangre del Calvario,
Hacia otra parte, en un rincón sombrío;
Y el sepulcro vacío.
Y como aquel misterio no entendieron,
Dejaron Pedro y Juan la sepultura
Y á su estancia volvieron;
Mas Magdalena nó, que en su amargura
Comprender no podía
Que del caro Maestro los despojos,
Refugio postrimer de su alegría,
No pudieran tornar á ver sus ojos.

Y del sepulcro fuera
Llorando estaba, y asomó á la fosa
Su cara lacrimosa;
Y miró que á los piés y cabecera
Del lugar dó Jesús estado había,
De luz envueltos en fulgente velo,
Como el albor con que despunta el día,
Se encontraban dos ángeles del cielo.
Y, "Mujer ¿por qué lloras?" le dijeron.
Díceles ella: "Porque se han llevado
A mi señor, y dónde le pusieron
Ignoro yo." Y en su mortal cuidado
Volviendo atrás su lánguida mirada,
Se encontró con Jesús, de pié; mas ella
Conocerle no pudo, que agitada
En el el dolor de su íntima querella,

Aunque le vé delante
Reconocer no puede su semblante.
"Mujer—Jesús le dice—¿por qué lloras?
¿A quién buscas?" Juzgando Magdalena
Hablar al hortelano á aquellas horas,
Replícale con voz de angustia llena:
"Señor, si tú de aquí le has sustraído,
Díme do le has llevado
Y hacia él volaré." Y adolorido
Vuelve al sepulcro el rostro, que no sabe
De quien tomar noticia, como el ave
Que halla desierto de su amor el nido.
Y él le dice: "María,"
Y ella, irradiando por su faz el goce,
Al punto le conoce,
Y se arroja á sus piés con alegría.
Y siente que de amor y placer muere,
Y en su inmenso contento,
En lágrimas soltando el sentimiento,
Besar las plantas del Maestro quiere,
Y hacia Jesús avanza
Anhelando esta sola bienandanza.
Mas del Maestro suena
La voz clara y serena
Que en su sitio la clava,
Que estas palabras de escuchar acaba:
"No pretendas tocarme, Magdalena."

¡No le toqueis, que al Padre Soberano
No ha ido aún ni al inmortal seguro,
Y tiene el cuerpo como el cielo, puro,
Y mancha vuestro tacto, que es mundano.

¡No le toqueis! ¡ah, no! miradle sólo,
Que en verle sólo se halla la ventura,
Que es El la refulgencia y la hermosura
Que brillan desde un polo al otro polo.
¡Miradle, y que los siglos que sucedan,
Al contar vuestra historia,
Hacer memoria con envidia puedan
Del milagro de amor que os dió esa gloria!

EL ANGEL CAIDO

I

Cual del capullo sale en la mañana
Fresca rosa temprana,
Apenas de la infancia tú salías.
De tu rostro en la bella refulgencia,
No sé qué daba al pecho más ternura,
Si de tus perfecciones la hermosura
O el casto resplandor de tu inocencia.
De los cielos la llama
Que es luz del mundo y que el azul inflama,
Alentaba en tus ojos, y el semblante
Por dulce claridad iluminado,
Era, puro y radiante,
Del rostro de los ángeles traslado.
Presentaba la vida ante tus ojos
Ancha senda de flores
Sin arena ni abrojos,
Sin llanto ni dolores.
Risueña para tí, te prometía
La existencia de amor mágica historia,
Y la esperanza dichas te ofrecía

E infinito placer y eterna gloria.
Oh! sí, tú mereciste cual ninguna
Pasar la vida alegre y venturosa;
Tu inocencia, tu amor, tu faz hermosa
Debieron apiadar á la fortuna.
Tus pupilas tan lánguidas y bellas
Sólo debieron reflejar amores,
Y nadie sospechó pudiera en ellas
Arder llama de impuros resplandores.

II.

Mas apenas ¡ay triste! de la infancia
Saliste, y se agostó ya tu pureza.
¡Cuán pronto la belleza
Perdiste, pobre flor, y la fragancia!
¡Un instante tuviste de inocencia!
Apenas su sosiego conociste
Y sus tranquilos gustos; tu conciencia
Súbito se tornó lóbrega y triste.
Probaste las caricias
Que en delirante frenesí da el suelo,
Y dejaste por siempre otras delicias
Tan puras y tranquilas como el cielo.
Como ascuas encendidas por el llanto
Están tus ojos, y en mejores días,
Para irradiar de amor las alegrías
Fué formado su encanto,
Esos ojos tan bellos, de ternura,
Nunca llorar debieron, ay! el cielo
Les dió su lumbre pura
Para que nunca la enturbiara el duelo

III.

Ha resonado ya la triste hora
Del infortunio y del inmenso espanto,
La pena te devora
¡Empero no hay consuelo á tu quebranto!
Angel eras de luz, el Infinito
Te cercó de aureola refulgente;
Mas tú, elevando la altanera frente,
De ingrata rebelión alzaste el grito.
Y dejando los dones del Eterno
De la existencia por las tristes galas,
Desplegaste las alas
Y te hundiste en las sombras del infierno.

EL COSMOS

Abre la noche de su inmenso cielo
El portentoso libro ante la mente,
Y errando en él mis ojos con anhelo,
Del Ocaso le cruzan al Oriente.
Convidado á tender audaz el vuelo
El pensamiento por el éter siente,
Y abre las alas, y la tierra deja,
Y de su cárcel mísera se aleja.

En el espacio brotan las estrellas
Como en los campos de la tierra crecen
En el risueño abril las flores bellas;
En zonas sin medida resplandecen
Cual bellísimos faros sus centellas,
Y en esa inmensidad, seres parecen
Formados de diamantes y topacios,
Que tienen los abismos por palacios.

Del cielo la mecánica trabaja
Y nuevos astros sin descanso cría,
Cual forma sin cesar la tierra baja
Los vegetales que echa al haz del día,
Su actividad inmensa nada ataja
Y supera á la misma fantasía,
Que el mundo que al espíritu suspende,
Sin descanso sus límites extiende.

¡Oh actividad inmensa no entendida
Por el más atrevido pensamiento!
¡Oh gigantesca, portentosa vida
Que agita sin cesar al firmamento!
Ante esa inmensidad desconocida
Hiere al alma sublime sentimiento,
Y sumergida en humildad creciente,
Soplar sobre ella el infinito siente.

Modesto asaz, la tierra es un planeta
Que rinde su homenaje al sol lumbroso;
En torno de su luz se mueve inquieta
Y le circunda en vuelo presuroso;
A la atracción solar siempre sujeta
Sigue su eterno rumbo sin reposo,
Y es planeta pequeño, opaco y triste
Que humilde con la luz del sol se viste.

El hombre al globo terrenal unido,
Del mundo universal tan sólo mira
Lo que débil alcanza su sentido;
Y es insecto pequeño que respira
Sobre un planeta que entre mil perdido,
Sin privilegio en el espacio gira;
Humilde producción de humilde estrella,
Ni mejor que las otras, ni más bella.

Pensar que del mortal para contento
Hechos fueron los mundos, es quimera,
Pues él es polvo que arrebata el viento,
Y carece de límites la esfera.
Dueño crearle del cerúleo asiento
Aun más que insensatez locura fuera,
Que poco alcanza á ver de lo creado,
¡Y menos mira aún cuando hay nublado!

EL AMOR CRONICO

—Me decías, mi bien....¿qué me decías?
¡Ah!... sí... ya lo recuerdo... que me amabas.
Yo también te amo mucho en estos días....
Canta, mi dulce amor, lo que cantabas
Cuando el tono al cantar perder solías
Porque con timidez aun me tratabas;
Canta, y tu voz me traiga á la memoria
De un ayer que pasó, la dulce historia.

¡Canta! yo quiero de tu voz canora
Siempre escuchar el melodioso acento,
Cuando cantas, mi bien, mi alma te adora,
Porque aviva tu voz mi sentimiento.
Ni la corriente del pensil sonora,
Ni del pensil el acordado viento,
Imitan de tu voz tan fresca y pura
El timbre angelical y la dulzura.

Empero esa canción no entones, Laura,
¡Hazla cantado tanto!. . . . ¡Es ya tan vieja!. . . .
Tu repertorio musical restaura,
Pues ya su ancianidad sentir se deja.
Cansa el eterno murmurar del aura,
Cansa el susurro eterno de la abeja,
Y cansa al fin, mi bien, todo ruïdo
Si suena buen espacio en el oído.

Hablemos, si te place, del pasado:
¡Dulces horas que rápidas corrieron!
Su recuerdo de aromas impregnado
Baña de luz mi vida; ¡ay! ellas fueron
La ilusión de mi pecho enamorado
Que como realidad mis ojos vieron,
Trasunto de las dichas de la altura
Llenas de casto amor y de ventura.

¿Te acuerdas, Laura, de la vez primera
En que te hablé de mi amoroso fuego?
Nuestra edad infantil apenas era
Cuando hirió nuestro pecho el amor ciego.
Mi voz no pude conservar entera,
Y tú por escuchar mi dulce ruego,
En el alto balcón doblaste el talle
Mientras gritaba yo desde la calle.

La luz nos alumbraba de la luna,
Pues hubo en esa noche luna llena,
Mas no nos estorbó gente importuna
Y hablábamos los dos libres de pena.
No habrá como esa escena otra ninguna
¡Digna de la Edad Media fué la escena!
Que hubo luna, balcón y amante llama,
Y era yo el trovador y tú la dama.

Mas...... basta del pasado! que es bobada
Siempre volver sobre las mismas cosas,
Que el alma á comparar se ve obligada
Y....... las comparaciones son odiosas.
¿No tienes nada que contarme?....... ¿nada?
¿Charadas?...... no por cierto, son tan sosas!
Oh! en esta tierra nunca hay novedades
Y hasta dura el mortal eternidades!

Leamos, Laura, de este libro un poco
Y encontraremos en leer contento.
¿Leer no te fastidia? A mí tampoco,
Son para mí los libros mi elemento.
De júbilo el pensar me vuelve loco
Que te adorna, mi amor, tan gran talento,
Y que siempre me ves con risa amable
Aunque de metafísica te hable.

¡Qué cuadro traza el libro tan inmenso!
¡Bellos rasgos, imágenes brillantes!
Nos habla de la India según pienso,
De panteismo, de monos, de gigantes;
De pueblos mil de prodigioso censo,
De flor de loto, bosques y elefantes....
Pero yo, sin respeto al mundo antiguo,
Uno y otro bostezo me santiguo.

Suspende la lectura, amada mía,
Pues no la entiendo, aunque tenaz me empeño,
Tu voz destila en mi cerebro hoy día
Una cosa..... cual zumo de beleño;
Es que me da en los ojos la bu ía
Y es que la luz artificial da sueño;
Permite que los ojos entrecierre
Y que el sueño importuno así destierre.

¡Por la Virgen de Atocha!...¿qué hora suena?
Una.... dos.... tres.... las doce de la noche.
Un par de horas dormir... ¡por Dios, qué pena!
Perdona.... bien merezco tu reproche.
Es hora de partir.... adiós, sirena,
En pié me duermo. ¡Quién tuviera coche!
¡Cuál pasa junto á tí mi vida ufana!
Adiós, ilusión mía.... hasta mañana!

EL BIEN Y EL MAL

Cercan del niño la cuna,
Mas con interción diversa,
Así la fortuna adversa
Como la buena fortuna.

Y ambas queriendo á la par
Hacer presa en su existir,
Le hacen á veces reir
Y á veces le hacen llorar.

Y vuelta en campo de guerra
Cuna de tan dulce encanto,
Riega el niño con su llanto
Los dinteles de la tierra.

Por eso así se divisa
Del niño en la boca pura,
Ya el gesto de la amargura,
Ya del placer la sonrisa.

¿No es este triste, decid,
Augurio que da el destino
De que es de la vida el sino
Ser campo de eterna lid?

De la infancia la alegría
El bien se la dá al mortal,
Y son los dones del mal
El sollozo y la agonía.

Así pasa la edad tierna
De los infantiles años,
De júbilos y de daños
En intermisión eterna.

Llegada la edad florida,
Como antes, el mal y el bien,
Cercan al hombre también
Y se disputan su vida.

Y con intención aviesa
Yendo de la paz en pos,
"Partamos," dicen los dos
Rendidos al fin, la presa.

Y hallando que á la razón
El corazón es tan ciego,
La mano alargando luego
Ase el mal del corazón.

Y al ver de luz un portento
Del pensamiento en las alas,
Prendado el bien de sus galas,
Hace suyo al pensamiento.

Y en su real cada cual
En lucha siguen también,
Desde el pensamiento, el bien,
Desde el corazón el mal.

Y así, aunque la mente sueña,
Risueños delirios son,
Tanto la dulce ilusión
Cual la esperanza halagüeña.

Y el corazón entre tanto
Siendo del mal la morada,
Cierra á la dicha la entrada
Y abre las puertas al llanto

Por esto el mortal no halla
La paz que tanto desea;
Que la pasión y la idea
Siempre viven en batalla.

Y por eso el hombre advierte
Son al fin el bien y el mal,
El bien, fulgor ideal,
El mal, realidad y muerte.

LA ALTIVEZ VENCIDA

Con el soberbio denuedo
De tu frente,
Causabas, hermosa, miedo
A la gente.

Nada, altanera, mirabas,
O al mirar,
Cuanto existe aparentabas
Desdeñar.

Creí de amor resistieras
A la ley,
O que sólo te rindieras
Al de un rey.

Mas ¿tu marido es quizás
De alto precio? . . . .
¡Es muy feo, y además
Es muy necio!

VEINTIUN AÑOS

—Tu entusiasmo estudiantil
Es de amor pálido esbozo.
Nuestra pasión es pueril,
Que eres demasiado mozo
Y apenas te apunta el bozo.

Veintiun años ¡brava suma
Tienes para mi cariño!
Reflexionarlo me abruma,
Que á tu edad el hombre es niño
Y es como al viento la pluma,

Separémonos por tanto;
Que aquí la historia concluya
De nuestro amoroso encanto,
Pues comprendo en mi quebranto,
Que jamás he de ser tuya.

Y pues tu amor lisonjero
Es veneno de mi suerte,
Ser desdichada no quiero;
Llorar ahora prefiero,
A sufrir después la muerte.

Adiós! y prodigue engaños
A otras mujeres tu afán,
Y puedan tus veintiun años
Al mundo hacer tantos daños
Como los hizo Don Juan.—

Estos renglones que ayer
Me escribió mi bien amado,
Me han hecho al fin comprender
Que en el mundo puede haber
Hasta en los años pecado.

Anoche en mi sueño breve,
Dichas forjando inefables,
Soñé me amaba la aleve
Entre barbas venerables.
Y cabelleras de nieve.

Contra el hado mi enemigo
Tengo el alma sublevada,
Y al ver que apenas consigo
Puede algún viejo, me digo:
"¡Qué gloria, aquí de mi amada!"

En la arca del corazón,

Fatigado de penar,
Esconderé mi pasión,
Y volveré sólo á amar,
Cuando marche con bordón.

ESTOICOS Y EPICUREOS

Las estóicos dijeron: "En la tierra
Es infeliz quien tras la dicha va.
En el alma tranquila el bien se encierra,
Y dentro el pecho mismo el cielo está."

Pero ¡ay! el hombre á la pasión uncido
No pudo dar sosiego al corazón,
Y al contemplarse en el dolor sumido,
En su pecho la espada hundió Catón.

"Es en el mundo—proclamó Epicuro—
Mal toda pena y bien todo placer,"
Y esa gran voz del egoismo impuro,
Hizo con la pasión la tierra arder.

Nada entonces del hombre el fuego doma;
Y hace crápula inmensa del vivir,
Y envilecida por los goces Roma,
Del bárbaro en los brazos va á morir.

Entonces una voz salió del mundo
Que dolorosa recorrió su haz:
"No se halla dicha en el placer inmundo,
Ni del pecho tan sólo está en la paz"

Ni dentro el pecho, ni del pecho fuera,
¡Ay! es verdad que puede hallarse el bien,
Pues que el placer y la virtud austera
Risas tienen y lágrimas también.

Estóicos y epicúreos, vuestra lengua
Lisonjas dice al mundo nada más,
Y de ellas y vosotros para mengua,
No se halla dicha en el vivir jamás.

"Feliz serás DELANTE, AQUI infelice"
Al mundo un mártir oriental gritó.
¡DELANTE! el corazón, ¡oh sí! lo dice.....
Solamente ese Mártir no mintió.

EL TIEMPO URGE

A....

Al que te adora constante,
Cruel desdén le prodigas,
Y á decir al mundo obligas
Que es tu pecho de diamante.

Mas no olvides que la vida
Se va cual sombra ligera,
Y que es sólo una quimera
Nuestra juventud florida.

Cuida, hermosa, no pasar
De tus años el abril
Cercada de ruegos mil
Sólo en pensar y esperar.

Pues que hay en el mundo, advierte,
Innumerables doncellas,

Que han dejado de ser bellas
Antes de fijar su suerte.

De una sé que el sol fulgente
Soñando bajo su planta,
Tuvo en amar mora tanta,
Que envejeció de repente.

¡A cuántas vino á servir
Tan sólo su hechizo blando,
Para perderlo, soñando,
Un inmenso porvenir!

PERDON

A R......

Visión primera de mis dulces sueños,
Maga gentil que en mis delirios ví,
Protéjante los ángeles risueños
Desplegando sus alas sobre tí.

Mira siempre cumplidos tus deseos
Y nunca llegues desgraciada á ser;
Perdóname si en locos desvaneos
Te dí el primer tormento á conocer.

Perdona, hermosa niña, si tus ojos
Que para ser su espejo el cielo crió,
Hice que el llanto los pusiera rojos,
Y por mí la tristeza los nubló.

Perdona el error mío, pues pensaba
Cuando amor te juré con tierno afán,

Que la hoguera que en mi alma se agitaba
No apagara jamás el huracán.

Si te hablé de un amor que en mí no había,
Oh! te juro por Dios que no mentí,
Pues que si era ilusión lo que sentía,
Amor de eterna llama le creí.

Cuando mis ojos vieron tu hermosura,
Sentí en mi pecho el corazón saltar,
Y juzgué que te amaba con locura,
Cuando era sólo que anhelaba amar.

Al término llegabas con descuido
Donde el mundo infantil morir se ve,
Cuando yo me arrimé á tu casto oído
Y mágicas palabras murmuré.

Tus juegos acabaron al instante
Y la risa en tus labios espiró,
Tornóse grave tu infantil semblante
Y en hondo meditar tu alma se hundió.

Yo á tus plantas abrí la sima obscura
Donde entre sombras se perdió tu paz,
¡Y á mi, causa fatal de tu amargura,
Me dió sonrisas tu inocente faz!

Ah! yo á la infancia te arranqué, y al mundo
Coronada de rosas, te arrojé;
Después, sin comprender tu mal profundo,
De la vida en mitad te abandoné!

¡Si vieras cuántas penas me ha costado
Ir del acaso, á tu despecho, en pos!
¡Si vieras cuántas veces he rogado
Me dé tornar hacia el pasado, á Dios!

Tú me adoraste con el casto anhelo
Con que en los cielos ama el serafín,
Y si yo no te amé, fué porque el cielo
No quiso verme entrar en su confín

¡Y no me odias aún! ¡Ni en tu despecho
Mi nombre has maldecido con horror!
Es porque el sentimiento de tu pecho,
Dios le crió de su Edén para el amor....

Si yo te hubiera amado, niña bella,
Nunca hubiera quizás visto el pesar,
Que sin mancha eres tú la sola estrella
Que he mirado en mi cielo fulgurar.

¡Oh de mi dulce abril recuerdo santo!
¡Oh temprana ilusión de mi existir!
Recibe como ofrenda el triste llanto
Que hoy derramo tu nombre al bendecir!

Haces bien de no odiarme hasta la muerte,
Pues me debes tener piedad más bien,
Que es irrisoria y lúgubre la suerte
Del que no amó el encanto del Edén.

Las que sufriste horribles agonías

Al verme lejos de tu amor volar,
Piensa que son risueñas alegrías
Junto á las que he aprendido á devorar.

Suspirando se vuelve hacia el pasado
Que nunca tornará, mi corazón,
Y á la orilla del báratro asomado,
¡Perdón! te grita al espirar ¡perdón!

¡LLORA, IRLANDA!

Cual nido de aves marinas
Isla de verdura, flotas,
Y como de un sueño brotas
De las aguas cristalinas.

Sobre tus playas rïentes
Mansas las ondas se agitan
Y en tus orlas depositan
Algas y conchas lucientes.

Mécense tus brisas llenas
De aromas y de armonías,
Y espléndidos son tus días
Como tus noches, serenas.

Mas tenaz en la demanda,
Tu histórica desventura,

Torna tu alegre verdura
En sarcástica guirlanda.
¡Llora, Irlanda!

Tus hijos siembran el grano
Y haces brotar las espigas,
Y el fruto de sus fatigas
Le cosecha ajena mano.

Y causa duelos prolijos
A tu pueblo tu riqueza,
Que no es, para tu tristeza,
Siendo tuya, de tus hijos.

Vagan en los hielos rudos
Ellos por campos y villas,
Sin color en las mejillas,
Flacos, hambrientos, desnudos.

Y su alma á Dios quejas manda
Viendo que sufren su duelo,
Dentro del sagrado suelo
De su misma patria blanda.
¡Llora, Irlanda!

Las madres limosna piden
Para sus hijos con canto,

Y arrancan los ayes llanto
Que del corazón despiden.

Y el niño al par del anciano,
El varón y la mujer,
Gastan la vida en tender
Hacia el que pasa, la mano.

Pues los hados enemigos
De tu pueblo triste han hecho,
Pobre Irlanda, á tu despecho,
Una nación de mendigos.

Huyendo tu suerte infanda
Triste tu pueblo á millares,
Deja llorando tus lares
Y boga hacia extraña banda.
¡Llora, Irlanda!

Sumida estás en el mar,
Y en mar de penas sumida,
Y es la historia de tu vida
La historia de tu pesar.

Tu vieja gloria arruinó
Sin piedad la suerte avara,
Cual tus palacios de Tara
El tiempo al fin derribó.

No eres ya la alegre Erin
Donde gloriosas sonaron
Las canciones que inspiraron
Los mismos cielos á Oisin;

No eres ya, y tu mal se agranda
Cuando evocas en tu mente,
Un pasado que tu frente
Ciñó de mejor guirlanda
¡LLORA, IRLANDA!

¡A LA GUERRA!

A IRLANDA.

Eres compasión del mundo
Y ludibrio de la suerte,
Y fuera dicha la muerte
Para tu dolor profundo.

La traición ligó tus manos
Y, como sierva vendida,
Has sido de oprobio herida
Por tus bárbaros tiranos.

Bajo sus plantas te ha hollado
Soberbio el conquistador,
Y el látigo del señor
Por tu semblante ha cruzado.

Sin compasión la Inglaterra
A los hijos de tus bravos
Ha vendido como esclavos
Para cultivar la tierra.
¡A LA GUERRA!

Trocada está tu existencia
En martirio horrible y lento,
Y se ha llevado el tormento
Hasta á tu misma conciencia!

Las prendas á tu alma caras
Tus verdugos insultaron,
De tus templos te arrojaron
Y profanaron tus aras.

Todo, inhumanos, con ira
Han sumergido en el duelo,
Y han hecho tu bello suelo
Arder como inmensa pira.

Del valle á la alzada sierra
Tu tierra venganza grita,
Y en sed de sangre se agita
Con los mártires que encierra.
¡A LA GUERRA!

Ese cúmulo de penas

Que es de tu existencia el yugo,
Sobre tí le echó el verdugo
Al forjarte las cadenas.

Fué una edad afortunada
En que tu estrella luciente,
Vió por los cielos tu frente
De gloria y luz rodeada.

Pero tu cerviz altiva
Alzóse entonces ufana,
Porque eras tú soberana,
Nó como ahora, cautiva.

Los laureles desentierra
Que te dió tu antigua gloria,
Y en pos de muerte ó victoria
Contra tus verdugos cierra.
¡A LA GUERRA!

No dés á tu alma fatiga
En plañir tu desventura;
De tu vida la amargura
En sangre inglesa mitiga.

No tiendas ya entrambas manos
Gimiendo en son lastimero;
Mas empuñando el acero
Sumérgele en los tiranos

Inmola esa prole impía
Que te da duelo y afrenta,
Y ni humillada ni hambrienta,
Estarás tras su agonía.

Con sangre de la Inglaterra
Deja tus campos cubiertos,
Para que puedan tus muertos
Beberla bajo la tierra.
¡A LA GUERRA!

EXTASIS

De tu amor al blando alhago
Pasa rápida mi vida,
Cual por la brisa impelida,
Atraviesa el manso lago
La blanca vela tendida.

Vuela cual ave ligera
Llena de dicha y de fé,
Y en mi plácida quimera,
Sin saberlo llegaré
Hasta el fin de mi carrera.

Mientras dulce amor me agita,
Todo tras mí se derrumba,
Y entre el huracán que zumba
Y la humanidad que grita,
Voy absorto hacia la tumba.

Del mundo el rumor profundo
Se estrella en mi blanda calma,
Porque su embate iracundo,
Hiere mi cuerpo y nó mi alma,
Que vive lejos del mundo.

Sé que vivo, porque siento
El cielo de mi ternura;
Mas del tiempo raudo ó lento,
En su éxtasis no se cura
Sumido mi pensamiento.

Desde que te amo, bien mío,
Sé cómo el célico anhelo
No puede sentir hastío;
Que se pierde el albedrío
Siempre que se goza un cielo.

Indiferente al clamor
Que alza la existencia humana,
En mi dicha soberana
Soy todo ilusión y amor,
No tengo ayer ni mañana.

Siento en mí la iniciación
De la infinita ventura;
Que de tu amor la ilusión
Es luz para mi razón
De la eternidad obscura.

Tener un sublime anhelo
Y un placer que le alimente,

Para que en lo inmenso el vuelo
Tienda por siempre la mente,
Esto debe ser el cielo.

Y el cielo tu amor sería
De la muerte sin el dejo;
Mas si he de morir un día,
¡Es tu ternura un reflejo
De los cielos, vida mía!

EL COMPAS

A AGUSTINA, EN LA OPERA

Al mirarte en el teatro
Entre música y fulgores,
Siento crecer los amores
Con que loco te idolatro.

Hace latir la armonía
Mi corazón con violencia,
Y se llena mi existencia
De sueños y de alegría.

Ese dulcísimo acento
Que puebla el aire sonoro,
Me parece que hace coro
Al que alza mi sentimiento
Diciéndote: YO TE ADORO.

Y solamente querría,
Niña mía,

Para idolatrarte más,
Que de la música al aire
No llevaras por donaire
Con la cabeza el compás.

Que tocas y cantas sé,
Pues á mis ruegos, buen grado,
Has en el piano mostrado
Todas tus gracias á fé.

Me es por tanto bien sencillo
Saber, prenda que idolatro,
Conoces el TRES POR CUATRO
Tan bien como el COMPASILLO.

Y no hay para qué, mi bien,
Fatigues tu cuello hermoso
Con ese eterno vaivén:
Dále, por tanto, reposo
Y á mis miradas también.

Pues de tu cuerpo al meneo,
Me mareo
Más que en los mares quizás:
Por Santa Cecilia, pára,
Porque es más bella tu cara
Cuando olvidas el compás.

Te diré—si con franqueza
Cual me exijes he de hablarte,—
Que es afecctación de arte
Mover así la cabeza.

En general, tal exceso
De afectación de cadencia,
Denuncia, en lugar de ciencia,
Una cabeza sin seso.

Al compás de un dulce son
Un cielo el alma disfruta;
Mas entonces, sin disputa,
Es tan sólo el corazón
El que lleva la batuta.

Me ha dicho en música diestro
Un maestro,
Que para siempre jamás
Tuviese yo por seguro,
Que los de oído más duro
Aman por gala el compás.

Dá crédito á lo que digo
Y haz tus compases cesar,
Porque ese cabecear
Es de tu gracia enemigo.

Aparto de tí los ojos

Porque adorarte deseo,
Y al ver tu infeliz meneo
Siento en el rostro sonrojos.

Si quieres que yo te quiera,
El compás no has de seguir,
Que acabaré por reír
Al verte de esa manera
En tu asiento ir y venir.

Asiste á la ópera en calma
Y en el alma
Adórame mucho más,
Y pues no mandas la fiesta,
Deja al director de orquesta
Que lleve solo el compás.

WERTHER

Gustavi paululum mellí
et ecce morior.

Nadie, Werther, cual tú sondó el encanto
Que en sus abismos lo creado encierra:
Tu espíritu á compás alzó su canto
De los himnos que al cielo alza la tierra.

Fué un poema á tus ojos la natura
Con luz escrito, y tu alma conmovida,
Descifró los arcanos de hermosura
Que pueblan los espacios sin medida.

Cada átomo invisible, á tus oídos
Tuvo acento de eterna melodía,
Y respondió tu pecho con latidos
Del universo augusto á la armonía.

¡Cuántas veces del águila atrevida
Tu espíritu envidió el vuelo gigante,
Para beber el néctar de la vida
Del Eterno en el cáliz espumante!

Segundo sol del mundo, tu alma ardiente
Dió calor, luz y vida á lo creado,
Y de otro mundo, hechura de tu mente,
Viste el mundo real engalanado.

Fuistes el corazón del orbe inmenso
Que se gozó en su misma galanura,
Y tu contemplación era el incienso
Que el universo alzaba hasta la altura.

Feliz tú, que iniciado en las delicias
Que el alma tras la muerte sólo obtiene,
Bajar sentiste á tu alma las caricias
De la mano que el orbe crió y sostiene.

Enmedio de la tierra y el espacio
Viste una forma encantadora y vaga,
Cual si del mundo el fúlgido palacio
Fuera la habitación de alguna maga.

¡Una mujer! Ardió tu pensamiento
De sus encantos á la dulce llama,
Como se abrasa en lumbre el firmamento
Cuando del sol con el ardor se inflama.

Tu corazón al universo abriste

Y tu fiebre turbó su augusta calma,
Y sobre el cielo, el mundo y cuanto existe
Torrentes de pasión arrojó tu alma.

Soñador de imposibles, tu locura
Marchó con tu destino en negra alianza,
Y de tu afán la misma desventura
Pábulo dió á tu amor sin esperanza.

Si esa mujer hubieras obtenido,
Hubiera sido adoración tu vida,
Y entre Dios y ella hubieras dividido
El aliento de tu alma agradecida.

Mas un dechado de miseria quiso
Hacer de tí la suerte despiadada;
Y te llevó al umbral del paraíso,
Y para siempre te cerró su entrada.

Devorado de celos y despecho,
Sufriste el torceder de un mal sin nombre,
Y la inmensa amargura de tu pecho
Ejemplo fué de desventura al hombre.

Todo el veneno del amor pusiste
En tus febriles venas con porfía,
Y con ansia frenética bebiste
La ponzoña fatal de tu agonía.

A tu verdugo con mortal deseo
Presentabas el pecho en tu delirio,

Y amarrado al dolor cual Prometeo,
Amabas como dicha tu martirio.

Y creciendo tu amor como un abismo,
Rompió tu corazón lleno de duelo,
Como al globo de luz abrasa el mismo
Vívido fuego que le encumbra al cielo.

Y ocultando tu faz adolorida
Del no ser ante el báratro insondable,
El velo desgarraste de la vida
Y te hundiste en la sombra formidable.......

Cuando de Dios cayó á los piés del trono
Tu corazón en lágrimas bañado,
Acaso Dios te dijo: "Te perdono,
Anda, suicida, en paz, mucho has amado."

MI TRISTEZA

¿Me ves triste, mi bien? No es el tormento
Lo que me tiene triste, es la alegría:
Siempre que la fortuna me sonría,
Triste así me verás en mi contento.

Haz eterno este dulce sentimiento
Que da tanta ventura al alma mía,
Que es la vida esta lánguida agonía
En que muriendo de placer me siento.

Cuando me dices TE AMO entre sonrojos
Con virginal pasión y voz medrosa,
Miro extático abrirse ante mis ojos

La mansión de los ángeles dichosa,
Y en muda adoración caigo de hinojos.
La beatitud es grave y silenciosa.

LA FORTUNA

Nacida de la tierra,
Tiene en ella su asiento,
Que es señora del mundo la fortuna:
Contra el deber y la justicia cierra,
Y hasta el postrer momento
Juega con el mortal, desde la cuna.
Ama, busca y socorre
A quien de ella no cuida,
Y á quien la sigue y sin descanso corre,
Pérfida siempre escápase en la vida.
Es deidad femenil que más se paga
Que del ardiente amor, del desdén frío,
Que al venturoso como sierva halaga,
Y abruma al infeliz con su desvío.
Mata del esperar las ilusiones
Y del martirio da las tristes palmas,
Y rompe los más nobles corazones
Y aniega en llanto las mejores almas.

La gloria y la hermosura
Y también los amores
Vasallos son de sus mudables leyes;
Héroes eleva á la mayor altura,
Da riquezas y honores
Y juega con los cetros de los reyes.
La virtud que el humano
Sublima sobre todo,
Es para su capricho un nombre vano,
Y goza en verla descender al lodo.
Quedan allá los genios eminentes
En el eterno olvido, y entre tanto,
Con lauro se ornan las obscuras frentes,
Sin afán conquistado ni quebranto.
Si la justicia repartir pudiera
El renombre, el poder y la victoria,
De la historia tal vez ¡cuántas rompiera
Páginas llenas de usurpada gloria!

Fortuna, yo no quiero
Que blanda me sonrías
Ni para prosperar tu ayuda pido,
Pues que la justa obscuridad prefiero
De mis modestos días,
Al lustre que no tengo merecido.
La gloria no ambiciono
Que el justo sólo vea
Con altivo desdén, ó con encono
Quien más digno que yo de ella se crea.
Son las horas de olvido á mi alma caras

Sin que tu ciega protección me afrente,
Pues sé que á los mejores desamparas
Y amparas al audaz y al delincuente.
Las puertas de tu gloria ante mí cierra,
Que no me quitas dicha ni consuelo:
¡Tú eres deidad tan sólo de la tierra!
¡Ah! tú no puedes ser deidad del cielo!

LA LLUVIA

Retumba el trueno lejano
Cual rumor de antro profundo,
Y sopla el viento iracundo
Desde la sierra hasta el llano.

De claridad amarilla
Se inunda á veces la altura,
Y desde su grieta obscura
La ronca cigarra chilla.

Extraño, inmenso rumor
De la tierra se levanta,
Y el aire, el árbol, la planta
Parecen sentir pavor.

Llega la nube sombría
Lanzando luz de su seno,

Y á la ronca voz del trueno
Huye presuroso el día.

Suspensa la tierra espera
Al huracán turbulento,
Y palpita de contento
Al retemblar de la esfera.

Con voluptuoso desmayo
Oye los terribles zumbos,
Y responde con retumbos
Al estampido del rayo.

El dulce olor del tomillo
Por los campos se derrama,
Y retozando en la grama.
Se alboroza el corderillo.

Y al par que los cielos crugen
Y que las nubes se agitan,
Tiernos los novillos gritan
Y roncos los toros mugen.

Y dando voces suaves
Cruzan tendiendo su vuelo,
A bandadas por el cielo
Hacia su nido, las aves.

La tormenta se desata
Desde los cielos sombríos,

Y á la tierra manda ríos
Abierta la catarata.

Sorbe la tierra á torrentes
El dulce humor que la riega,
Y la honda ansiedad sosiega
De sus entrañas ardientes.

Y con silencio del cielo
Y con tumulto del mundo,
Hacen su seno fecundo
Las cataratas del cielo.

Y entre el violento huracán
Y el trueno que al orbe aterra,
Concibe, muda la tierra,
En sus entrañas el pan.

LAS CATACUMBAS

Hizo Roma llegar con sus legiones
Del universo hasta el confin sus leyes,
Y convirtió en provincias las naciones
Y en siervos á los reyes.
Por el triunfal camino renombrado
Del Capitolio altivo,
Cuanto el mundo admiró, subió cautivo,
Del vencedor romano al carro atado.
Y bajo arcos de triunfo, entre esplendente
Fiesta de orgullo y colosal victoria,
En Roma entró con su riqueza y gloria
Hecho esclavo el Oriente.
Y desciñendo de su frente adusta
La Grecia su diadema postrimera,
Gimiendo la ciñó á la sien guerrera
De su rival augusta.
Del Pueblo Rey loando la fortuna
Con discursos soberbios, que eclipsaron

A Demóstenes mismo, resonaron
Los Rostros y del Foro la tribuna.
Y, diversión de bárbaros antojos,
En el Circo los hombres se mataban,
Y hacia el César los ojos
Convirtiendo al morir, le saludaban.
El César entre tanto, ya perdido
De sus mayores el aliento bravo,
Desposaba ante el pueblo un bello esclavo,
En traje indigno de mujer vestido.

Mas ya se escucha en el confin del Rheno
Bramar salvaje turba,
Cual muge en lontananza ronco trueno
Que los mundos conturba.
Como torrente de ondas espumantes
Que sobre el campo lánzase iracundo,
Brotó el Norte oleadas de gigantes
Que inundaron el mundo.
Roma se alzó, y ciñendo la coraza
Que aflojó la molicie, vacilante,
La espada empuña y el escudo embraza,
Con el miedo pintado en el semblante.
Inquieta en torno su mirar pasea
Presintiendo tal vez su fin adverso,
Y tarda al caminar, del universo
La corona en su frente bambolea.
Héla ya en el combate:
El hierro esgrime con tremendo empuje,
Y cual león enfurecido ruge,

Y hiere y hiende en rededor, y abate.
Va á sucumbir. Su cetro poderoso
Será botín de rudos batallones,
Mas mortíferas son las convulsiones
De la inmensa agonía del coloso.
Con sin igual congoja
Cumplido siente de su vida el plazo,
Y, perdido el coraje, el débil brazo
Desfallecido de matar, afloja.
¡Ah! no era así cuando ínclitas legiones
Que sobrehumanos héroes condujeron,
Exterminaron cimbrios y teutones,
Y la Galia feroz al yugo uncieron!

Bajo la Roma, en tanto, que moría,
Bajo el pueblo cobarde del delito,
Otro pueblo proscrito
En la sombra crecía.
Por bárbaros edictos condenado,
Ilota del Imperio, al antro obscuro
Fué á pedir un seguro
Para amar y vivir arrodillado.
Acusado de crímenes prolijos,
De la calumnia bajo el torpe yugo,
Imploraba á su Dios por el verdugo
De sus padres é hijos.
Paz opone á la guerra,
Perdón al odio injusto,

Y cual semilla de gigante arbusto,
Germina silencioso entre la tierra.
De las riquezas y la gloria abdica
Y las entrañas de la tierra excava,
Y al par que su morada se fabrica,
De sus hermanos el sepulcro cava.
De afectos terrenales se desprende
Y deja seres de su amor profundo,
Y en vida aún, al mundo
De los muertos desciende.
Y de fé ardiente y de esperanza henchido,
Sólo pide á la suerte
El silencio, la sombra y el olvido,
Ese triple sudario de la muerte.

Mirad: en medio el Circo, despojada
De su alba vestidura,
Aparece en la arena joven pura
Por bárbaros verdugos arrastrada.
Su blonda cabellera
Vuela flotante de su espalda en torno,
Cual si áureo velo hacerle pretendiera
De sus mórbidos miembros en contorno.
De lágrimas un río
Baña su rostro que el pudor sonroja,
Como inunda el rocío
De perlas blancas la amapola roja.
Torna la virgen su mirada honesta

De la inocencia al inmortal seguro,
Mientras la plebe su mirar impuro
Sobre su cuerpo inmaculado asesta.
De aplauso en torno á la doncella, el ruido
Salvaje estalla en prolongado trueno,
Como en la plaza pública el ladrido
Se oye de can obsceno.
Dos víctimas aún la turba aleve
Al Circo arrastra con inicua mano:
Es la primera venerable anciano
A quien la edad cubrió de blanca nieve.
Sin lanzar un gemido lastimero
Manso á la muerte conducir se deja,
Como la dulce oveja
Que encamina el pastor al matadero.
Es un niño la víctima postrera,
Que el umbral de la vida alegre pisa;
La inocencia le dió su dulce risa
Y el cielo en sus pupilas reverbera.

. . . .

Llega en silencio el formidable instante!
La multitud espera de ansia llena,
Y están solos en medio de la arena
El anciano, la virgen y el infante.
Se abre una puerta con estruendo bronco,
Y el tigre y el león saltan hambrientos
En medio el Circo, y á su grito ronco
Retiemblan del Coloso los cimientos.
Al oír los rugidos de las fieras,
El pueblo envilecido
Rompe de aplauso en bárbaro alarido
Más feroz que las bestias carniceras.

Sangriento el ojo, la nariz hinchada,
La boca abierta y los agudos dientes
Prontos á devorar, vuelan rugientes
Las fieras á su presa desdichada.
Las víctimas, en tanto.
En la arena de hinojos,
Tornando al cielo con amor los ojos,
Invocan del Eterno el nombre santo.
Ante la tumba su virtud austera
Inúndase de Dios en el deseo,
Y es, imitando al Mártir Galileo,
De perdón su plegaria postrimera.
Oyese luego entre feroz aullido
Y rumor de gemidos sofocados,
De carnes maceradas el chasquido
Y el estridor de huesos triturados.
Después, en las arenas removidas,
Entre sangrientas charcas humeantes,
Vense entrañas vertidas
Y mutilados miembros palpitantes.—
En tan tremenda escena
La matrona romana se alboroza,
Y olor de sangre en aspirar se goza,
Como suele la hiena.
¡Oh! tú, pueblo romano,
Que á tu crápula y báquicos placeres
El goce añadir quieres
De ver la angustia del morir humano!
Pues que la muerte y los horrores amas,
Se saciarán tus ansias furibundas,
Cuando entre sangre, confusión y llamas
En el abismo de la nada te hundas!

Baja el sol al Ocaso,
Y á su fulgor escaso,
Del Tibre al borde míranse esparcidos
Los restos de los mártires sangrientos,
Que los canes hambrientos
Acechan desde lejos con ladridos.
Correr dejando el llanto de sus ojos,
Santas mujeres con piadosas manos
Recojen de la tierra los despojos
De los héroes cristianos.
Cruzan después el campo silencioso
Que el labrador amedrentado esquiva,
Y con marcha furtiva
Al borde llegan de antro tenebroso.
Y allí, á la faz de un mundo solitario,
Se hunden como fantasmas en la tierra,
Y sobre ellas se cierra
La negra obscuridad como un sudario.

. . . .

Lámparas que alimenta noche y día
Ante las tumbas fraternal cuidado,
Vense en la subterránea galería
Brillar como astros de fulgor sagrado.
Ante ellas, al cruzar la senda obscura,
Los que pasan se inclinan reverentes,
Murmurando fervientes
Sus plegarias que suben á la altura.

En la ciudad que yace sumergida
De la Roma gentil bajo la planta,
Manso rumor cual eco se levanta
De la olvidada vida:
De luces rojas al fulgor dudoso,
Vese en las calles del recinto umbrío,
Aglomerado orando fervoroso
El inmenso gentío:
Haciendo altar de losa tumulararia,
Anciano sacerdote, allí renueva
Sacrificio de amor, mientras se eleva
En torno la plegaria.
De la oración el rumoroso coro
Se aleja como un cántico del suelo,
Y á sus notas los ángeles del cielo
Unen las notas de sus arpas de oro.
De amor divino en éxtasis suspenso,
Amor suspira el pueblo arrodillado,
Mientras resuena el cántico sagrado
Y vuela por los aires el incienso.

De esta paz, de este amor y esta agonía
Sacó su fuerza la ciudad cristiana
Para vencer á la ciudad pagana
A cuyos piés crecía.
Rompió de hinojos el pesado yugo
Que atara á su cerviz adversa suerte;
Nació en las tumbas, se nutrió en la muerte,

Y venció con la paz á su verdugo.
Y poco á poco, del obscuro abismo
Donde yació enterrada,
Fué elevando la frente coronada
De luces, de virtud y de heroismo.
Y al paso que su fama se extendía
Y que triunfante su pendón se alzaba,
El César en su trono vacilaba
Y el Imperio espirante se sentía.
Todo el poder del universo echado
De héroes sobre un puñado,
Fué rémora impotente
Para atajar el vuelo denodado
De un mundo nuevo al existir naciente.
El brazo del verdugo se fatiga
Y la sed de las fieras se mitiga
En la sangre inocente;
Mientras la tierra da por cada gota
De la sangre en que trémula se aniega,
Un mundo de héroes que en la liza brota
Y al hacha del verdugo el cuello entrega.
Ya la ciudad gentil se desmorona
Como viejo edificio sin cimiento,
Y á la ciudad de Dios sirven de asiento
Los vetustos escombros que amontona.
Una las puertas de la muerte gana
Y otra su vida empieza,
Con tanto la cristiana de grandeza,
Cual de miseria y mengua la pagana.
Esta al suelo crujiendo se desploma,
Y aquella eleva cánticos triunfales,
Formando su ovación los funerales

De la espirante Roma.
La barbarie del Norte se derrumba
Sobre el mundo romano moribundo,
Y arrasándolo todo, en ancha tumba
Deja trocado el mundo.
Y esa tropa que el pánico acaudilla,
Hasta el pié de la Cruz, sangrienta llega,
Y allí, arrojando el hacha, se doblega
Y llena de respeto se arrodilla.
Y en torno de esta enseña de victoria
Se agrupa el orbe entero,
Y empieza, con la lid del venidero,
Sus etapas de gloria.
Y tras tanto conflicto y tanta guerra,
De la barbarie la época se cierra
Y la era de la dicha se inaugura,
Bajo este lema que el progreso encierra:
¡Gloria á Dios en la altura,
Y paz á los mortales en la tierra!

Y venció con la paz á su verdugo.
Y poco á poco, del obscuro abismo
Donde yació enterrada,
Fué elevando la frente coronada
De luces, de virtud y de heroismo.
Y al paso que su fama se extendía
Y que triunfante su pendón se alzaba,
El César en su trono vacilaba
Y el Imperio espirante se sentía.
Todo el poder del universo echado
De héroes sobre un puñado,
Fué rémora impotente
Para atajar el vuelo denodado
De un mundo nuevo al existir naciente,
El brazo del verdugo se fatiga
Y la sed de las fieras se mitiga
En la sangre inocente;
Mientras la tierra da por cada gota
De la sangre en que trémula se aniega,
Un mundo de héroes que en la liza brota
Y al hacha del verdugo el cuello entrega.
Ya la ciudad gentil se desmorona
Como viejo edificio sin cimiento,
Y á la ciudad de Dios sirven de asiento
Los vetustos escombros que amontona,
Una las puertas de la muerte gana
Y otra su vida empieza,
Con tanto la cristiana de grandeza,
Cual de miseria y mengua la pagana,
Esta al suelo crujiendo se desploma,
Y aquella eleva cánticos triunfales,
Formando su ovación los funerales

De la espirante Roma.
La barbarie del Norte se derrumba
Sobre el mundo romano moribundo,
Y arrasándolo todo, en ancha tumba
Deja trocado el mundo.
Y esa tropa que el pánico acaudilla,
Hasta el pié de la Cruz, sangrienta llega,
Y allí, arrojando el hacha, se doblega
Y llena de respeto se arrodilla.
Y en torno de esta enseña de victoria
Se agrupa el orbe entero,
Y empieza, con la lid del venidero,
Sus etapas de gloria.
Y tras tanto conflicto y tanta guerra,
De la barbarie la época se cierra
Y la era de la dicha se inaugura,
Bajo este lema que el progreso encierra:
¡Gloria á Dios en la altura,
Y paz á los mortales en la tierra!

SU TUMBA

Cansado de llorar, torné un momento,
Echando mi dolor en breve olvido,
A recrear el triste pensamiento
Con la dulce ilusión del bien perdido.

Me figuré mirar su faz lozana,
Resúmen de amorosas maravillas,
Su fresca boca de color de grana,
Y cual hechas de rosas, sus mejillas.
Y ví á mi amada con sin par delicia
Cruzar por mi recuerdo blandamente,
Como esos ideales que la mente
De los vates engendra y acaricia.
Y al verla de los ángeles traslado,
Resplandecer en mi doliente historia,

Dudé de mi memoria
Y miré como sueño mi pasado.

Oí su canto, musical tesoro
Que mi pecho alegraba y conmovía,
Más henchido de célica armonía
Que de ave leda el gorgear canoro;
Y á la memoria del placer distante,
De emoción palpitó mi pecho amante.
Por esos ecos plácidos guiado,
Troqué en un tiempo mi existencia obscura,
Por la dulce ventura
De un cielo anticipado.
Mas ay! aquella voz armoniosa
Alejóse vibrando dulcemente,
Cual música lejana y misteriosa
Que se extingue en el seno del ambiente.
Como incienso que arriba se deshace,
Su voz se hundió en la altura soberana,
Lugar á donde torna y donde nace
Toda armonía celestial ó humana.

Así, pensando en el perdido encanto,
Del pecho renové la horrible herida,
Que el alma dolorida
Por todos los caminos llega al llanto.

A la mansión de la perpetua calma
Sollozando corrí con mi agonía,
Y ante la losa fría
Que aprisiona á la amada de mi alma,
Me desplomé de hinojos,
Y bebiéndome el llanto de mis ojos,
Besé su nombre escrito
En la fúnebre losa de granito!
Y mientras que mi labio balbuciente
La llamaba con voces cariñosas,
En el afán de mi extraviada mente,
Chocaba con la frente
En la losa insensible,
Y en los aires oía
Un acento vagar que así decía:
¡Todo ha pasado ya! ¡nunca! ¡imposible!

Todo callaba en torno, solamente
La inscripción de su losa funeraria,
Pedía al que pasaba, tristemente,
Un recuerdo, un suspiro, una plegaria.
Sentía en mi amargura,
Cual ráfaga de invierno,
Salir de aquella muda sepultura,
El soplo helado del silencio eterno.
Los fúnebres cipreses y sauces
Derramaban doquier tristeza y duelo,
Y decir semejaban desde el suelo
Señalando el cenit las mudas cruces:
¡La esperanza está allí, sólo en el cielo!

Sólo en el cielo, sí, sobre la tierra
Para mí no es posible bienandanza:
El horizonte para mí se cierra,
Díceme adiós eterno la esperanza,
Y, cautivo perpetuo del quebranto,
Mi vida es el dolor, mi alivio el llanto.

Almas enamoradas y piadosas
Que venis al callado cementerio
A recordar y á orar entre el misterio
Que forma la aureola de las fosas:
Cuando paséis con planta reverente
De este sepulcro frente,
Elevad al Señor una plegaria
Por una niña dulce y hechicera
Que del vivir murió en la primavera,
Y por un alma triste y solitaria!
Esa tumba escondida
Que triste losa cierra,
Guarda todos los sueños de una vida,
Todo un idilio de ternura encierra.
En ese espacio lóbrego y pequeño,
Cayeron despeñadas como estrellas,
Las ilusiones del amor más bellas
Que acarició jamás humano ensueño.
Esa lúgubre losa mortuoria
Es el final de la más bella historia

Que, arrobados en éxtasis profundo,
Con ensueños, delirios é ilusiones
Han sabido escribir en este mundo
Dos jóvenes y amantes corazones.

ARMONIAS FUGITIVAS

Música alegre resuena
Y por mi estrecha ventana,
Entra con cadencia ufana
Y toda mi estancia llena.

Dejo á un lado el libro abierto
En donde absorto leía,
Y al oír esa armonía,
No sé á qué afectos despierto.

Flotan en mi pensamiento
Dicha y dolor confundidos,
Como risas y gemidos
Vagan al par en el viento.

Pensando inclino la frente
En honda meditación,

Y oprimen mi corazón
Los recuerdos de mi mente.

¡Qué de ilusiones de gloria,
Qué de alegrías perdidas,
Qué de imágenes queridas,
Se agolpan á mi memoria!

Renace en mi pensamiento
La grata edad de la infancia,
Envuelta en dulce fragancia,
En pureza y en contento.

Torno á mirar los celajes
Que vió mi espíritu un día,
Cuando aun volar no sabía
Cual ave de albos plumajes.

Torno á sentir vagorosos,
Los éxtasis del pasado;
Oh! dulce recuerdo amado
De mis días venturosos!

Esas notas argentinas,
Esas blandas vibraciones,
¿No son de las ilusiones
Las armonías divinas?

Ese concierto que llena
Mi corazón de contento,

¿No es eco de aquel acento
Que amé tanto, y ya no suena?

¿Qué me dice con su encanto
Esa fugaz armonía,
Que al par expresar querría
Con mi risa y con mi llanto?

Ritmo que de mi ilusión
La voz despertando vas,
De tu cadencia á compás
Se agita mi corazón....

. . . .

Mas ya se aleja vibrando
Esa ola de armonía,
Y en la sorda lejanía
Va por grados espirando.

Su voz apenas se escucha
Viniendo de lontananza,
Cual la voz de la esperanza
Que contra la muerte lucha.

Ese rumor acordado
Que se extingue sollozante,
Es cual mi vida espirante
Que se abisma en el pasado.

Se van sus dulces rumores,

Se alejan sus melodías:
¡Adiós ilusiones mías,
Adiós, éxtasis y amores!

El mudo silencio yerto
Que se forma en torno mío,
Me vuelve á este mundo impío,
Que está para mí desierto.

Del sepulcro la marea
Siento que mi aliento ataja,
Y como negra mortaja
La soledad me rodea.

JESUCRISTO

Al norte de Solima,
La ciudad soberana
Que de la historia humana
Marca y ocupa la elevada cima,
En la estéril región que nunca viste
De la hermosa natura los arreos,
Elévase al Calvario, loma triste
Destinada al suplicio de los reos.
A la hora de sesta,
Cuando más viva lumbre
Derrama en el espacio el rey del día,
Suele apiñarse en la región funesta,
Inmensa muchedumbre
Que acude presurosa
A mirar del suplicio la agonía;
Que el hijo del Judá, como el pagano,
Gozó feroz con el dolor humano.

En la cumbre del monte,
Del sol ardiente por la luz bañados,
Destácanse en el fúlgido horizonte
Sobre altas cruces, tres ajusticiados.
Dos de ellos, bien se mira,
Son de la sociedad baldón y estorbo,
Pues en su rostro despechado y torvo,
Dolor no se retrata, sino ira.
Augusto el otro y bello,
Aunque alzado en la cruz cual delincuente,
De la inocencia el apacible sello
Muestra en la luz de la serena frente.
De amor sublime los sagrados lazos
Tiende al hombre, y por él suplica tierno,
Abriendo á sus miradas ambos brazos
Y elevando los ojos al Eterno.
Y extendido en la cruz, vueltas las manos
Y la mirada á la radiante esfera,
Parece sólo que un momento espera
Para hundirse en los cielos soberanos.

Ese crucificado
Es Jesús el profeta,
El que en arengas á la turba inquieta,
Predicaba la muerte del pecado;
El protector piadoso
De todos los pequeños y dolientes,
El que daba á los niños inocentes

Abrigo cariñoso;
El que manso á la mesa aborrecida
Sentábase del duro publicano;
El que salvó á la adúltera la vida
Extendiendo la mano
Sobre su obscura frente envilecida;
El que con dulce amor y santa idea
Redimió del error y del delito
A las almas sencillas,
Y los bordes del mar de Galilea,
Del estupor entre el constante grito
Conmovió con inmensas maravillas;
Quien dió á los ciegos luz, al sordo oído,
Consuelo á las más duras pesadumbres,
Salud al afligido
Y pan á las hambrientas muchedumbres;
El que del cielo en el sagrado nombre
La ergástula rompió con santas manos,
Y predicó á la faz de los tiranos
La libertad y la igualdad del hombre;
El que del vicio y la abyección nefanda
Salir hizo á su voz al hombre ingrato,
A manera del pútrido cadáver
A quien dijo imperioso: ¡SURGE Y ANDA!
Y salió de la tumba á su mandato.

La sombra de la pálida agonía
De Jesús en la faz se difundía,

Cual de la noche el velo
Al declinar el día,
Se va extendiendo por el claro cielo.
Al peso del dolor se doblegaba
Murmurando perdón su boca pura,
Y lleno de pavura
El pueblo en torno de la cruz giraba.
Angeles no bajaban de la altura
A librar al profeta
Con espadas de vívidos fulgores;
Mas de fuente recóndita y secreta
En el pueblo brotaban los terrores.
¿Por qué tal confusión? Veces sin cuento
Vióse la cruz alzada
Sobre esa cima tétrica y pelada
Donde tienen las lágrimas asiento;
Y el inocente que de impías manos
Recibe muerte fiera,
No terror, compasión causar debiera
En los pechos humanos!

Es que hay en la conciencia
Voz que acusa, y acento de sentencia,
Y no es posible, sin oír su grito,
Cometer el delito
Y hollar impíamente la inocencia.

Es que ese ajusticiado que perece,
Es de una arcana y formidable esencia,
Y al mirar su bondad y sus prodigios,
Cual radiación de un astro esplendoroso,
Más bien que hombre, parece
Arcángel poderoso.
Holló su planta el suelo
Y resonó su voz en la Judea;
Pero su corazón siempre y su idea
Anduvieron alzados por el cielo.
De sus pupilas la mirada calma
De caridad y amor estaba llena,
Y el timbre de su voz dulce y serena
Penetraba hasta lo íntimo del alma.
Resistir nadie pudo de sus ojos
La casta refulgencia,
Sin sentir el afán de la conciencia
Asomar á la faz entre sonrojos.
Al oír los consejos de sus labios,
La frente alzaban los que siempre gimen,
Callaban los más sabios
Y era mirado con horror el crimen

¡Todo está consumado!
Clamó con voz tremenda y estentórea,
Que reprodujo el eco amedrentado
De la región austral á la hiperbórea.
¡Todo está consumado! El gran acento

Cual voz de tempestadsonó iracundo,
Y por las hondas trémulas del viento
Se propagó con estupor del mundo.
Rotos los lazos de la vida, el cuello
De Jesús doblegóse inanimado,
Y sobre el noble pecho ensangrentado
Cayó el semblante bello.

Entonces, cual si fuera
Presa el orbe de vértigo gigante,
Avivaron los astros su carrera
Y trepidó la esfera vacilante.
Rojas y obscuras nieblas
Por el cárdeno espacio se extendieron,
Y de la tierra sebre el haz, cayeron
Palpables las tinieblas.
Las negras alas de la noche obscura
Se abrieron en el alto firmamento,
Y con fulgor siniestro y macilento
Brillaron las estrellas en la altura.
A impulso de iracundo terremoto,
Bamboleó la tierra estremecida,
Cual nave sin piloto
En mar embravecida.
Y los sepulcros tétricos, abiertos
Por mano misteriosa,
Lanzaron de su boca pavorosa
Sobre Salem sus animados muertos!

¡Es lo inmenso que surge,
Lo ignoto pue aparece,
Lo infinito que asoma y resplandece!

En tanto, el pueblo impío,
Rotas al cabo del error las nieblas,
Exclamaba: ¡Perdón, perdón, Dios mío!
Golpeándose el pecho en las tinieblas.

¡Era el Hijo de Dios, era el Mesías
Que anunciaron las santas profecías!
Oh! hombres! en la sangre del Ungido
Vuestras manos crueles se han teñido,
Y al peso aterrador de vuestro crimen,
La inmensa creación se ha estremecido!

Preñada catarata,
Rayo devastador, fuego celeste,
Asoladora peste

Se amontonan del aire en el dominio
Sobre la tierra ingrata,
Esperando de Dios el alto imperio
Para ejercer sn horrible ministerio
De destrucción, de muerte y de exterminio!
Mas Dios Omnipotente
Movió en la altura el cetro refulgente,
Y ordenó á los siniestros mensajeros
Se alejaran del mundo, y así dijo:
"La misión de mi Hijo
Fué de amor y ventura para el hombre;
Su martirio ha de ser al bien fecundo:
Salvador es su nombre,
Y ungido por su sangre redentora
Es ya sagrado para siempre el mundo!"

Dijo así, y al instante
Brilla de nuevo el sol, el alto cielo
Origen de la luz, se inunda de ella,
Recobran su alma paz la esfera bella
Y las estrellas su apacible vuelo.
Del seno de Abraham mudo y sombrío
Se elevaron los justos,
Y ascendieron, colmando su albedrío,
Hasta los reinos de la luz augustos.
Renació la concordia
Entre Dios y su mísera criatura,
Y, redimida de la sombra obscura,

Por la misericordia
El alma humana se elevó á la altura.

Realizóse por fin la maravilla
De que bajara al mundo Aquel que fuera,
Del Jordán deseado en la ribera
Y del Nilo en la orilla;
El que tan largo tiempo fué esperado
Por los pueblos que tienen su morada
En los bordes del Ganges afamado
Y en la orilla del Eufrates sagrada;
Y allá en las costas do la mar Egea
Canta amores con rítmico oleaje,
Y en la playa de América salvaje,
Tumba diaria de la luz febea;
Y en las arenas de la Libia ignota
Donde arde un sol al que ninguno iguala,
Y en la orilla remota
De la mar de Japón y de Bengala.

De Confucio y Zoroastro
Sócrates y Platón fué la alta gloria,
Anunciar en el cielo de la Historia
La ascención de ese astro.

La Academia y el Pórtico perecen
Al herirlos la luz del nuevo día,
De la razón los horizontes crecen,
Y la Filosofía
Y los sabios helenos enmudecen,
No hay corazón donde la voz no vibre
De la esperanza con sin par grandeza,
Muere el esclavo, nace el hombre libre,
Y del progreso la epopeya empieza.

Oh! Cristo! yo te adoro
Con entusiasta amor, y el pecho mío
De ardentísima fé guarda un tesoro.
Yo sin tregua te envío
A través de mi vida, al cielo inmenso
Do tienes tu morada,
De mi amor y mi fé el constante incienso.
En medio del torrente
Devastador de la maldad del día,
He resistido el ímpetu inclemente
De la soberbia y la blasfemia impía.
Grande, hermoso, poético te miro,
Sin saber en mi anhelo
Si acaso te amo más, ó más te admiro.
Y siempre te confieso ¡oh Dios del cielo!
En medio de las sátiras del mundo,
Y cifro en adorarte mi desvelo,

Y sólo en tí mis esperanzas fundo.
¡Que la luz bendecida
Que despide la insignia de tu muerte,
Disipe las tinieblas de mi suerte
En la senda escabrosa de la vida!
Cuando la muerte adusta
Ponga fin á mi vida congojosa,
No quiero más sobre mi obscura fosa,
Que el santo amparo de tu cruz augusta.
Y cuando cruce yo la solitaria
Eternidad ¡oh Padre Soberano!
Haz que lleve en el labio una plegaria
Y una cruz en la mano!

ALMA NATURA

Caminando del monte por la falda,
Miro huir á mi espalda
De la ciudad el triste caserío,
En tanto que á mis ojos anhelantes
Aparecen radiantes
El campo inmenso y el azul vacío.

Tíñese de rubor el alba pura
En la diáfana altura,
Y semeja el confín mar de escarlata;
Asoma el sol la rubicunda frente,
En el lejano oriente
Y por la esfera su esplendor dilata.

Sobre el primor de las campestres galas
Bate el viento las alas
Y alegres himnos por do quier concierta;

Y sólo en tí mis esperanzas fundo.
¡Que la luz bendecida
Que despide la insignia de tu muerte,
Disipe las tinieblas de mi suerte
En la senda escabrosa de la vida!
Cuando la muerte adusta
Ponga fin á mi vida congojosa,
No quiero más sobre mi obscura fosa,
Que el santo amparo de tu cruz augusta.
Y cuando cruce yo la solitaria
Eternidad ¡oh Padre Soberano!
Haz que lleve en el labio una plegaria
Y una cruz en la mano!

———

ALMA NATURA

Caminando del monte por la falda,
Miro huir á mi espalda
De la ciudad el triste caserío,
En tanto que á mis ojos anhelantes
Aparecen radiantes
El campo inmenso y el azul vacío.

Tíñese de rubor el alba pura
En la diáfana altura,
Y semeja el confín mar de escarlata;
Asoma el sol la rubicunda frente,
En el lejano oriente
Y por la esfera su esplendor dilata.

Sobre el primor de las campestres galas
Bate el viento las alas
Y alegres himnos por do quier concierta;

De ruidos misteriosos se alza el coro,
Brama gozoso el toro
Y el eco aletargado se despierta.

El labrador alegre y satisfecho
Va en el amplio barbecho
Surcos trazando con el corvo arado,
Y la yunta obediente y silenciosa
Camina perezosa
Desde un extremo al otro del cercado.

Cruza el musgo gimiendo dulcemente,
La límpida corriente
En cuyas ondas se retrata el cielo,
Pareciendo decir en su cadencia:
"Es bella la existencia
Correr, gozar, morir, tal es mi anhelo."

Envueltos en sus lánguidos capuces
Los copudos sauces
Se asoman á las aguas con tristeza,
Cual sabios que pensando en los engaños
De los rápidos años,
Inclinan gemebundos la cabeza.

Entre las frondas de la selva obscura,
En la fresca espesura,
Se oye el trinar de cadenciosas aves,
Que van cantando en argentinas notas
Sus ternuras ignotas,
Sus blandos goces y sus penas graves.

¡Salud, esplendoroso panorama!
De la vida la llama
Siento que en mí vuestro fulgor atiza,
Y entre contento, inspiración y pasmo,
El perdido entusiasmo
Vuelve á arder de mi pecho en la ceniza!

Mi rápido corcel de aire sediento,
La nariz abre al viento
Y el arqueado cuello alza gozoso,
Baña de espuma la apretada cincha
Y con fuerza relincha
Tascando el freno, de correr ansioso.

Al escuchar su acento entusiasmado,
Se detiene el ganado
Que la rica dehesa casi esconde,
Y sacudiendo la crinada frente,
Con relincho potente
Al saludo de júbilo responde.

Oprimiendo en la mano sacudida
La restirada brida
Que el noble ardor del alazán ofende,
Siento que yo también cruzar quisiera
En rápida carrera
El campo inmenso que ante mí se extiende;

Y volar, cual de vértigo llevado,
Al confín esfumado
Que se mira en los ténues horizontes,

De ruidos misteriosos se alza el coro,
Brama gozoso el toro
Y el eco aletargado se despierta.

El labrador alegre y satisfecho
Va en el amplio barbecho
Surcos trazando con el corvo arado,
Y la yunta obediente y silenciosa
Camina perezosa
Desde un extremo al otro del cercado.

Cruza el musgo gimiendo dulcemente,
La límpida corriente
En cuyas ondas se retrata el cielo,
Pareciendo decir en su cadencia:
"Es bella la existencia
Correr, gozar, morir, tal es mi anhelo."

Envueltos en sus lánguidos capuces
Los copudos sauces
Se asoman á las aguas con tristeza,
Cual sabios que pensando en los engaños
De los rápidos años,
Inclinan gemebundos la cabeza.

Entre las frondas de la selva obscura,
En la fresca espesura,
Se oye el trinar de cadenciosas aves,
Que van cantando en argentinas notas
Sus ternuras ignotas,
Sus blandos goces y sus penas graves.

¡Salud, esplendoroso panorama!
De la vida la llama
Siento que en mí vuestro fulgor atiza,
Y entre contento, inspiración y pasmo,
El perdido entusiasmo
Vuelve á arder de mi pecho en la ceniza!

Mi rápido corcel de aire sediento,
La nariz abre al viento
Y el arqueado cuello alza gozoso.
Baña de espuma la apretada cincha
Y con fuerza relincha
Tascando el freno, de correr ansioso.

Al escuchar su acento entusiasmado,
Se detiene el ganado
Que la rica dehesa casi esconde,
Y sacudiendo la crinada frente,
Con relincho potente
Al saludo de júbilo responde.

Oprimiendo en la mano sacudida
La restirada brida
Que el noble ardor del alazán ofende,
Siento que yo también cruzar quisiera
En rápida carrera
El campo inmenso que ante mí se extiende;

Y volar, cual de vértigo llevado,
Al confín esfumado
Que se mira en los ténues horizontes,

Y embriagado de luz y de fragancia,
Devorar la distancia
Burlando abismos y salvando montes.

Soy átomo nomás de tu grandeza,
Madre naturaleza,
En mí la mágia de tu fuerza siento;
Con tu luz brillo, con tus himnos canto,
Ardo en tu fuego santo
Y me arrebata tu divino aliento.

Llevo en mí la aflicción del desterrado!
Del horizonte amado
El ansia inextinguible me consume;
Guía mis pasos el fulgor de un sueño,
Y aunque ignoto y pequeño,
Soy luz, inmensidad, nota y perfume.

Á HIDALGO

¡Oíd la tempestad atronadora!
¡Mirad como á su aliento poderoso
El mundo se doblega!
Suena de libertad la alegre hora
En el relox del tiempo misterioso....
¡Despertad, pueblos, el instante llega!
La antigua sociedad, cual molde estrecho,
Cede al embate de volcán rugiente,
Y en el estrago universal, se siente
La gestación sublime del Derecho.

Orgullosa Britania! la primera
Fuistes á recibir el golpe rudo!
En vano al choque de la lid guerrera

Y embriagado de luz y de fragancia,
Devorar la distancia
Burlando abismos y salvando montes.

Soy átomo nomás de tu grandeza,
Madre naturaleza,
En mí la mágia de tu fuerza siento;
Con tu luz brillo, con tus himnos canto,
Ardo en tu fuego santo
Y me arrebata tu divino aliento.

Llevo en mí la aflicción del desterrado!
Del horizonte amado
El ansia inextinguible me consume;
Guía mis pasos el fulgor de un sueño,
Y aunque ignoto y pequeño,
Soy luz, inmensidad, nota y perfume.

Á HIDALGO

¡Oíd la tempestad atronadora!
¡Mirad como á su aliento poderoso
El mundo se doblega!
Suena de libertad la alegre hora
En el relox del tiempo misterioso....
¡Despertad, pueblos, el instante llega!
La antigua sociedad, cual molde estrecho,
Cede al embate de volcán rugiente,
Y en el estrago universal, se siente
La gestación sublime del Derecho.

Orgullosa Britania! la primera
Fuistes á recibir el golpe rudo!
En vano al choque de la lid guerrera

Opusiste luchando el fuerte escudo;
En vano tus valientes campeones
Regaron con su sangre generosa
De América gentil la tierra hermosa.
Rotas fueron do quiera tus legiones,
Embotóse el acero,
Terror un tiempo en tu robusta mano,
Y el cólono guerrero,
Trocado en laborioso ciudadano,
Al reclamo de Washington eleva
Una libre nación potente y nueva,
En el hermoso suelo americano.

Al acento fecundo
De libertad que por los aires zumba,
Conmuévese gimiendo el viejo mundo;
Treme su tierra con mortal espanto,
Cual la losa pesada de la tumba
Que á Lázaro guardó en obscura fosa;
Y en faz de la nobleza, bajo el manto
Del rey que sin pragmáticas gobierna,
Aparece la cara tormentosa
Del irredento pueblo,
Nuevo monarca de la edad moderna!....
¿Qué no vió entonces la asombrada Europa?
Alzó la Galia el formidable acento
Clamando libertad, derribó un trono,
Y de libres formando heróica tropa,

De los tiranos contra el firme asiento,
Cual tromba horrible desató su encono.
Y combatiendo en desigual pelea
De las naciones contra el odio ciego,
Vió de su sangre revivir al riego,
Lauros de Maratón y de Platea.

Luego España valiente,
De bravos cuna, del honor santuario,
Sacude el yugo que invasora gente
Echó á su cuello con baldón nefario.
¡Epica lucha de inmortal renombre!
De un lado Bonaparte
Y la indómita España de otra parte....
¡La raza de héroes frente al grande hombre!
Sublime en su furor y justa saña,
Pasmó á la Historia con su arrojo España,
Y al César infundió susto y desmayo
Prodigando la sangre de sus venas,
Que no hizo Dios para sufrir cadenas
Al pueblo de Bailén y el Dos de Mayo!

Los céfiros risueños
Que empujan de la nave el alta popa,

Traían á la América en sus alas
Cantos de libertad que enviaba Europa.
Y las sonantes olas
Que á nuestras playas á morir llegaban,
Llenas de asombro á América contaban
Las espléndidas glorias españolas.
¡Oh Dios! también acá el sublime ejemplo
La sangre varonil hervir hacía,
También acá la libertad tenía
En todo pecho mexicano un templo.
También acá trocar en noble vida
Ansiábase la mísera existencia,
Y cantar entre el humo del combate
El himno de la santa independencia.
Rumores vagos por do quier brotaban,
Que próxima tormenta presagiaban:
El ilustre Verdad ante la Audiencia
Clamaba libertad, y Talamantes
Los derechos del pueblo defendía;
Conspiraba el valiente Michelena,
Y en los viriles ánimos cundía
Ese ardor santo del que esclavo gime,
De lucha y libertad ansia sublime!

Un caudillo pedía
La nación impaciente,
Un caudillo admirable de osadía
Que desatara el huracán rugiente,

Y traduciendo el voto de la tierra,
Clamara ¡LIBERTAD! gritara ¡GUERRA!
Mas ¿dónde hallarle, oh Dios? Reuelve en vano
La patria en torno desmayados ojos,
Y sólo mira bajo el yugo hispano,
Esclava grey con humildad de hinojos.
¿Quién osará invocar las justas leyes
Que defienden de Anáhuac el derecho?
¿Qué héroe el reto lanzará? ¿qué pecho
Desafiará el poder de los virreyes?
¿Quién moverá de Marte los furores
A costa de la plácida existencia?
¿Quién osará gritar ¡INDEPENDENCIA!?
Yó! dijo voz salida de Dolores.
Hidalgo! fuiste tú, fuiste el primero
A levantar la voz libertadora
Y á desnudar el matador acero,
Anhelando formar gloriosa patria
A precio de tu sangre redentora.
Oh! ministro de paz, débil anciano
Coronado de nieve!
Tú á la empresa inmortal pusiste mano,
Dándole ejemplo al joven ardoroso
Y rubor al guerrero valeroso!
Sacerdote, ante el ara sólo acentos
De paz y amor habías pronunciado,
Y tus trémulas manos solamente
Bendicionas habían prodigado.
Otro afán, otro ardor, otros desvelos
Te embargaban, ansiabas otras palmas.
Eras pastor pacífico de almas
Y encaminabas tu rebaño al cielo.

De súbito ¡magnánima mudanza!
Tu destino en guerrero se convierte,
Lanzas gritos de guerra y de venganza,
Y empuñando las armas, vuelas donde
Muerte se siembra, y se recibe muerte!

¿Qué pudo tu conciencia
A tal punto mover, encender tanto,
Hasta trocar tu mística existencia,
De corriente tranquila y sosegada
En catarata ciega y desbordada?
¡Tu genio excelso y tu bondad nativa!
Ellos dieron á tu alma pensativa
La viril decisión, el temple fuerte;
Por ellos renunciaste al beneficio
Con que brinda al mortal la dulce calma,
Y corriste, sublime, tras la palma
Noble y triste que otorga el sacrificio.
Quizás cuando ante el ara, entre el incienso,
Del Gólgota el recuerdo renovabas,
Tu inmolación heróica meditabas,
Queriendo, sacerdote, asemejarte
En tu abnegado amor al Dios inmenso.
Y al alzar la Hostia sacra ante la vista
De un pueblo siervo de valor exhausto,
Para romper el yugo ponderoso
De la ruda conquista,
Pensabas ofrecerte en holocausto.

Ya resuena tu acento
En las pasmadas ráfagas del viento,
Ya se extiende en la esfera y se dilata,
Y choca del virrey contra el asiento
Cual desencadenada catarata.
¡Libertad, mexicanos!
Oid el grito salvador que suena,
Y levantando al cielo vuestras manos,
Indignados romped vuestra cadena.
En pié, míseros indios, descendientes
Del tamán, del minero,
Del siervo que marcó el encomendero,
Raza inferior de parias y menores!
¡En pié poneos! y el clamor guerrero
Que retumba en el valle y alta sierra,
De gozo á vuestros ínclitos mayores
Los haga estremecer bajo la tierra!

Ya acuden al sonido
De la bélica trompa, ya se agitan
Saliendo al cabo del letargo inerte,
Y con bronco alarido
En la sangrienta lid se precipitan
Buscando libertad ó ansiando muerte.
Cual torrente furioso
De México se lanzan á las puertas;
Proteje ¡oh Dios! su esfuerzo generoso,
Y el triunfo otorga tras angustia tanta,
A la justicia de su causa santa.

Truena el cañón; al hórrido estampido
En redor estrémecese la tierra,
Y el eco de las Cruces adormido
Despiértase rugiendo en la alta sierra.
En la humareda obscura
Que disfiaza el horror de la pelea,
Llama vivaz á veces centellea,
Cual lívido fulgura
Instantáneo zig-zag de rayo impío
En negra nube del ardiente estío.
Sigue á la llama el estallido horrible
Que dá entusiasmo al corazón bizarro,
Cual si mano invisible
Del alta cima al valle despeñase
Sobre las rocas gigantesco carro.
Oyese el ruido seco
Que hace al chocar espada con espada,
Cual si de la recóndita morada
Donde el cíclope bate el fuerte yunque,
La resonancia repitiese el eco.
El trueno, voz colérica de guerra,
No cesa de gritar ¡á la batalla!
Mientras ruedan por tierra
Las víctimas que arrasa la metralla.
Suenan ayes do quier, la piedad calla,
Corre la sangre, la venganza grita,
Y de la tumba el lúgubre oleage
Iracundo en la lid se precipita.

¡Mirad á la victoria
Cobijar con sus alas esplendentes
Las armas de los rudos insurgentes!
¡Contemplad á la gloria
Tejer coronas de fulgente lauro
Para ceñir las mexicanas frentes!
Ya orgullosa y triunfal nuestra bandera
En los campos horrorisónos tremola,
Mientras que la española
Se pliega ante ella por la vez primera.
¡LIBERTAD! ¡LIBERTAD! do quier se escucha
Repercutir en la extensión vacía,
Y los gritos postreros de la lucha
Son cánticos de triunfo y de alegría.

¡Adelante, oh Hidalgo, nada ataje
De tu hueste el esfuerzo y el coraje:
Del enemigo en pos, que cede y huye,
Vuela en alas del viento y del encono,
Y del virrey el conmovido trono
Con embate final rompe y destruye!

. . . .

¿Vacilas? ¿no prosigues tu camino?
¿Por qué embarga tu pecho la zozobra?
¡Es que te impide terminar tu obra,
No mísero temor, sino el destino!
Cúmplase, pues, tu presentida suerte,
Ah! bien lo sabes, en la lucha ruda,

El que un momento retrocede ó duda,
Labra su perdición, labra su muerte!

¡Miradle en el cadalso, apoteósis
Sangrienta de su historia!
Las tristes gradas con orgullo asciende
Como quien sube á un pedestal de gloria.
Desde allí, cual de cima consagrada,
Hacia el futuro la mirada tiende
Por luz de apocalipsi iluminada.
Y ve lo por venir: la patria amada
Siempre viril pidiendo libertades,
Combatiendo sin fin, sin fin luchando
En campos y ciudades;
Y al cabo, tras de lágrimas y penas
Con que la agobia la contraria suerte,
Romper con mano fuerte
Del poder extranjero las cadenas.
Y entrar la ve en la pléyade lumbrosa
De la constelación que el mundo admira
De las libres naciones,
Y recibir, feliz y poderosa,
De los pueblos aplausos y ovaciones:
Y satisfecho, absorto y sonriente
Recibe la descarga destructora,
Clavando la mirada soñadora
En el pórtico inmenso del Oriente.

Acogiéronle en su ala refulgente
Los altos genios de la etérea zona,
Y al encumbrarse hasta el cenit su alma,
Mártir y heróica á un tiempo,
Era de luz su palma
Y de soles su espléndida corona.

LIEDER

Es hermosa la mar, en sus cristales
El cielo se refleja;
Mas bajo tan luciente superficie
Guarda cavernas, monstruos y tinieblas.

Así, bajo la risa
Que en mis pálidos labios vaga eterna,
Agítanse en mi pecho tempestades
Que ninguno sospecha.

* * *

Como la horrible boa
Que tiernas aves á su boca atrae,
De tu amor al abismo
Resistiéndolo yo, tú me arrastraste.

Te arrojaste á mi pecho
Para chupar mi sangre,
Como el pulpo terrible que á sus víctimas
Con cien bocas se ase.

No era tu amor la lumbre bienhechora
Que á las chozas dirige al caminante,
Sino lúgubre llama
Que los sepulcros lame.

Al cielo soberano
Esperaba en tus alas remontarme;
Mas conmigo, en lugar de alzar el vuelo,
En el Tártaro negro te arrojaste.

* * *

Cuando te hablaba yo del amor mío,
Lágrimas abundantes derramabas,
Y yo juzgaba, en loco desvarío,
Que llorabas así porque me amabas.

¡Y me engañabas! Y al hacerme afrenta
No se cortaba de tu llanto el hilo:
¡Así sobre sus víctimas, se cuenta,
Lágrimas vierte el fiero cocodrilo!

* * *

En mí se hallaba la pasión latente
Como la chispa está en el pedernal;
Me miraste, y al punto en mis entrañas
Encendióse un volcán.

Mas ay! tú quieres sólo por capricho,
No por ensueño y ansia celestial.
Y á cada instante pasas delirante
De un afán á otro afán.

Anda, pues, por el mundo, cruza, gira
Cual mariposa de volar fugaz;
Mas cuida no libar entre las flores
Un veneno letal.

Los dos hemos perdido un bello instante
Que nunca á nuestras almas volverá,
El momento que es único en la vida,
De tener fé y amar.

Yo pude ser un héroe cual Macías,
Tú en mi lira encontrar fama inmortal;
Mas hoy, yo voy á ser uno de tantos,
Y tú . . . . sólo Dios sabe qué serás.

* * *

Me heriste sin piedad: una por una
Las fibras de mi pecho desgarraste,

Compasión no te dieron mis sollozos,
Ni te movieron á piedad mis ayes.

Han pasado los años, y aun mi lloro
Cual pez hirviente en mis entrañas cae;
Y lo que más me duele no es mi pena,
Sino que tenga Dios que castigarte.

MÁGICAS PLAYAS

Marinero del mar de la vida
Que te alejas del puerto cantando,
Al arrullo del agua dormida
Y al impulso de céfiro blando.

Vas henchido de júbilo intenso,
Fija allá en el azul la mirada,
A buscar en el piélago inmenso
El encanto de playa soñada.

Dios te lleve! las olas risueñas
Siempre besen rendidas tu quilla,
Y del mundo encantado que sueñas
Presto surja la espléndida orilla!

Yo no tuve en los mares bonanza,
Y regreso de zona remota,
Sin poder realizar mi esperanza
En barquilla sin velas y rota.

¡SOÑAR!

Dáme la mano ¡soñemos!
Pidamos á la ilusión
Sus alas de oro: volemos,
Esos espacios crucemos
En busca de otra región.

Qué! ¿en este mundo pequeño
Do nunca hay dicha ni calma
Sientes colmado tu empeño?
Yo con otro mundo sueño
Que llevo dentro del alma.

Yo las puertas entreveo
De un hermoso paraíso,
Y en celestial devaneo,
El umbral de un mundo piso
Tan grande cual mi deseo.

Cuando me brindas amores
En tus caricias divinas,
Me olvido de mis dolores,
Como si fuese de flores
Este universo de espinas.

Mas para secar mi llanto,
He menester el encanto
Que me brinda tu ternura
¡Fuera inmensa mi amargura
Si no me quisieras tanto!

Cuando te miro á mi lado,
Y de dicha extasiado
Bebo el ámbar de tu aliento,
Cesa mi duelo, anegado
En piélagos de contento.

Hallo en tus ojos amantes
La luz deslumbrante y pura
De otros astros rutilantes,
Más bellos y más brillantes
Que los que o tenta la altura.

A tu redor me parece
Que flota un delirio inmenso,
Mi corrzón se etremece,
Mi cerebro se enardece
Y cosas inmensas pienso.

A la influencia querida
De tu llama cariñosa,

Se abre la flor de mi vida
Perfumada y encendida
Como á la aurora la rosa.

¡Dáme la lira sonora!
Piden cantos inmortales,
Tu mirada seductora,
Tu sonrisa encantadora
Y tus gracias virginales!

¡Quién pudiera al dulco son
Infundirle la emoción
Que opreso mi pecho siente,
Comunicando al ambiente
Cantos de mi corazón!

¿Díme, el amor con su pura
Llama de inmensa ternura,
En este desierto suelo
Donde sólo impera el duelo,
No es un sueño por ventura?

En el amor no se halla
Todo el placer que se siente:
Inflama el amor la mente,
Y el hombre, rota la valla
Del mundo, el cielo presiente.

¡Amar es lanzar inquieta
A cielo la fantasía
Buscando luz y armonía,

Es convertirse en poeta,
Y es un sueño la poesía!

Para calmar mis martirios
Y engrandecer mis empeños,
Déjame beber risueños,
En tus sonrisas, delirios
Y en tus miradas, ensueños.

Quiero eternamente amar,
Tengo miedo despertar
De la vida á los enojos:
¡Feliz el que aun entre abrojos
Nunca cesa de soñar!

Quiero tener circuida,
De sueños, niña querida,
Cual de un nimbo, mi cabeza,
Porque es en verdad la vida
Un abismo de tristeza.

Vivir quiero al dulce abrigo
Del éxtasis que contigo
Aspira mi pecho tierno,
Mientras en la tumba sigo
Soñando con sueño eterno.

EN EL LICEO (1)

Comienzo á envejecer. El desaliento
Va cundiendo en mi pecho lentamente,
Y me parece ya que el pensamiento
Sus alas pliega en mi abatida frente.
No sueño ya con el fulgor qne alumbra
La grandeza del mundo; más me agrada
Refugiarme tranquilo en la penumbra
De una vida ignorada.
La lira, ese instrumento consagrado
Del genio por el cántico inspirado,
Y que pulsar un tiempo yo solía,
Se va escapando de mi débil mano,
Porque el genio inmortal de la poesía
Es de la hermosa juventud hermano.
Mas ahora ¡escuchad! torno atrevido
A arrancar un tañido

(1) En unos premios.

A mi olvidada silenciosa lira,
Que ante escenas de luz, como esta escena,
Se siente de emoción el alma llena
Y el labio mío cánticos respira.

Tu bautismo de luz hora recibes,
Juventud, y en tus ansias misteriosas,
A levantar el vuelo te apercibes.
¡Que Dios te dé las alas poderosas
Del águila caudal! Nada te ataje
En tu ascención sublime, en ese viaje
Inmortal, á través de las tinieblas.
¡No ascender sin cesar, es un delito!
Cruza el azul, arriba de las nubes,
Y hendiendo sombras y rasgando nieblas,
A sumergirte ve, cual los querubes,
En los mares de luz del infinito!

Tan sólo Dios es grande allá en la altura,
Y en la tierra nomás la inteligencia,
Chispa de luz de la divina esencia
Que alumbra del mortal la frente obscura!
Vale la flor por su preciado aroma,
Por su brillo el diamante,

Por su candor la tímida paloma,
Por su cantar el ruiseñor amante,
Por su fulgor el astro soberano
Y por su inteligencia el ser humano.

Aparte del pensar todo es miseria!
Es la inerte materia
De la altiva razón sierva sumisa.
Es la fuerza tan sólo un monstruo ciego
Que tiene la obediencia por divisa.
Son el agua, la tierra, el aire, el fuego,
A pesar de su empuje prepotente,
Vasallos de la estirpe prometea,
Que cual cerco de luz, sobre la frente
Ostenta la diadema de la idea.

¡Paladines de brazo poderoso,
Soltad el arma inútil! Es ocioso
Buscar grandeza y gloria
En rudos instrumentos de exterminio.
Toda la humana historia
Se cumplió y cumplirá bajo el dominio
Le las ideas que el camino alumbran.

Ellas muestran el paso al adelanto,
Cual faros que relumbran
En la tiniebla densa,
Y tras ellas, ejércitos y pueblos
Lánzanse, campo abierto, en lucha inmensa.

Oh! jóvenes de mente soñadora!
Sed la cabeza que medita y piensa;
Otros serán la mano ejecutora!
La vanguardia ocupad, con el semblante
Vuelto hacia el lado de la eterna aurora:
¡Es glorioso marchar siempre adelante!
Y así como del sol sigue la lumbre
Innumerable ejército de estrellas,
En pos de vuestras huellas
Atropellada irá la muchedumbre.
El rey con su diadema coronado,
El terrible guerrero
Empuñando en su mano el rudo acero
Y el rico de tesoros abrumado,
Serán vuestros esclavos incoscientes.
Y esos monstruos temidos,
Rémington, Amstrong, Krupp, su destructora
Fuerza pondrán á vuestros piés rendidos.
Vuestra sed de dominnio irresistible,
Se extenderá también á lo invisible,
Y emprendiendo con fé el pujante vuelo
Sin cobarde desmayo,

Con Franklin le pondréis cadena al rayo,
Y con Kepler daréis leyes al cielo.

En horas como esta
Llénase de placer la patria amada,
Porque esta hermosa fiesta,
Es como la explosión de una alborada.
¡Es grandeza futura!
En las alas llevada
De esta generación de pensadores,
México llegará á sin par altura,
Se cubrirá de gloria y de esplendores.
Yo se lo pronostico; ya sus penas
Pasaron, y su sol de gloria asoma;
Astro, no de terror como el de Roma,
Sino de luz y paz como el de Atenas.

EL POETA

A Juan de Dios Peza.

Poeta, el sublime canto
Que de tus entrañas brota,
Tiene una cadencia ignota:
Es la música del llanto
Vibrando en trágica nota.

Del pelícano se cuenta
Que á sus polluelos sustenta
Con sangre del pecho herido;
Así tu musa alimenta
Sus triunfos con tu gemido.

Oh! predilecto del cielo!
Hasta los males del suelo
Son al tocarte, un encanto:

Es en tí música el llanto
Y apoteósis el duelo.

Si el mundo sombras derrama
En tu corazón amante,
Las vence cual sol tu fama;
Así del carbón, la llama,
Hace salir el diamante.

Si tu inspiración levantas
Al puro zafir del cielo,
Es porque impulsan tu anhelo
Las simas que ante tus plantas
Has visto abrirse en el suelo.

Esta es la ley de la vida
A que todo se sujeta:
Da la mies la tierra hendida,
Olor la caoba herida
Y canto el triste poeta.

Plañendo lúgubre historia
Con romántico delirio,
Ganas excelsa victoria,
Pues tornas palma de gloria
La palma de tu martirio.

Tu numen llora y cautiva,
Y hace tender hacia arriba
El mismo mal que te abruma,
Como el sándalo perfuma
El hacha que le derriba.

Mas del mal contra el ultraje
En cuanto la tierra abarca,
Cada ser en su lenguaje
Viene á rendirte homenaje
Como á altísimo monarca.

Cuando en tu trémula mano
Del dolor el arpa vibra,
Como en eco soberano
Suena del llanto la fibra
En el corazón humano.

Oh! vate, loado seas;
Esa corona de espinas
Que por el mundo paseas,
Es cerco de peregrinas
Constelaciones de ideas!

¡Flores ante tí derramen
Mientras tu numen aclamen
Y por seguirte se empeñen,
Todas las almas que sueñen,
Todos los pechos que amen!

LA SERENATA DE SCHUBERT

A Margarita Weber de López-Portillo.

Alza, mi bien, el inspirado canto,
Ansia y suspiro de tu pecho tierno,
Y hazme caer en el sublime encanto
Del infinito amor y el goce eterno.

Esa canción tan pura y melodiosa
Que amas tanto, mi bien, no es de este suelo;
Es ráfaga sagrada y misteriosa,
Eco ideal de cítaras del cielo.

Oíla en sueños, y dejó en mi oído,
De mística emoción rastro profundo:
Es casto y sobrehumano ese sonido,
Pertenece del éxtasis al mundo.

Todo en torno á soñar y amar convida:
La noche está serena y silenciosa,
Y vuela por los cielos sin medida
La blanca luna como casta diosa.

Todo duerme en redor y todo calla,
Los placeres, las quejas y la ira,
Como tras larga y hórrida batalla,
Cesa la lucha y el fragor espira.

Somos dueños del mundo. Los mortales
Solos con nuestros éxtasis nos dejan,
Y la luz de los faros celestiales
Nomás en nuestras frentes se reflejan.

¡Cómo se ensancha el corazón opreso
En esta bella soledad bendita,
Y arrobado en purísimo embeleso
Con júbilo inmortal salta y palpita!

¡Eterna juventud de los espacios,
De la inmensa creación resplandeciente,
Eleva nuestra vida á tus palacios,
Revive con tu soplo nuestra mente!

Este mundo tan grande y tan hermoso
Que quisiera abarcar mi ardiente empeño,
Lleva en su seno blanco y luminoso
El genio silencioso del ensueño.

¿Qué me dicen tus notas, amor mío?

¿Qué lenguaje me hablan? ¿qué me ofrecen,
Que me sumen en dulce desvario
Y mis fieros dolores adormecen?

Al oirte cantar, en la alma siento
Cual nacimiento de alas vagarosas,
Que al moverse en el ancho firmamento
Me levantan á alturas misteriosas.

¿Por qué cantas así? ¿quién te ha enseñado
A interpretar cantando el ansia arcana
De un ideal purísimo y soñado
Que agita el fondo de la mente humana?

¿Cómo has podido dar nota y acento
Del corazón á la cadencia interna,
Con que desde lo ignoto el pensamiento
Himnos eleva á la belleza eterna?

Eres una iniciada: entre los dones
Que del cielo trajiste á la existencia,
Cuentas tu canto de divinos sones,
Eco y anuncio de inmortal cadencia.

Eres la maga de mis sueños de oro
A cuya voz de celestial prestigio,
De mis ensueños el luciente coro
Me circunda en espléndido prodigio.

El eco musical que dulce vibra,
Al mundo de la dicha mi alma lanza,

Y agita en mí la enmudecida fibra
De la fé, la ilusión y la esperanza.

Sutil respiro celestial ambiente
Como brisa de altura inaccesible,
Y vislumbro en los limbos de la mente
Alborear la luz de lo invisible.

Evocan esos mágicos sonidos
De la sombra á los genios taciturnos,
Y traducen vibrando en mis oídos
De los silfos los cánticos nocturnos.

Poblado el mundo está, seres alados
Invisibles do quier bullen y giran,
Y á nuestro oído, de piedad tocados,
Frases sin voz suavísimas suspiran.

La gama del amor sólo atesora
El eco de esas dulces vibraciones,
Su voz, como á los pájaros la aurora,
Despierta las dormidas ilusiones.

Sólo quien no ama inspiración no siente,
Mas quien alberga amor en la alma inquieta,
Un númen celestial lleva en la mente
Y es músico, es artista y es poeta

Tu voz es como lánguido suspiro
Que contesta de mi alma al tierno arrullo·
Me sientes á tu lado y yo te inspiro
¡Déjame enloquecer con este orgullo!

¡Cuál quisiera robarle el dulce acento
Al alado cantor de la espesura,
Para expresar mi tierno sentimiento
Uniendo mi canción á tu voz pura!

Empero el himno de mi amor inmenso
Acompaña tu voz, bien de mi vida,
Nota que asciende, apasionado incienso
Que se eleva del alma estremecida.

Ven, reclina tu lánguida cabeza
En este pecho que por tí palpita:
Soñemos con un cielo de pureza,
Con una dicha excelsa é infinita.

Oye con cuanto afán respira el seno
Y cómo, de tus notas al reclamo,
Todo cuanto hay en mí de alzado y bueno
Te hace coro y te dice: "yo te amo."

Compañera de mi alma embelesada,
Amor mío, tú me alzas de este suelo,
Y me llevas con ala desplegada
Por el zafir del insondable cielo.

¡Ojalá nuestras almas circuidas
De estrellas, y con cándido ropaje,
Prosigan en las cimas, siempre unidas,
El infinito y luminoso viaje!

VOCES INTERIORES

Entre el clamor inmenso del combate
Con que el rudo existir asorda al viento,
Vive del ideal mi pensamiento,
Mi corazón por la grandeza late.

Levántase mi frente soñadora
Sobre el tumulto de la triste vida,
De ilusiones eternas circuida
E iluminada por fulgor de aurora.

Mi pupila se abisma en lontananza
Donde la noche espesa sus capuces,
Y al través de la sombra, ve las luces
Que vierte en lo infinito la esperanza.

Oye el alma, apartada de la lucha,
De las cimas bajar plácidos sones,

Y el aullido feroz de las pasiones
No comprende en sus éxtasis ni escucha.

No hay en mi duelo rabia ni despecho,
Ayes, y no amenazas, brota el labio;
No se encuentra de hiel ningún resabio
Para nadie en el fondo de mi pecho.

Ignoro lo que son odio y encono,
Contra nadie venganza yo reclamo,
A ninguno maldigo, á todos amo,
A los que mal me hicieron, les perdono.

¡Piedad sublime que á secar el llanto
Llevas las almas con celeste empeño,
Oh! musa protectora del pequeño,
Mi pecho te es deudor de un fuego santo!

Siente mi corazón dolor tremendo
Al oír del feliz las carcajadas,
Cuando manos sin fin, enclavijadas,
Se alzan al cielo compasión pidiendo.

Mi alma en el llanto universal se baña,
Para todo dolor tiene una queja:
De los que suben al Tabor se aleja
Y á los que van al Gólgota acompaña.

Ah! los cielos de Dios me son testigos
De que á vuestros lamentos hago coro,
Y de que os amo y con vosotros lloro,
Oh! huérfanos, oh! viudas, oh! mendigos!

Constante espectación es mi existencia
Y un infinito anhelo mi destino;
Quiero cruzar de prisa mi camino
Porque le halla muy largo mi impaciencia.

Soñando siempre celestiales galas,
Aborrezco del mundo la miseria,
Y sobre el torpe afán de la materia,
Rumor escucho de invisibles alas.

Todo cede en redor y se derrumba
En este mundo de sin par tristeza,
Todo es mezquino aquí, sólo hay grandeza
En esos ideales de ultratumba.

Suplicantes á Dios alzo las manos
En mi fortuna próspera ó contraria,
A todos abarcando en mi plegaria
Oh! amigos y enemigos, mis hermanos!

Paz, amor, esperanza, bellos nombres
Que me hablais de una patria vislumbrada,
Haced que llegue al fin de mi jornada
Sin ser azote de los otros hombres.

Dejadme realizar mis ilusiones
De vivir en sosiego, aunque olvidado,
Y bajar á la tumba acompañado
De lágrimas y santas bendiciones!

VICTOR HUGO EN EL PANTEON

Voici qu'un nouveau dieu monte au fronton du temple:
Regarde peuple, et toi, froide histoi-
(re, contemple.
VICTOR HUGO.
("Les Chatiments.")

No pareció bastante
Arrebatar sus fúnebres despojos
A la piedad humilde y suplicante,
Ni exhibirle del público á los ojos
En teatral catafalco.
Noche y día
Insepulto se vió, quedó sujeto
A servir como pasto y triste objeto
A la curiosidad gastada y fría.
Bajo el marco imponente de granito

Del Arco de la Estrella prodigioso,
Más mísero y pequeño se miraba
Su cadáver inmóvil y marchito:
En el hueco gigante del coloso,
Su mezquindad mortuoria resaltaba.
Contrariando del cuadro el bello efecto
Semejaba, perdido y agobiado,
Como amarillo insecto
De pompas irrisorias rodeado.

Hachas sin fin en torno llameaban,
Velaban en redor los coraceros,
Y en sus limpios aceros
Torrentes de esplendor se reflejaban.
En la avenida extensa
De los Elíseos Campos, no cabía
La muchedumbre inmensa
Que á ver la apoteósis acudía.
Y allá bajo el famoso monumento,
La cara macilenta al cielo vuelta,
La blanca barba indómita, revuelta,
Hundido el ojo, el tinte amarillento,
Sufrir aquel difunto parecía!
Su demacrada faz triste y sombría,
Era como patética protesta
Contra la esplendidez de aquella fiesta.
No bastaron su gloria y su renombre
Para realzar el cuadro funerario:

En aquel escenario
Lástima sólo daba el grande hombre.

¡Y esa profanación lúgubre y fría
No pareció bastante todavía!

De la iglesia en el místico recinto,
Rodaron las imágenes sagradas
Rotas y destrozadas,
Despeñadas de lo alto de su plinto;
El ara sacra donde día á día
La pasión del Calvario renacía,
De escombros en montón se vió trocada:
En fragmentos al suelo derribada
Fué la Cruz redentora;
Quedó extinguido el fuego
De la lámpara sacra, el incensario
Dejó de arder, interrumpióse el ruego
Que allí escuchar al Infinito plugo,
Y fué arrojado Dios de su santuario.....
Y entró á substituirle Victor Hugo!

Poeta! ¡qué victoria!
Suplantar al Señor, hallar abierta
Del templo augusto la soberbia entrada,
Y cercado llegar de aplauso y gloria,
Mientras por la otra puerta
La Cruz era arrojada!
Por última morada
Tener un monumento esplendoroso;
Encontrar el reposo
En la ancha nave que llenó el incienso,
Del genio y de la fé vasto prodigio,
Y aumentar tu prestigio
Con este triunfo póstumo é inmenso!

De la honda cripta en la mansión sombría
¿No lloras de tu gloria los excesos?
¿No se estremecen de terror tus huesos
Ante una apoteósis tan impía?
En medio del silencio y el vacío
Del templo desolado
¿No te sientes cercado
De abandono, de pánico y de frío?
De la iglesia en el ámbito de piedra,
Cuando falta del culto el sacro incienso,
Desfallece el espíritu y se arredra,
Porque aquella es la casa del Inmenso.
Mísero el ser humano,..

Se pierde en el santuario vasto y grave.
Cual se pierde la nave
En la inmensa extensión del Oceano;
En su seno profundo
Se siente que morar puede tan sólo,
El que es alma del mundo
Y le llena de un polo al otro polo.

Hugo, tú amaste á Dios!
Tu grande alma
Que siempre le rindió pleito homenaje.
Llora sin duda atónita y sin calma
Horrorizada del inmenso ultraje.
Desatentado y enemigo empeño
A póstuma picota te sujeta:
Eres grande ¡oh poeta!
Mas delante de Dios eres pequeño.
Sol para nuestros ojos, eres sombra
Ante el Ser á quien todo adora y nombra;
Como la mole inmensa de granito
Que elevó el Faraón y al mundo asombra,
Se pierde casi sobre el haz del suelo,
Bajo el campo infinito
Del insondable y majestuoso cielo.

EL MES DE MARIA

A mi madre la Sra. Doña María Rojas de López-Portillo.

Era una tarde del hermoso mayo:
El valle ameno á su apacible rayo
Mas bello parecía,
Que el esplendor del moribundo día,
Con sus toques de luz y de misterio
Engrandece y sublima el hemisferio.
Contemplábale yo desde la cumbre
Del venerado Tepeyac, no lejos
Del templo de María milagroso,
En tanto que del sol la tibia lumbre
Derramaba sus últimos reflejos,
Y se apagaba en funeral grandioso.

En el Oriente los contornos vagos
De las montañas se borraban lentos,
Y á mis plantas los lagos
Se rizaban al soplo de los vientos.
Los ahuehuetes de cabeza cana
Su cabellera triste sacudían,
Y de distantes puntos acudían,
En la extensión lejana,
Las aves á su copa en grata fiesta
Formando alegre y estruendosa orquesta.
Como inmensa mujer sobre la altura,
Inmóvil y tendida,
Del Ixtacíhual la montaña erguida
Mirábase radiante de blancura.
Y á su lado, velando cual amante
Atormentado por eternos celos,
El Popocatepetl, mudo gigante,
Alzaba su cerviz hasta los cielos.

Súbito, dulce acento
En las ondas balsámicas del viento
Llegó vibrando á acariciar mi oído.
Era la voz del órgano sagrado
Unida á coro plácido y sentido;
Era un himno impregnado
De piedad y de amor, que el santo templo
Enviaba hacia arriba
De su seno imponente de granito;

Voz de la fé, que con sublime ejemplo,
Siempre despierta y viva,
Ruega al Señor por el mortal proscrito;
Armonía sencilla y misteriosa
Que incita al pensamiento á alzar el vuelo
A la región sin límite y radiosa
Donde giran los astros, á ese cielo
Asiento de constantes maravillas,
A donde sube, tras la prueba dura,
El alma humilde, soñadora y pura
De todos los que viven de rodillas.

Al oír el reclamo repentino,
Dejé el monte y su plácido escenario,
Y entrando por la puerta del santuario,
En su recinto me postré de hinojos.
Mi pecho enternecido...
Lleno estaba de ruegos y oraciones;
Era del corazón cada latido
Una muda plegaria, mas Dios sabe
Dar sentido á las puras emociones
Del alma arrodillada y fervorosa.

Del órgano el acento dulce y grave

Cual tono suplicante,
Sacóme al fin de mi absorción piado a,
Y al fulgor de la tarde vacilante,
En la penumbra mística y sagrada,
Ví ante el altar postrada
Muchedumbre de niñas inocentes.
Blanco velo y corona de azahares
Ostentaban en torno
De sus cándidas frentes
No anubladas aún por los pesares;
Alba veste el contorno
De su gracioso cuerpo sujetaba,
Y suelta al aire la dorada onda,
Su cabellera blonda
Sobre su espalda inquieta se agitaba.
De tiempo en tiempo alzábanse llevando
Llenas las manos de preciosas flores,
Y sobre el ara de la Virgen pura,
Que las miraba con semblante blando,
Ofrenda de sus célicos amores,
Las colocaban llenas de ternura.
El altar se ostentaba engalanado
Con esas bellas flores, las más bellas
Y olorosas que el valle renombrado
Produce bajo un cielo sonriente;
Acaso tan hermosas como aquellas
Que en la TILMA de Juan en fausto día,
Viéronse al par que la impresión patente
De la imágen divina de María.

La infantil muchedumbre alzaba en tanto
Del órgano á compás, sentido canto
Que lleno de emoción así decía:

CORO.

Estas flores, Virgen pura,
De nuestro amor son la prenda,
Y son perfumada ofrenda
Que te eleva la natura.

UNA VOZ.

Lucen las verdes praderas
Como alfombra de colores,
Y las auras lisonjeras
Vuelan cargadas de olores.

Mar de esplendor es el cielo
Sin vapores y sin nubes,
Donde se adivina el vuelo
De arcángeles y querubes.

¡Gloria á tí! Madre bendita,
Tuyo es del orbe el encanto,
Y cuanto brilla y palpita
Eleva hasta tí su canto.

¡Gloria á tí, luz y alegría
De cuanto el espacio encierra!

Eres la Reina ¡oh María!
De los cielos y la tierra.

A su cantar sonoro
Como el aura que sopla en los pensiles,
Otras voces canoras é infantiles
Contestaban triunfales desde el coro.
Y esos cantos fervientes
Asemejaban en su puro anhelo,
Coloquio de las niñas inocentes
Con invisibles ángeles del cielo.

Mi corazón abierto á la ternura,
Por sagrada emoción latía opreso,
Y embargado por místico embeleso,
Iba rompiendo en himnos á la altura.
Y murmuraba ¡oh Virgen de pureza!
Yo te adoro también; ¡seas bendita!
Por tí mi pecho con amor palpita,
Tu sólo nombre ahuyenta mi tristeza.
Como todos los hombres, sufro y lloro,
Mas si á tus plantas oro,
Mi pecho se abre á plácida esperanza,
Porque tu dulce y cándida belleza

Me inspira tierna y filial confianza.
Solo estoy con mi angustia. Ningún pecho
Gime cuando yo gimo,
Soy hiedra solitaria sin arrimo
Abandonada al huracán deshecho.
¡Oh virgen celestial, piadosa envía
Tu luz de iris á mi obscuro cielo,
Y bajará á mi espíritu el consuelo,
Estrella de los mares, Madre mía!

Después de haber orado
Ante aquel espectáculo tan tierno,
Me sentí confortado,
Como si la sonrisa del Eterno
Hubiera al fondo de mi ser bajado;
Y grabado por siempre en mi memoria
Quedó aquel cuadro cual visión de gloria.

¡Oh! mes de los perfumes y las flores
De vida exuberante y luz intensa,
En que se viste la creación inmensa
Con traje de esplendores;
En que cstenta la altura
Su zafiro más puro y más profundo,

Y se convierte la extensión del mundo
En altar donde oficia la natura:
Al sentir que resbalas
Por mi frente febril las tibias alas,
Recibe la emoción mi pecho yerto,
Con la inefable é íntima alegría
Con que agitar su seno sentiría
La madre al niño que llorara muerto.

Tus soplos perfumados
Mecieron al nacer mi cuna leve;
Ojalá trascurrido el plazo breve
De mis días contados,
Llegue el final de la existencia mía
En medio de tus vivos esplendores,
Y en tu seno balsámico de flores
¡Oh mayo, mes hermoso de María!

EL DOLOR

Os homini sublime dedidit cœ-
(lunque tueri
Jussit et erectos ad sidera tollere
(vultus
OVIDIO.

No me hableis de alegría!
No quiero oír la necia carcajada
Del hombre venturoso. El alma mía
Aparta, soñadora, la mirada
De la faz miserable de este suelo
De sombra y de mentira,
Y en su incansable y ardoroso anhelo
Por otras glorias con afán suspira.
No es el placer del mundo su delirio,
No es esa su misión; lo grande quiere
Y á lo pequeño del gozar, prefiere

La sublime grandeza del martirio.
Pasa las horas negras é intranquilas
De esta vida sin galas,
Con sed de claridad en las pupilas
Y ansia de vuelo en las virgíneas alas.
Siente en sí germinar el fuego intenso
Del inmortal destino:
Hija del infinito, su camino
Lo vé trazado en el azul inmenso.

Cual las rudas montañas
Ornadas de verdor, tintas y frondas,
Llevan en las entrañas
Trombas de fuego, tempestades hondas,
Así es el hombre á quien la dicha alumbra:
Bajo el barniz de su placer de un día,
Del alma en la penumbra
Lleva ocultos el llanto y la agonía.
Por implacable pesadumbre herido,
En su mejor momento
Necesita olvidar, que no hay contento
En la existencia, cuando no hay olvido.
En esta vida que el dolor acosa,
Lúgubre es la alegría
Cual canción en las sombras, como orgía
En necrópolis negra y silenciosa.
A despecho del fausto y los renombres,
Somos hermanos de dolor los hombres!

Todo pecho un dolor lleva consigo.
Bajo el manto real de los felices,
Dibújanse espantosas cicatrices,
Como á través del manto del mendigo.

Polycrates, asombro de la Jonia,
Y Creso muestran que la dicha es sueño;
Alexandro en Persépoli es pequeño,
Y es pequeño también en Babilonia.

Débeles mi alma herida
A los rudos abrojos
Que me han ungido con cruel bautismo,
Los épicos momentos de mi vida
En que, creciendo ante mis propios ojos,
He sentido el aprecio de mí mismo.
¡Qué de veces la ola cenagosa
Del mundo amenazó romper mi quilla,
Y del rayo á la lumbre pavorosa,
El cielo apareció, miré la orilla
Próxima y sonriente,
Y dominé la tempestad rugiente!
Oh! llanto redentor! ¡qué grandes cosas
Pensar me has hecho en trágicos momentos!

¡Qué esferas luminosas
Me has hecho vislumbrar! ¡qué sentimientos
Nacer has hecho en mi alma apesarada!
¡A qué cima sagrada,
Que al espíritu al par llama y aterra,
Me has conducido en éxtasis doliente,
Más allá de las cimas de la tierra!
Al ver la misteriosa lontananza
Y al bajar de esas cumbres, me he sentido
Señalado en la frente, y circuido
Por el nimbo de luz de la esperanza.
¡Alzaos al cenit, arcos triunfales,
Llenad el aire, palmas victoriosas,
Ydel cielo á las zonas anchurosas,
Subid, gloriosos himnos inmortales!
Resuene en todas partes el hosanna
Del augusto dolor, y oiga su historia
De hinojos la pasmada muchedumbre;
Porque si alguna vez la raza humana
Se alzó del polvo y se elevó á la gloria,
Siempre de algùn Calvario fué en la cumbre.
Es el dolor la puerta misteriosa
Que en los confines trágica descuella
Del mundo de la noche tenebrosa
Y el reino de la luz. El que no huella
El dintel de ese pórtico sagrado,
El que no es bautizado
Por llanto redentor, en los abrojos
Del mundo deja su infinito anhelo
Cual la oveja el vellón, y al claro cielo
Volver no puede los nublados ojos.

La historia es el inmenso monumento
Por las generaciones levantado
Al sacrificio heroico. Apresurado
Corre el tiempo, y empero. el sufrimiento
Del héroe redentor, nunca lo olvida
La agradecida humanidad. El hombre
Que redime y enseña, deja un nombre
Inmortal en el libro de la vida.
El dolor es el místico secreto
Que encuentra el alma en el sufrir heroico
De aquel esclavo estoico
Que el mundo admira, y se llamó Epicteto.
Inmensa gloria Sócrates disfruta
Por su moral y por su muerte impía,
Pues selló su inmortal filosofía
Con un sello sublime: la cicuta.
Con sangre de sus venas
Los mártires regaron las arenas
De los Circos al dar sus nobles almas;
Suyas la lucha y la victoria han sido:
Las que ostentamos hoy, gloriosas palmas,
Sobre sus tumbas santas han crecido.

¿Y yo insensato, de apartar habría
Mi pecho al golpe del cruel tormento,
Engañando el afán del alma mía
Con vanas sombras que disipa el viento?
Oh! nunca: nó mil veces!

Que su afán de ventura
No sacia el alma en las amargas heces
Que brinda el existir en copa impura....
Ven y descarga en mí tu golpe fuerte
Oh! dolor redentor de la miseria!
Ceba tu rabia, agota la materia,
Oh! precursor terrible de la muerte!
Ciñe mi sien de espinas, iracundo,
Echa la cruz en mi encorvada espalda,
Y yo, de mi Calvario por la falda,
Subiré resignado y muribundo.
Eres la sola puerta de la altura
Por do se pasa de la noche al día;
Quiero pisar tus quicios de amargura
Henchido de esperanza y de agonía.
No permitas que, errando mi camino,
A la ilusión sucumba,
Haz que cruce los mares de la tumba
Buscando en otras playas mi destino.

LAS CAMPANAS

A Manuel M. González.

Campanas de timbre santo
Del lugar donde nací,
A un tiempo sois para mí
Música, emoción y encanto.

Vuestras alegres orquestas
En himno sacro rompiendo,
De la patria, con estruendo,
Celebran glorias y fiestas.

La voz de nuestras victorias
En vuestro clamor resuena;

Vuestro acento el aire llena
Con ecos de nuestras glorias.

De músicas al clamor
Gritais lanzadas á vuelo,
Mientras cruza por el cielo
El cohete volador.

¿Quién oye sin emoción
Ni varonil alegría,
La estrepitosa armonía
Que formais con el cañón?

No hay campanas vibradoras
Que como vosotras suenen,
Ni el aire de notas llenen
Como las vuestras, sonoras.

En la bóveda escondidas
Del azulado hemisferio,
Parecéis entre el misterio
Por los ángeles tañidas.

Al compás de vuestro son
De casto júbilo lleno,
Cual vosotras, en mi seno
Voltea mi corazón.

Lleva por do quier mi oído,
Venciendo tiempo y ausencia,
Ecos de vuestra cadencia
Más potentes que el olvido.

Vigías de la piedad,
Desde las torres enhiestas
Celebrais las sacras fiestas
Y calmais la tempestad.

Rompéis en alegre salva
Al ver la luz, y á la vida
Tornáis la ciudad dormida
Clamando: "¡alzaos, es el alba!"

Cuando del Oriente el gonce
Cede ante el astro de oro,
Rompeis en alegre coro,
Místicas aves de bronce.

¡Cuántas veces al claror
Del alba en el firmamento,
Me despertó vuestro acento
A la ilusión y al amor!

Vuestra voz, como un reclamo,
Me gritaba placentera:
"¡Osa, no temas, espera!"
Mientras yo pensaba: "¡amo!"

Es vuestra cadencia pura
De la vida en los dolores,
Cual canto de ruiseñores
En noche triste y obscura.

Al oíros, en la sombra
Parece que alguien me llama,

Otra vez mi pecho ama
Y dulces objetos nombra.

Así el corazón se alegra
Y la ilusión reflorece,
Así la vida parece
Menos breve, y menos negra.

Prodigad vuestros sonidos
¡Oh campanas que yo adoro!
Que vuestro acento sonoro
Vibre siempre en mis oídos.

Campanas de timbre santo
Del lugar donde nací,
A un tiempo sois para mí
Música, emoción y encanto.

EL POETA Y LA MUJER

EL POETA.

Hermosa, en tu mirada
Arde la luz del sol y centellea,
Bajo tu tez por la pasión quemada,
Fuego ardiente serpea.
Tus mejillas son rosas, y tu cuello
Es mórbido y luciente,
Y ancha y tersa es tu frente,
Y cual ébano negro tu cabello.
Es tu boca pequeña
Y cuando la entreabre una sonrisa,
El alma absorta en su delirio sueña
Mundos de amor que extática divisa.
Amame! Necesito que me adores,

La vida sin amor es negro duelo;
Sin él no brotan en la tierra flores
Ni resplandecen astros en el cielo.
Amame! En mí despierta tu belleza
Afán desconocido;
Busco en tu amor no sé qué bien perdido,
Ne sé qué gloria de ideal grandeza.
Mi corazón te adora,
Dáme ¡oh virgen hermosa! tus amores;
Coronen mi cabeza soñadora
Tus manos hermosísimas, de flores.
Centuplica mi vida, mi alma exalta,
Pon ardor en mis venas,
Dáme la inspiración que me hace falta
Y romperé del tiempo las cadenas.
Abrásame con lánguida mirada
Al mágico sonido de tu acento;
Háblame de tu amor ruborizada
Confundiendo tu aliento con mi aliento!
Yo pulsaré las cuerdas de mi lira
Y entonaré magníficas canciones,
Porque la tempestad de las pasiones
Pensamientos de genio al alma inspira.

LA MUJER

Te doy amor y vida,
Que ante mí un cielo con tu amor extiendes;
Quiero ser comprendida
Y tú solo ¡oh poeta! me comprendes.
Tus divinos delirios yo los siento,
En tu vuelo te sigo palpitante:

Tengo el presentimiento
De los cielos que cruza tu alma errante.
Me exaltan tus quiméricos empeños,
Me seduce tu trágico destino;
Soplen sobre mi vida tus ensueños
Como sobre la flor el torbellino.
Arráncame del suelo
En la altiva ascención de tu alma inquieta:
Quiero sentir el vértigo del vuelo
Sobre tus alas de ángel ¡oh poeta!

EL POETA

Ven, virgen, junto á mí, ven á mis brazos,
Tu purísimo amor mi numen sea,
Vive en mi corazón, hierve en mi idea,
Amor nos una con eternos lazos.
Eres mi inspiración. Si refulgente
Lauro conquisto en el revuelto mundo,
Arrodillado y con amor profundo,
Mi corona pondré sobre tu frente.
Arrancaré por siempre tu memoria
Al olvido del hombre,
Y haré caer sobre tu dulce nombre,
Luz á raudales, y á torrentes gloria.
Tu fama pasará de gente en gente
En el son de mi cítara sonora;
Y haré vivir tu nombre eternamente
¡Oh Bëatriz! ¡oh Laura! ¡oh Leonora!

ETERNA AUSENCIA

"Adios!—me dijiste con voz dolorida—
La nave me espera, forzoso es partir!"
Te echaste en mis brazos de duelo transida,
Y dulces promesas te oí balbutir.
La nave gallarda, mecida en las ondas,
Lanzaba rugidos de hirviente vapor:
Oh! Dios, que los cielos y el piélago sondas,
Tan sólo tú sabes cual fué mi dolor!
Mi mano convulsa tu talle oprimía,
Mis trémulos labios no osaban hablar,
Y al par de tu llanto, mi llanto corría,
Tan turbio y amargo cual la onda del mar.
"Unirnos acaso—oh amada, dijiste—
En playas risueñas querrá el porvenir;"
Empero al decirlo tu voz era triste,
Cual llanto de cisne, que canta al morir.

Partiste cual ángel que tiende su vuelo,
Y ya de otras playas volabas en pos,
Cuando aun, á lo lejos, tu blanco pañuelo,
Flotando en la popa, me daba un adiós.
Cual bulle á distancia y ocúltase el ave
Que habita los mares, en brumas de tul,
Así en lontananza del mar ví tu nave
Bogar y esconderse, perdida en lo azul.
No he vuelto á mirarte. La ausencia inclemente
Corrió entre nosotros su negro crespón,
Y aun llevo tu imagen grabada en la mente,
Y el làbio te nombra con llanto y pasión.
Después de los años te miro más pura,
La ausencia embellece tu faz virginal,
Parécesme casta y soñada figura,
Deshecha en un cielo de luz ideal.
¿Dó te hallas ¡oh musa de castos anhelos!
Dó estás, de mis ansias dulcísimo imán?
Perdida en los lindes del mar y los cielos,
Ni escuchas mis voces, ni premias mi afán.
Y aun más que presente, en la sombra escondida,
Te adoro, aunque llanto nos cueste á los dos,
Que así es la ventura soñada en la vida,
Distante como astro, velada cual Dios!

A LA NOCHE

Noche de sombra formada
Y cercada de silencio,
¡Cuán tristes son tus dominios,
Cuán desolado tu imperio!
Parece entre las tinieblas
De tu densísimo velo,
Negra mortaja la altura
Y la tierra un mundo muerto.
Tus ejércitos de sombras
Los espacios invadieron
Y lanzaron de su trono
Al astro rey de los cielos,
Y apagaron los colores
De los vergeles risueños,
Y extinguieron los cambiantes
De los arroyos parleros,

Y en silenciosos tornaron
De la floresta los céfiros,
Y tumba negra y callada
Hicieron del universo.

Oh! noche de manto obscuro!
En tus entrañas de ébano,
Todo fuera desolado,
Todo pavor, todo duelo,
Si en medio de tus tinieblas,
Arca de diamantes regios,
No titilaran medrosos
Tus purísimos luceros.
Parecen rastros del día,
Semejan rotos fragmentos,
Que el sol dejó en el espacio,
De sus saetas de fuego.
Y la pupila que adora
La luz con ardiente anhelo,
Calma su horror contemplando
De su luz el parpadeo;
Polvo espléndido y sublime
Que de la sombra en el seno,
Saber permite á los ojos
En donde se hallan los cielos!

Así es la existencia mía:
Sombra densa, voz sin eco,
Abismo de desengaños,
Tumba de santos anhelos.
Mi corazón, antes nido
De pájaros vocingleros,
Cual urna de helado mármol
De cenizas está lleno.
La hueste de los dolores
En el campo de mi pecho
Entró sin piedad llevando
Mis dichas á sangre y fuego.
Cayó la ilusión del solio
Que le alzaba el pensamiento,
Y en mi derredor el mundo
Quedó obscuro y en silencio.

Mas de la pena en el fondo
Que oculta en el alma llevo,
Regocijadas memorias
Lanzan hermosos reflejos;
Rastros lumbrosos de dichas
Que en el abismo cayeron,
Fragmentos desconocidos
De soles rotos y muertos.

Noche bella, coronada
Por espléndidos luceros,
Eres como mi tristeza
Tachonada de recuerdos.

EN EL CAMPOSANTO

Del sepulcro las fauces dilatadas
Tragaron aquel ser bueno y querido,
Cayeron de la tierra las paladas
Sobre su cuerpo con ligero ruido,
Y por siempre ocultaron á mis ojos
Aquella forma que adoré de hinojos.

Mi vista obscureció noche sombría,
Se hizo el silencio en mi interior; suspenso
Quedó mi corazón. Y en la agonía
Desconocida de mi duelo inmenso
No sé si en sueño horrible ó si despierto,—
Yo mismo en esa tumba rodé muerto.

DALILA

Tuyo es mi corazón, te dije un día,
A tus plantas le pongo con ternura,
Tú puedes inundarle de alegría
O llenarle de luto y de amargura.

Me contemplaste con amantes ojos,
Y al oír de mis ansias el reclamo,
Con el rostro cubierto de sonrojos
Me respondiste trémula, TE AMO.

Después cogiste con tu mano blanca
Mi corazón exento de fortuna,
Y cual verdugo que la vida arranca
Destrozaste sus fibras una á una.

FELICIDAD

Bella ante mí y espléndida pasabas
Como el sol por el alto firmamento,
Y en mi pupila extática dejabas
Asombro y celstial deslumbramiento.

Ruego y aplauso por do quier oías,
Triunfabas en la tierra conquistada,
Eras la vencedora. Parecías
Una reina de esclavos rodeada.

Desde el retiro de mi vida obscura
Te consagraba tímidas querellas,
Como desde el rincón de la espesura
Les canta el ruiseñor á las estrellas.

Te amaba como el ojo deslumbrado
Ama la inmensidad de lontananza,
Como el pecho de duelo traspasado
Tributa adoración á la esperanza.

Mas á la noche de mi suerte fiera
Vino á buscarme tu mirada amante,
Como á la sima do la sombra impera
Desciende el rayo de la luz radiante.

Al esplendor de tan inmensa gloria
Se disipó cual sueño mi agonía,
Y como el héroe de oriental historia
Me hallé dichoso al despertar un día.

La flor me dió perfume, el ave canto,
Belleza y luz el mágico universo,
E, hijo predilecto de mi encanto,
De mi pecho brotó el alado verso.

LA VENTANA

Cual de mi vida en la feliz mañana
Que iluminó una aurora esplendorosa,
Torno á verte, romántica ventana,
Velada en la penumbre misteriosa.

Sombra te da del huerto la esmeralda
Donde cantan las aves de la selva,
Y te forma en redor marco y guirnalda
Con sus ramas en flor, la madreselva.

Como en el prisma por la luz herido,
De Oriente á los primeros esplendores
Aun se convierte en tu cristal pulido
La luz del sol en iris de colores.

Libre de destrucción, tu puro encanto
Se alza triunfal del mundo en el combate,
Mientras vuelan los años, entre tanto
Que el tiempo en derredor todo lo abate.

Pasó tu dueña como errante estrella
Y sigues sonriendo como un día;
Ah! la existencia humana, aun siendo bella,
Más frágil que el cristal es todavía.

En tu marco desierto busco en vano
La cabellera blonda y dulces ojos
Llenos de luz y encanto soberano
De aquella niña que adoré de hinojos

Y no hallo sus miradas cariñosas
Origen de mis castos enbelesos,
Cuando aun guardan las auras sonorosas
El eco melodioso de sus besos.

Todo acabó, tu bella soñadora
Dejó la tierra por la azul altura,
El triste erial donde el nacido llora
Por la mansión de la inmortal ventura.

¿Para qué tu cristal luce colores,
Para qué te orna ya la madreselva,
Si el ángel de la dicha y los amores
No es ya posible que á alegrarte vuelva?

Pasó la edad de oro de tu historia
Y hablas ya sólo de tu gloria muerta,
Como habla del ayer losa mortuoria
De mármol, y oro, y esplendor cubierta.

CUANDO MUERA

No encerreis, cuando muera, el cuerpo mío
En un nicho, que es cárcel tenebrosa
Llena de soledad, silencio y frío.
Allí reina la noche pavorosa,
Y perturban la paz fantasmas vanos
Y el silencioso andar de los gusanos.

Sepultadme en la tierra en hondo foso,
Do logre realizar mi ardiente empeño
De paz, olvido y místico reposo,
Y ninguno turbar pueda mi sueño.
Seré cual hijo, que tras corto plazo
Vuelve de ausencia al maternal regazo.

¡Que torne al polvo lo que polvo ha sido
De la muerte en los lúgubres placeres!

¡Caiga otra vez el átomo en olvido
En el laboratorio de los seres,
Y trocados saldrán de aquella calma,
En flor mi cuerpo, y en estrella mi alma!

Del azul infinito la hermosnra
Me llama, y cruzarle me apercibo.
Soy crisálida aún, en mi envoltura
Me agito con el duelo de un cautivo;
Romperla quiero, y sus mentidas galas,
Porque sé que al dejarla nacen alas.

El perder la existencia no me aterra.
El polvo es atraído por el suelo,
Y el cuerpo se confunde con la tierra
Cual se confunde el alma con el cielo;
Y es razón que la tierra al cuerpo cuadre,
Porque ella le dió el ser, porque es su madre!

AMOR DE DESTERRADO

Si tuvieran remedio mis tristezas
Lo encontraran en tí, mujer querida,
Que derramas caricias y ternezas
Sobre los infortunios de mi vida.

Tu tierno afán, tus inocentes brazos
Que á tí me estrechan con amor profundo,
Son el vínculo santo, son los lazos
Unicos que me ligan á este mundo.

Cual mira el desterrado con anhelo
La nave erguida que la playa deja,
Así contemplo en el inmenso cielo
La blanquísima nube que se aleja.

Y hondo suspiro el corazón exhala
Cuando persigo con mirar suspenso,
Las avecillas que moviendo el ala
Van á perderse en el azul inmenso.

Allá se van con sus volubles giros
Al ignoto confin de lontananza,
Por donde van mis íntimos suspiros,
Mis sueños, mi ilusión y mi esperanza.

Soy de tu amor y tu hermosura esclavo,
Y luz tú de mi vida en el abismo;
Los dos nos adoramos, pero al cabo
Somos dos compañeros de ostracismo.

Adivinan mis ansias inefables
Con júbilo que al par es un martirio,
Que escondido en las zonas insondables
Está el imán de su inmortal delirio.

Es mi suerte no hallar nunca reposo,
En mí la eternidad su fuego incuba:
Yo tan sólo, mi amor, seré dichoso,
Cuando tenga alas, cuando vuele y suba.

A DIOS

A mi padre el Sr. Lic. D. Jesús López-Portillo.

A tí, Ser inefable y escondido,
A quien adora la creación entera,
A quien alaban aves en el nido
Y soles rutilantes en la esfera:

A tí elevo mi canto sin belleza
Desde la obscuridad do vivo oculto,
No cual himno á compás de tu grandeza,
Sino cual voz de amor y humilde culto.

Canten otros tu gloria indeficiente
De que es el universo hermosa muestra;

Y el esplendor que irradia de tu frente
Y el rayo poderoso de tu diestra.

Canten otros con épico denuedo
De tu verbo las altas maravillas;
Yo cantar sólo ansío y sólo puedo
Tu bondad infinita de rodillas.

Vela desde el espacio tu pupila
Por el bien de la mísera criatura,
Y al ave que no siembra, y que no hila,
Le das grano y luciente vestidura.

Con infinito y paternal cariño
Tu brazo á todos poderoso escuda,
Y amparo das á la orfandad del niño
Y al dolor de la pálida vïuda.

Tú das á los espacios esplendores,
Nube que asciende al lodazal infecto,
Aura amorosa al polen de las flores,
Coraza y luz al volador insecto.

Horizonte sin fin de mi albedrío,
Sueño de mi romántica existencia,
Eres la luz del pensamiento mío
Y del revuelto mar de mi conciencia.

Como alaba tu gloria el firmamento
Que concierto de esferas te levanta,

Así mi ser, formado de tu aliento,
Tu luz refleja y tus bondades canta.

Llena toda mi alma tu grandeza:
En la mente eres luz que vence sombras,
En la imaginación eres belleza,
Y dentro el corazón amor te nombras.

Entre el rugir de tempestad bravía
Escuché tu purísimo reclamo,
Y ví en la sombra alborear el día
¡Oh! bondad infinita, yo te amo!

No es mi amor fruto helado de la mente,
Ni ambición de sublime recompensa;
Es de mi corazón hoguera ardiente,
¡Oh! Padre mío, es gratitud inmensa!

Desde este mundo en que el dolor anida
¡Cuán hermosa se mira en lontananza,
Sobre las realidades de la vida,
Dibujarse tu sombra, la esperanza!

Ante el iris divino me prosterno
Que anuncia el fin del reino de la ira;
¡El reino del amor es el eterno. . . .
El mal es sombra, y el dolor mentira!

Sólo en torno del hombre hay cieno y lodo,
Mas la creacióu en que tu encanto mora,

Es un templo sublime, donde todo
Ama y admira, se levanta y ora.

Mi corazón que extático se humilla
Y en místicos amores se consume,
Ante el altar donde tu gloria brilla,
Es pebetero de ideal perfume.

EL BOSQUE

Amo del bosque la belleza agreste
Que de la sierra á la fragosa planta,
Sus árboles levanta
Cual de gigantes apiñada hueste.

De las tinieblas el horror extinto,
Y enmudecida ya la voz del trueno,
Tornan los ecos á encantar su seno
Y renace la paz en su recinto.
¡Cuán distinto parece
Al que le mira en término distante,

Cuando herido del rayo á cada instante,
Se levanta en la sombra y resplandece!

Con respeto contemplo
La obscuridad de sus entrañas hondas,
Y la bóveda altiva de sus frondas,
Me parece la bóveda de un templo.
En los arcanos de su augusta calma
Hay algo que á la vez turba y asombra,
Cual si una misteriosa y grande alma
Habitara los senos de la sombra.

De la abertura que en cañada ignota
El duro seno de la peña raja,
Entre la hierba enmarañada brota
El hilo de agua que cantando baja.
Confuso y vago cual lejano acento
De choque rudo y batallar bravío,
En los soplos balsámicos del viento
Llega el mugir del caudaloso río.
Del almo sol las encendidas llamas
Cruzan la sombra tenues y discretas,
Como rojas saetas

Por los claros angostos de las ramas.
Cuando las iras de aquilón no rugen,
La vida sólo en derredor revelan,
Las secas hojas que pisadas crugen,
Y los insectos que zumbando vuelan.
Y aumentando el encanto
De esa calma bendita,
La paloma zurita
Canta á lo lejos con sentido canto.

¡Oh Claudio de Lorena! El labio mío
Con afán en mis éxtasis te nombra,
Cuando vengo á buscar al bosque umbrío
Tu soñadora y errabunda sombra.
En el arrobo místico y profundo
Que me produce la arboleda obscura,
Contemplo fulgurar en la espesura
La luz de tu mirar meditabundo.

¡Oh dulce niña, de mi vida encanto
Tú amas cual yo la gran naturaleza,
Y unes tu canto al inefable canto
Que mi espíritu eleva á su belleza.!

En ese santo grito
De admiración y amor al infinito,
Se hicieron nuestras almas su reclamo.
Cuando te dije mi primer TE AMO,
Fué á la sombra del bosque rumoroso.
Allí, á favor de un íntimo embeleso,
Rompió por fin en himno melodioso
Nuestro amor inconfeso.
Se abismaba en la sombra misteriosa
Nuestra pupila ansiosa,
Y absorto nuestro oído,
Escuchaba con ansia soñadora
La música del agua corredora
Coreada por cánticos de nido.
En presencia de tantas hermosuras,
Cerca de tí, mi bien, sintióse lleno
Mi palpitante seno
De cánticos, plegarias y ternuras.
Y, dominado por delirio arcano,
Así inconsciente tu pequeña mano,
Que me cediste trémula y confusa
Con rubores de virgen en la frente,
Y murmuré á tu oído suavemente
¡Oh ángel de mi amor, eres mi musa!

Confidente de amantes embelesos,
Guarda el bosque en su mística espesura
Los ecos de la voz de mi ternura,

De tus promesas y tus castos besos.
Debajo de sus verdes pabellones
Y al dulce arrullo de sus auras calmas,
Se unieron nuestros tiernos corazones,
Se desposaron nuestras blancas almas.
¡Oh bosque umbrío, místico testigo
De mis sueños y amores!
Yo bendigo tu encanto, yo bendigo
Tu penumbra, tus aves, tus rumores.
Que la mano de Dios vista tus frondas
De follage esplendente,
Que se dilate tu risueño ambiente
En perfumadas y armoniosas ondas.
Sé santuario perenne de ilusiones
Para el que sigue sobrehumano empeño.
¡Arrulla siempre con tus dulces sones
Del corazón el inmortal ensueño!

¡RESURRECCION!

Inútil fué con roca ponderosa
Del sepulcro cerrar la obscura entrada;
Inútil circundar con gente armada
La fúnebre morada silenciosa.
¿Quién detiene el perfume que se exhala?
¿Quién la luz con cadenas aprisiona?
¿Quién al aura, que músicas pregona
Cortarle puede cadenciosa el ala? . . . .
Yérguese el cuerpo inerte,
Rueda la roca y el guardián se aterra,
Y alzándose triunfante de la tierra,
Vence Jesús al odio y á la muerte.
Va como aurora por la esfera en calma,
Rompiendo al paso matutinas nieblas,
Y es un sol vencedor de las tinieblas
En los cielos del mundo y los del alma.

Señor, con el anhelo
En tu ascención espléndida te sigo,
¡Quiero en pos tuya abandonar el suelo
Quiero perderme en el azul contigo!

MAS LIEDER

***

Cuando pasas radiante de hermosura,
El mundo te tributa adoración,
Y lleno de emoción y de ternura
Te alza un himno de amor mi corazón.

Cual visión de poeta por el suelo
Cruzas dejando el éxtasis en pos;
Pienso al verte en los ángeles del cielo
Y en las obras magníficas de Dios.

Arrobado de amor en la querella,
Todas mis dichas las encierro en tí;
Y es de mi vida la ilusión más bella
Oh! diosa, que desciendes hasta mí.

*
* *

Por la falda de piedra de la loma
Ella y yo trepabamos,
Y guardando silencio, con los ojos
Los dos nos hablamos.
Yo en el fondo encontré de su mirada,
En aquel azul diáfano,
Pudoroso fulgor, claridad dulce,
Un virginal TE AMO.
Nuestro amor que confiesan nuestras almas,
Nunca lo ha dicho el labio:
Así se comunican en el cielo
Los ángelas alados!

*
* *

Eres bella, pareces inocente,
Y al contemplarte todos
Llenos de admiración y casi extáticos
Te hacen de ángel encomios.
Más yo que te conozco, cuando escucho
Tan ardientes elogios,
Me digo:—¿porqué Dios dará permiso
De disfrazarse de ángel al demonio?

*
* *

Es en vano luchar! Inútilmente
De tu amor y mi dicha corrí en pos:

Amor por mí tu corazón no siente,
Adios! por siempre adios!

Es en vano luchar! La suerte impía
Separa los destinos de los dos;
Siento anegado en llanto el alma mía,
Adios! por siempre adios!

Es en vano luchar! Dicha y contento
Derrame siempre en tu camino Dios;
Ya nunca volverás á oír mi acento,
Adios! por siempre adios!

*
* *

Es envano luchar! Inútilmente
Pretendí sofocar mi sentimiento,
Pues irritado, arrollador, violento,
Rebosa y salta al fin, como un torrente.

Es en vano luchar! Puesto que quiso
El destino que en mí tu amor naciera,
Es menester que siempre yo te quiera,
Porque lo manda Dios, porque es preciso!

Es en vano luchar! Es una gloria
Ser vencido por tí; yo te bendigo!
El cielo de mi dicha está contigo
Soy feliz, porque tuya es la victoria.

Es en vano luchar! De mis amores
Acaben ya las congojosas penas;
Soy tu esclavo, remacha mis cadenas,
Mis cadenas dulcísimas de flores!

Es en vano luchar! Ya la agonía
Que sufrió el corazón de tí apartado,
A conocer con su rigor me ha dado,
Que te amo aun más de lo que yo creía!

Es en vano luchar! Amor profundo
No puede sofocarse.... es un delirio!
La vida sin tu amor es un martirio,
Es un desierto sin tu amor el mundo!

*
* *

Buena como los angeles, como ellos
Hermosa y dulce, tu ideal ternura
Hizo bajar á mi alma los destellos
De tu patria, la altura.

¡Y yo pagué tu amor con negro olvido,
Y arranqué llanto á tus hermosos ojos!
Perdóname, ángel mío, te lo pido
Con lágrimas, de hinojos,
Por ese ayer para jamás perdido.

ENTURBIAR LA FUENTE

Extático miraba
Los cambiantes de luces
Que en el límpido arroyo el sol formaba
Al pié de los románticos sauces,
Cuando á escape llegar ví de repente
Un sediento corcel que de ansia lleno
Entrando por beber en la corriente
Su diáfano cristal convirtió en cieno.
Así también—pensé meditabundo—
La tierra al hombre con la paz convida,
Mas él queriendo devorar la vida,
La trueca nécio en lodazal inmundo.

ENTRE LA CUNA Y LA TUMBA

Como el osado nadador que el río
Cruzando velozmente
Al mirar de improviso pierde el brío
Ambas orillas lejos igualmente;
Así el terror mi corazón acosa
Al surcar esta vida de tristeza,
Cuando hacia atrás volviendo la cabeza,
Miro igualmente lejos cuna y fosa.
Y oyendo el huracán que airado zumba,
La desesperación á mi alma asalta,
Pues siento que las fuerzas me hacen falta
Hasta para arrastrarme hacia la tumba.

¡CANTA!

Toma, hermosa, la cítara
De labores arábigas,
Que esconde nctas místicas
De extraña vibración.

Y con tu mano cándida
Hiere las cuerdas trémulas,
Brotar haciendo el mágico
Y nunca oído son.

¡Oh virgen dulce y pálida
Y de pupilas límpidas,
Donde el azul espléndido
Se mira reflejar!

Alza con voz patética
El inefable cántico,
Mezcla de risa y lágrimas,
Que hace tanto soñar.

Lengua de amor insólito
Hablan tus notas férvidas,
Del acendrado y único
Amor del corazón.

Su cadenciosa música
Trae de nuevo al espíritu
Esperanzas y júbilos,
Ensueños é ilusión.

No abandones la cítara,
No interrumpas el cántico,
Que es misión de los ángeles
El eterno cantar.

Bendita la poética
Voz de tu alma romántica
¡Convierta Dios tus éxtasis!
En dulce realidad!

EL TEMPLO

¡Cuán aérea destácase del suelo
Hundiéndose en el éter infinito,
La torre de la iglesia,
Que es dedo de granito
Perpetuamente levantado al cielo!
Brilla su cruz, de salvación presagio,
En el cielo anchuroso,
Cual faro luminoso
Que alumbra el puerto en medio del naufragio.
Cuanto alas tiene y al espacio sube,
Gira en su torno y su esplendor decora,
El ave voladora,
La oración y la nube.

Contemplada la vida
Desde el dulce Tabor de la plegaria,
Semeja menos dura,
Parece menos triste y funeraria.
Cual visto el campo desde cumbre erguida
Es sin abismos plácida llanura,
No hay trágico problema
Para el alma que ora,
Pues lleva en su interior la santa aurora
De la piedad suprema;
Y por rudos que sean los agravios
Que encienden sus enojos,
Al postrarse de hinojos,
La palabra PERDON bulle en sus labios.

Cuando zozobra la opulenta nave
En las sirtes de mar embravecida,
Oh! templo, eres la barca que recoge
A los náufragos tristes de la vida!
En el misterio de tu augusta sombra,
Calla el acento del humano gozo,
Y habla sólo el dolor, que al cielo nombra
Con la voz suplicante del sollozo.
Tras de tus muros su esperanza escuda
Para vencer del hado la fiereza,
La pálida vïuda
Que nada aguarda ya, ni nada pide
Al amor, ni al placer, ni á la belleza.

Los huérfanos llorosos, junto al ara
Donde arde llama santa noche y día,
Sienten que una gran sombra los ampara
Y que vive su padre todavía.
Como acuden las aves
De la arboleda á las tupidas frondas
Cuando del huracán se siente el vuelo,
Oh! templo! así bajo tus santas naves
Corren las almas en sus penas hondas
Tras el bálsamo santo del consuelo.
Tu sombra protectora á todo alcanza,
A todo mal se extiende,
En el arcano de tu sombra, esplende
La luz de la esperanza.
En el revuelto mar de las pasiones,
Eres el arca mística que encierra
Del corazón las castas ilusiones,
Joyas las más preciosas de la tierra.
Mansión de santa calma
Y horizontes risueños,
Eres cima bendita donde el alma
Se reviste la nívea vestidura
De los eternos é infinitos sueños.
Ora en Egipto seas,
Pirámide inmortal, grande y altiva,
Ora en Atenas Partenón, ahora
Subterráneo en Elora,
O en la Edad Media catedral ojiva,
Eres el más grandioso monumento
Del humano poder, la obra suprema
Del corazón unido al pensamiento;

Emblema misterioso, en piedra escrito,
De aspiración y amor al ínfinito.

Amo la luz escasa
Que por la ojiva de colores pasa
Y de augusto misterio el templo inunda
Hablando de perdón, amor y ruego;
Y escucho con el pecho palpitante
La estrofa suplicante
Del órgano sonoro,
Que del santo recinto en el sosiego,
Se levanta gimiendo desde el coro.
Amo aspirar la esencia de las flores
Con que el altar adorna la fé pía,
Y ver junto del ara
Velando noche y día
De la lámpara santa los fulgores,
Hallo grande y sublime
La forma del anciano sacerdote
Que ante el altar, con imponente culto,
En nombre del mortal, al Dios oculto
Entona la plegaria que redime.
Me hace soñar la espira del incienso
Que pura y casta cual sagrada nube,
Hacia las cimas con el ruego sube
A perfumar el trono del Inmenso.
De mì alma á los ojos soñadores,
Oh! cuadro dulce y bello,

Eres vivo destello
De la eterna poesía,
Dulce imán del espíritu proscrito;
Y llama santa, incienso, canto, flores,
Cuanto forma tu magia soberana,
Me parece que exhala una armonía
Que sube por el éter infinito
De amor vibrando y murmurando ¡HOSANNA!

EN LA MUERTE DE VICTOR HUGO

¡Qué triste y qué vacía
Queda la majestad del pensamiento,
Muerto ya el genio de divino aliento
Que se alzó con su excelsa monarquía!

Dejó ya nuestro siglo el hombre augusto
Que de barro común no fué creado,
Sino de aquella arcilla de gigantes
De que se han amasado
Los Homeros, los Sófocles y Dantes.
Se hundió en la luminosa apoteósis
Donde triunfo sin término disfrutan

Esos genios sublimes
Cuya cuna los pueblos se disputan.
En este mundo de dolor asiento,
Marchaba al frente de la raza humana,
Orlada en luces la cabeza cana,
Con el dedo mostrando el firmamento.

Al hundirse en la tierra sus despojos,
De esta generación queda en los ojos
Ese deslumbramiento
Que deja el sol en la retina absorta,
De aquellos que le miran un momento.

Huérfana está la portentosa lira
Que con sus notas conmovió á las gentes
Sonando ora terrífica, ora tierna;
Y entre sus cuerdas rotas y dolientes,
El favonio suspira
Una elegía de dolor eterna,
Nadie podrá pulsar el arpa de oro
De arcángel en destierro
Que él pulsara inspirado;
Como el hacha de hierro

Del héroe antiguo de pujante diestra,
Nadie puede blandir en la edad nuestra.

Oh! poeta eminente!
No fué tu numen emoción doliente,
Aspid de luz que tu cerebro excelso
Alumbrara minando tu existencia;
Sino olímpica, eterna refulgencia
Que serena brilló sobre tu frente.
De lo sublime la increada lumbre
Brotó siempre de tu alma; santa cumbre
Encendida del hombre á la mirada,
Como la cima del Siná sagrada,
Por fulgor de relámpago incesante.
Casi un siglo duró la voz constante
De tu pecho, venero de poesía,
Como la zarza del desierto inmenso,
Que ante los ojos de Moisés suspenso,
¡Sin consumirse ardía!

Tu poderoso numen,
Cual abismo de luz y astros bullente,
Abarcó toda idea, toda gloria;

Magnífico resúmen
De todas las grandezas de la mente!
Cantáste con dulzura los amores,
Los céfiros, las aves y las flores,
La aurora sonriente,
La casta luna y el boscaje ameno;
Al par que envuelto en majestuosa pompa,
De la epopeya en la sonora trompa
Soplaste con el fuego de un heleno.
Con luz trazados y en sublime estilo
Tus cantos son de perfección trasunto,
Abarcando en espléndido conjunto
La tragedia titánica de Esquilo,
La visión de Isaías el hebreo
Y el estro belicoso de Tirteo.

Cuando en hora menguada
Viste en tu patria hasta el delirio amada
La libertad burlada, escarnecida,
A buscar un refugio fuiste airado
En isla abrupta en la extensión perdida
Del indomable piélago azulado.
Fué tu mansión en la marina roca
Nido de águila alzado
En la alta cumbre que los cielos toca.
Bajaba desde allí sobre la tierra
Tu recia voz como clamor de guerra,

Y al César en tirano convertido,
Le hería sin piedad y destrozaba,
Como el buitre del Cáucaso al vencido
Titán el corazón le devoraba.
Y desde allí tu inspiración augusta
Trocada en vituperio,
Blandió de Juvenal la ruda fusta
Para azotar al degradado imperio.

Excelso soñador de albas y auroras,
De explosiones de amor y días bellos,
Van á crecer las sombras en la tierra
De tu luz extinguidos los destellos.
Nadie ya en este mundo envejecido
Eleva al ideal su pensamiento;
¡Cruza el mundo tristísimo momento!
En desprecio insensato y negro olvido
Va cayendo la diva poesía,
De la vida mortal sola esperanza,
Unica luz que brilla en lontananza!....
Si fué tu vida que triunfal se aleja
Como de un astro el refulgente paso,
Es tu muerte de un sol el triste ocaso,
Que en pos tinieblas y silencio deja!

LAS MALAGUEÑAS

Rasgueó su guitarra la andaluza
Y soltando el raudal de su voz fresca,
Entonó una canción dulce y sentida
Como todos los cantos de su tierra.

Era un lamento triste y prolongado
De notas graves y cadencias trémulas,
Que inundaron mi alma soñadora
De extraño encanto y ansiedad intensa.

Exóticos sonidos, quizás eco
De otro existir y de lejanas eras,
De civilizaciones extinguidas,
De razas soñadoras y poéticas.

Cerré los ojos de emoción henchido
Y perdí del momento la conciencia,
Y al Oriente sentíme trasportado,
Esa región de maravillas llena.

Miré el desierto inmenso, donde boga
La caravana en piélagos de arena,
Y el óasis, que al amor de la corriente,
Su frescura y verdor alegre ostenta.

Miré el camello reposarse echado
A la sombra del bosque de palmeras,
Y el ánfora llenar en la vertiente
Cantando alegre la gentil doncella.

Ví ginetes cruzar por la llanura
En corceles veloces cual saetas,
De crin profusa al céfiro esparcida
Con bridas de rubíes y de perlas.

Ví al simún extender sus grandes alas
Sobre el desierto cual mortaja inmensa,
Y sepultar al caminante osado
Bajo la arena que en sus pliegues lleva.

Y con acento de hambre loca y brava,
Oí rugir leones y panteras,
En el seno infinito del desierto
Donde la Esfinge eternamente vela.

Ah! yo adoro los cantos andaluces

Que un mundo ignoto de emoción despiertan,
Que son risa con fondo de sollozo
Y júbilo con ecos de tristeza!

Símbolo me parecen de la vida
En que la miel con la amargura alterna;
Se me figuran sobre cielo obscuro
Titilantes y espléndidas estrellas

¡ORAD!

A Francisco de P. Covarrubias.

Dejad que vüestro espíritu suspenso
De su destino al poderoso grito,
Dirija el vuelo de su afán inmenso
A su patria inmortal, el infinito

Mariposas de luz, tended el ala
A la llama que nunca se consume;
Cuanto puede volar, la altura escala:
La música, el incienso y el perfume.

Cantan á Dios el ave entre el ramaje,
En su onda el mar, el céfiro en su giro,

Que los cielos reciben homenaje
De cuanto tiene voz, canto ó suspiro.

En este mundo arcano y deslumbrante,
En el seno de tantas maravillas,
El hombre, pobre ser de un solo instante,
Nunca se halla mejor que de rodillas.

Caed de hinojos. Suplicantes palmas
Alzad venciendo nuestro orgullo ciego:
La oración es la vida de las almas,
Santa actitud de adoración y ruego.

Del existir en la inmortal contienda,
Nada el milagro del amor ataje:
Que la oración como el perfume, ascienda,
Y que el perdón, como la lluvia, baje.

Si navegais en golfos de ventura,
Cantad HOSANNA en vuestra dicha extrema;
Si naufragais en mares de amargura,
Pedid piedad á la bondad suprema.

Sonreid al pensar que en esplendores
Al fin se tornará la noche obscura,
Y que son de la vida los dolores,
Sollozo abajo y cántico en la altura.

A GUADALAJARA

En el Centenario del Obispo Alcalde.

Ciudad ¿por qué te alegras y engalanas
Con entusiasta ardor, jamás extinto?
¿Por qué lanzas á vuelo tus campanas
Y músicas atruenan tu recinto?

¿Por qué tu noble corazón palpita
Al influjo de gratas emociones,
Y exhalas de tu pecho voz que grita
Hosannas y fervientes bendiciones?

¿Te inspira acaso el esplendor guerrero
De paladín de hazañas nunca vistas,

Que á tus piés haya puesto el rojo acero
Y ricas y magníficas conquistas?

¿Te humillas del destino ante los fallos
Y del potente el esplendor acreces,
Y entrando en la legión de los vasallos
Con lisonjas pomposas te envileces?

Ah! no, Guadalajara, tu homenaje
El éxito no adora en su entereza,
Que tu espíritu rinde vasallaje
Unicamente á la moral grandeza.

Es que torna á tu mente en este día
El recuerdo de un héroe dulce y bueno,
Que en tu horizonte fué sol de alegría
Y bálsamo dulcísimo en tu seno.

Es que surge otra vez en tu memoria
La figura ideal de un grande hombre,
Y repasas los hechos de su historia
Y te suena cual música su nombre.

¡Y cuán hermoso es solazar la mente,
Olvidando la pena que la oprime,
Y anegarse en la luz resplandeciente
De un pasado tiernísimo y sublime!

¿Y qué puede existir más puro y manso
Que la figura del Obispo augusto,

Que del bien á la obra sin descanso,
Su vida dió con el afán de un justo?

Vivir entre nosotros aun parece
Y contemplarnos con amantes ojos:
¡Mirad cómo en sus obras resplandece,
Y á sus plantas postrémonos de hinojos!

Tosco sayal, de su piedad indicio,
Ciñe su cuerpo que el ayuno agota,
Mientras hiere sus carnes el cilicio
Y se vierte su sangre gota á gota.

De orar á Dios y trabajar ansioso,
De su propio deleite no se cura,
Y por no afeminarse en el reposo,
Hace su lecho de tarima dura.

En el retiro de su vida austera
Aprende, en Dios el pensamiento fijo,
A ser humilde, de una calavera,
Y á tener caridad, de un Crucifijo.

Esas sus armas son y la potencia
Con que creó tan grandes maravillas;
¡De sus obras soberbias la excelencia
La ejecutó ayunando y de rodillas!

El, que de los trabajos no se exime,
Y de pobreza da tantos ejemplos,

Oh! portento de amor y fé sublime!
Erige á Dios innumerables templos.

Cuando diezmada la ciudad hambrienta
Ayes de muerte lanza de su seno,
Al pueblo inmenso con su pan sustenta
Cual lo hizo Jesús el Nazareno.

Y en medio de la peste asoladora,
Sin temer los horrores del contagio,
Su caridad es arca salvadora
Que impide, sola, el general naufragio.

Por ella alientas, capital famosa,
Por ella esplendes, y al cenit caminas;
¡Sin ese Obispo y su virtud gloriosa,
No fueras ya más que montón de ruinas!

Bien haces en honrarle reverente
Y en bendecir sin descansar su nombre,
Porque nadie con celo tan ardiente,
Te volverá á querer, como ese hombre.

El invadió los fúlgidos espacios
Que estrechos encontraba su impaciencia,
Para erigir espléndidos palacios
A tu miseria y corporal dolencia.

Esos arcos y muros atrevidos
Que de los tiempos burlarán las leyes,

Haber sido parecen erigidos
Para servir de alcázares á reyes.

¡Y allí se albergan sólo el desamparo,
Y el dolor que atormenta la materia!
¡Pero él quiso ostentar lujo preclaro
Para la majestad de la Miseria!

A través de los años, el que gime
Aun con inmensa gratitud le nombra,
Y el hospital que alzó su amor sublime,
Es protegido por su augusta sombra.

Bien haces en honrarle con grandeza
Y en amarle ¡oh ciudad! con arebato,
Que es el nervio del pueblo la nobleza
Y vivir no merece un pueblo ingrato.

Pues que le debes vida y beneficios
Y te miró con caridad tan tierna,
Págale sus fecundos sacrificios
Con grande amor y gratitud eterna.

Lo haces así!.... Por eso en este día
Dejas tu traje de vïuda triste,
Y pruebas, á la luz de tu alegría,
Que amada ser mereces, cual lo fuiste.

Hoy cánticos entonan tus ingenios
Y oradores ocupan tu tribuna:

Honra siempre, oh ciudad, héroes y genios,
Y grande serás tú como ninguna.

Yo contemplo con pecho enternecido
Estos festejos de eternal memoria:
¡Gloria á Alcalde, el apóstol bendecido,
Y á tí, ciudad que le veneras, gloria!

EL HIMNO DEL LABRADOR

Oyendo EL ALEGRE LABRADOR de Schuman.

Ya el gallo se alboroza
En lo alto de la choza,
Y alzando la cabeza coronada
A la esfera aun obscura,
Anuncia con acento de alegría
La próxima llegada
Del radioso, triunfal y nuevo dia.

Ya en el redil que acechan lobos fieros
Balan ansiosamente los corderos

Medrosos y apiñados,
Pareciendo decir: "Oh! sol hermoso
Que con tu luz ahuyentas los cuidados,
Surge por el Oriente presuroso,
Y ven á disipar vuestros terrores
Con la gloria inmortal de tus fulgores."

Ya entre el pardo ramaje
Del rumoroso saucedal del río,
Se oye ruido confuso de plumaje
Y de las aves el alegre pío.
De los nidos calientes á los bordes
Apenas asomados,
Los picos sonrosados
Prorrumpen en dulcísimos acordes,
De fronda á fronda se hablan
Con acentos divinos,
Y cadenciosas pláticas entablan
De arpegios, de gorgeos y de trinos.

Ya discorde y constante
Empieza á resonar el grave coro
Del establo distante.

Melancólicamente brama el toro,
Mientras la vaca con clamor materno
Llama al becerro que la sombra esconde,
Y éste al reclamo de su amor responde
Con acento infantil lloroso y tierno.
Y en la majada de rastrojo llena
Echado el buey de poderoso empuje,
Rumiando aún la cena
Decir parece "es tiempo" cuando muge.

Labradores en pié! Ya el alba empieza
A verter en Oriente sus fulgores,
Y con himno de ruidos y rumores
La saluda la gran naturaleza

Saltando al ver la luz de rama en rama
¡Alerta! grita con su canto el ave,
Y en el establo con acento grave
La yunta dócil al deber nos llama.

En impalpable y silencioso vuelo
Elévanse al azul tenues vapores,
Mensajeros quizás de los amores
Que ligan á la tierra con el cielo.

Tibio vaho de génesis palpita
Por la extensión extática del mundo,

Y: "¡labradores, quiero ser fecundo!"
El rico seno de la tierra grita.

Volvamos á la tierra su tesoro
Sepultando, con ópimo provecho,
En los húmedos surcos del barbecho
El fruto de la espiga, el grano de oro.

Mientras los pueblos tórnanse rivales
Por quebrantar de la razón las leyes,
Somos los proveedores de los reyes
Y sostén de las villas imperiales.

Del torrente vital que raudo corre
Somos el manantial constante y puro;
Por nosotros se eleva el alto muro
El arco enhiesto y la empinada torre.

Absortos de la vida en los misterios,
Llegan á nuestro oído débilmente
La destrucción de la legión valiente
Y el desplome fatal de los imperios.

Todo lo que destruyen vicio y guerra
Y la indolente ociosidad descuida,
Nosotros, paladines de la vida,
Lo rescatamos de la madre tierra.

Desde la choza hasta el pequeño nido
Todo es murmullo, animación, contento;

Labradores en pié! Llegó el momento
De volver al trabajo interrumpido.

El casto rayo que en la etérea puerta
Como alegre atalaya se divisa,
Con el plácido albor de su sonrisa
Todo á la vida en derredor despierta.

Sed benditas ¡oh ráfagas suaves
De blanca luz del jubiloso Oriente!
¡Y vosotros aromas del ambiente,
Y vosotras también, parleras aves!

Exhala el corazón potente grito
De júbilo al mirar tanta belleza,
¡Bendita la inmortal naturaleza
Y antes que lo creado, el Infinito!

Así de las viviendas campesinas
Donde moran sencillos corazones,
Se alzan á Dios fervientes bendiciones
En horas matutinas.
Y de emoción henchidos
Los pobres labradores,
Al campo salen con la azada al hombro;
Y al contemplar los cielos convertidos
En festín de colores
Y explosión de inefables maravillas,

Llenos de encanto, adoración y asombro
Se postran reverentes de rodillas.
La luz naciente de la rubia aurora
Con sus fulgores las azadas dora,
Y en grupo aquellos hombres congregados
Ante el sol qne soberbio se levanta,
Parecen una hueste de soldados
Que van resueltos á la guerra santa.

ALCANZARÉ PERDÓN

Cuando me llame Dios á su presencia
De mi existencia dolorosa al cabo,
Y de mi vida, como juez severo,
Cuenta me pida con semblante airado,

Confuso quedaré. Desnudas de obras
Encontrará mis temblorosas manos,
Y no hallará en mi frente enrojecida
Aurea diadema ni glorioso lauro.

La movediza arena de la tierra
No le señalará mi débil paso,
Como rastro no deja el buque roto
Que en sus ondas sepulta el oceano.

Todo á mi espalda callará. Mi nombre

En pos no dejará rumor de aplauso;
Nada grandioso ni brillante hice,
He malgastado mis mejores años.

Pero en mis días míseros y obscuros
Del corazón guardé puro el santuario.
No odié jamás; amé, perdonar supe....
Y espero yo también ser perdonado.

CUAUHTEMOC

Héroe tal en tí encontró
La patria en la lucha recia,
Cuál no los produjo Grecia,
Como Roma no los vió.
Tu figura así se alzó
Del templo de nuestra fama
Coronando el edificio,
Y hoy el pueblo que te aclama,
Grande en el triunfo te llama
Sublime en el sacrificio.

Cuauhtémoc, nombre bendito
Qué en la mexicana historia

Se encuentra de luz y gloria
Con caracteres escrito!
Suenas cual bélico grito
De abnegación y valor;
Eres varonil clamor
Que alzado á la inmensidad,
Significa patrio amor,
Heroismo y libertad!

AMORES DE NIÑO

¡Qué derroche de ingenuo sentimiento
Hice en mi mocedad, que lloro ausente!
¡Cuántos castillos levanté en el viento
Y cuántas ilusiones en la mente!

La luz, los campos, la radiante esfera,
El florido vergel, el bosque umbrío,
Todo entonces me habló lengua hechicera
Y llenó de emoción el pecho mío.

De lo bello en idólatra converso,
Solté la rienda á plácidos antojos,
Ansiando devorar el universo
Más con el corazón que con los ojos.

Corona de tan altas maravillas,
Fué la mujer mi encanto soberano,
Y puesto ante sus aras de rodillas
Su belleza adoré como un pagano.

Ferviente sacerdote de las diosas,
A todas les rendí culto de amores,
Cual las leves y aladas mariposas
Vuelan con loco ardor entre las flores.

Amé los ojos de color de cielo
Y del rubio cabello la aureola,
Por eso puse mi ardoroso anhelo
En el amor de Antonia y el de Lola.

Como la noche amé negros los ojos,
La tez morena y la mirada aviesa,
Por eso provocaron mis antojos
Ojos, tez y mirada de Teresa.

Causáronme las unas penas hondas,
Y sufrí por las otras hondas penas,
Que hallaba, si cual ángeles las blondas,
Cual la pasión ardientes las morenas.

Recordando un histórico renombre,
Provoqué de una Elena los engaños,
Y á Rita amé, á despecho de su nombre,
Sólo porque contaba quince años.

Cautivaron mi amor todas las redes,
Y dieron fuego á mi pasión liviana,
Con su traviesa faz Pepa y Mercedes,
Con su apacible faz Rosa y Mariana.

Todas soñar me hicieron á porfía,
Y por todas perdí la blanda calma,
¡Figuras celestiales que veía
A la luz de la hoguera de mi alma!

Y sobrepuestos, locos y en tropeles
Por mi pecho pasaron los amores,
Cual pasan en Abril por los vergeles,
Generaciones de hojas y de flores.

¡Perdón, sombras hermosas y queridas,
Si os hice alguna vez sufrir enojos,
Y por el dardo de mi olvido heridas,
El aljófar brotó de vuestros ojos!

Adoré en vuestra gracia la hermosura
Y amé en vuestra sonrisa el amor mismo:
¡Ternura engendradora de ternura,
Que hubiera dado luz hasta al abismo!

De mí tomasteis bárbaras venganzas
Y nada me debeis, ni nada os debo;
Si alguna vez logré mis asechanzas
¡Cuántas me hicisteis ay! morder el cebo!

Perdonadme si afanes inseguros
Me hicieron ser traidor y desalmado,
Pues por mano gentil de ángeles puros,
Conservo el corazón acuchillado!

A LUDOVICO GIRAUD [1]

Aun repiten los ecos arrobados
De tu acento las notas melodiosas;
Tus cánticos de amor apasionados
Extienden por los aires todavía
Sus alas cadenciosas:
Y ya la Parca impía,
Cortando el ritmo de tu acento tierno,
Selló tu labio con silencio eterno!

Callas ya; para siempre enmudeciste!
Alzaste el vuelo á la región ignota,

[1] Murió cantando.

Y al mirar tu envoltura inanimada,
Aqueja al alma esa dolencia triste
Qué se siente al mirar un arpa rota.
Es como si la alondra en la enramada
Ya no cantase, ni en el bosque umbrío
Resonasen rumores,
Ni murmurase al deslizarse el río
Su queja melancólica de amores.
Artista! alza la frente laureada!
Ya se escucha la dulce melodía
Que te hizo palpitar. El aura alada
Vuela llena de encanto y armonía,
Y las notas riëntes y llorosas
Se agitan en la atmósfera impalpable
Cual bandada de inquietas mariposas.
¡Alza el acento arpado
A compás de esa música inefable,
Cual un tiempo solías!
Los corazones, como en otros días,
Se agitan presurosos,
Esperando escuchar tu dulce canto,
Para caer en sueños vagarosos
De ventura y encanto.
Espléndido el proscenio
Ante tí se levanta
Cual pedestal soberbio de tu genio,
El aplauso te aguarda: canta! canta!....
Mas tu cabeza inerte
No se alza de la fúnebre almohada,
Que la imperfecta música creada
No llega á las regiones de la muerte!

¡Y hace poco cantaste
Sublime y moribundo!
Es que al bajar á tu sepulcro, alzaste
De tiernísimo adiós, un himno al mundo.
La tumba que terror tan sólo inspira,
En tí produjo célico delirio,
Y cantando expresaste tu martirio,
Como muere Ruy Blas y Edgardo espira!

A MI HIJA BLANCA

Hija, yo amo la blancura;
Cuando la contemplo, siento
Solaz en el pensamiento
Y en la pupila dulzura.

Es color de hermosa lumbre
Que hacia la cima se exhala,
Ya del querub en el ala,
Ya en la nieve de la cumbre.

Mi espíritu á cuanto brilla,
A toda luz, á toda alba,
Le hace con sus cantos salva,
Como la alegre avecilla.

Hija, adoro la pureza,
Que es de las almas albor,
Porque soy un soñador
Que sueña casta belleza.

Arrebatan mi cariño
Y deslumbran mi conciencia,
De la virgen la inocencia
Y la sencillez del niño.

La mujer halago santo
Para reinar necesita,
Pues todo PUREZA grita
En su tierno y dulce encanto.

Cual ella no hay en la altura
Ni abajo, cosa creada,
Que más espante, manchada,
Ni que más cautive, pura.

Para ser siempre querida,
Has de ser en todo instante,
Como la musa del Dante,
Bella, de blanco vestida.

Mi sed de belleza pura
De mi corazón arranca;
Por eso te llamas Blanca,
Por mi amor á la blancura.

AYER Y HOY

¡Me sofoca el ambiente que respiro!
En todo lo que miro
Hallo mustia la flor de la belleza;
Sobre el mundo mortal, antes luciente,
Echó la edad presente
Una mortaja de glacial tristeza.

Brilla sobre las aras la materia,
Nuestra altiva miseria
Sumisa al pié de sus altares vaga;
Reina de lo tangible el embeleso,
Y el vapor del progreso
Los ideales de la mente apaga.

Atruena de las fábricas el ruido,
Do quier se oye el sonido
Del hierro esclavo, de incansable celo;

Y el humo de la obscura chimenea
Que en el espacio ondea,
No deja ver el esplendor del cielo.

Se abre paso triunfal por las entrañas
De las duras montañas
El tren envuelto en resonante vaho;
Los istmos con estrépito se hunden,
Los mares se confunden
Y se acorta el camino de la nao.

Son las villas países populosos,
Y ríos procelosos
Sus calles de corriente enfurecida;
Y entre el loco tumulto y vocerío
Del inmenso gentío,
Es en su seno un vértigo la vida.

De lujo y esplendor vistosos mares
Son los anchos bazares
Donde el clamor de la ciudad arrecia,
Y cautiva la mente aquel halago
Que no soñó Cartago,
Ni Tiro, ni Corinto, ni Venecia.

Es el sueño del mundo el Vellocino,
De Cólquide el camino
Emprenden otra vez las argonautas,
Y en lid abierta y piélago rugiente,
Con el remo potente
Hunden el cráneo á los caídos nautas.

Lo sensible á la mente señorea,
De lo estrecho la idea
Revela en todo el existir del día,
Ya se llame al pensar positivismo,
En el obrar nihilismo
Y realismo en novela y poesía.

Se van los dioses y se vuelca el ara!
La muchedumbre ignara
Su propia apoteósis solicita;
El mundo ensueños de exterminio arrulla,
La humanidad aulla
Y estalla con fragor la dinamita.

Crece la obscuridad y arrecia el frío.
En el pecho vacío
Con lentitud el corazón se mueve,
Y en la conciencia lóbrega y malsana,
Tirita el alma humana
Cual huérfano desnudo entre la nieve.

Es que el mundo que á ciegas adelanta,
Con soberbia que espanta
Mató del ideal la refulgencia,
Y se trocaron, sin su rayo puro,
El cielo en antro obscuro
Y en lid feroz y baja la existencia.

Mas ah! que no fué siempre tan mezquino
El humano destino,
Ni siempre la ilusión gimió abatida!

Un tiempo fué, poético y risueño,
En que reinó el ensueño
Sobre el haz de la tierra ennoblecida!

De la historia en el cómputo severo,
Es de luz un reguero
Toda la duración de ese pasado;
Entónces el espíritu fecundo
Fué oráculo del mundo
Y rey por las naciones aclamado.

Entónces de los hombres en el seno,
De nobles ansias lleno,
Un entusiasta corazón latía,
Y el paladín de irresistible embate
Al campo del combate
Por su Dios y su dama descendía.

Luchando de su fé por las conquistas,
Arquitectos y artistas
Formaron bella y vagabunda tropa,
Y sembrando castillos señoriales
Y templos ojivales
Recorrieron el Norte de la Europa.

Himno que asciende á la región etérea,
Surgió la aguja aérea
Del seno de la tierra funeraria,
Y cubierta de encaje de granito,
Se elevó al infinito
La ojiva cadedral como plegaria.

En rica lengua y con laud sonoro,
De su canto e tesoro
Soltaba el trovador ante el castillo,
Y al oírle la bella castellana,
Saliendo á la ventana,
Soñaba amores de la luna al brillo.

La humanidad entónces exaltada
Por la voz inspirada
De un ermitaño de piedad divina,
Dejó lares, riquezas y sosiego,
Y ardiendo en santo fuego
Se lanzó á conquistar la Palestina.

Cruzó tierras inmensas reverente
Bajo un sol inclemente
Combatiendo sin tregua, hierro en mano,
Hasta que, al cabo de luchar gigante,
Llegó á Salem triunfante
Y en Sión enarboló el pendón cristiano.

Aquella tropa invicta y aguerrida
Y de hierro vestida,
De la sublime fé bajo el encanto,
Por Godofredo, el héroe, encabezada,
Fué á deponer la espada
Del Salvador en el Sepulcro Santo.

¡Qué infinito esplendor! ¡cuánta grandeza!
¡Qué inefable belleza
No superables ya desde aquel día!

¡Luchar, sufrir, vencer, caer de hinojos
Por místicos despojos
Convirtiendo la historia en poesía!

Esa es la vida, armónica y hermosa,
No la lid tormentosa
En que hoy luchamos por mezquinas palmas;
Hoy corre de lo físico el reinado,
Mientras ese pasado
Fué el poético reino de las almas.

En ese noble tiempo haber vivido
Muy bello hubiera sido
Para seguir el popular empeño,
Y partir de la vida los ardores
Entre Dios, lid y amores,
Como habitando el mundo del ensueño.

¡Cuán artístico y grande haber tomado
El manto del cruzado
Y, tras proezas de eternal memoria,
Haber librado con la invicta espada,
La Sión suspirada,
Tierra de la piedad y de la gloria!

¡Y por siempre dormir, el ruido extinto,
Del templo en el recinto,
Y de la nave ojiva en los arcanos,
Cual absorto en hermoso y dulce anhelo,
Con la faz vuelta al cielo
Y la cruz de la espada entre las manos!

UN HEROE

POEMA

A ANTONIO ZARAGOZA

Homenaje de afecto fraternal.

Este poemita fué publicado por primera vez en la ciudad de México, el año de 1882. Al emitir juicio sobre él algunos diarios de la Capital, aunque favorecieron su versificación con bondadosos elogios, que obligaron mi gratitud profundamente, apuntaron la idea de que su argumento estaba tomado del JOCELYN de Lamartine. Estupefacto me dejó aquella afirmación, pues hasta entonces no había leído dicho poema, como creo que los relacionados periodistas no lo habían leído tampoco.

La curiosidad de hacer comparaciones, juntamente con el deseo de saborear las bellezas de esa joya de la literatura francesa, hiciéronme consagrarme posteriormente á su lectura; y grande fué mi asombro al encontrar que no había semejanza alguna entre las dos concepciones.

JOCELYN es el poema del amor; el del perdón querría ser UN HEROE.

Lamartine pinta la pasión de un seminarista que, arrojado á las montañas por la Revolución, se enamora

de una joven disfrazada con traje de niño adolescente que va, por inpensado caso, á compartir con él su retiro. Amale ella; pero él, obligado por el deber, la deja, y recibe las órdenes sagradas.

Abandonada la joven, se casa por despecho, enviuda bien pronto, y se entrega á los placeres buscando olvido; pero todo en vano. Cuando años después vuelve á ver á JOCELYN en una iglesia, ya sacerdote, pierde el sentido. Y al morir, pasado algún tiempo, se confiesa con él, sin saberlo, y sólo poco antes de lanzar el último suspiro, descubre la verdad.

En UN HEROE no llega á aparecer la mujer en primer término. Engañado el protagonista por un falso amigo, duda de la pureza de su amada, y lleno de pesadumbre, se hace fraile. La joven, cegada por el dolor y la desesperación, es seducida por el falso amigo, que la había calumniado con este propósito. Después de su deshonra, abandonada por el seductor, sigue la pendiente del vicio, y muere al cabo en un hospital. El protagonista sabe todo esto de boca de su mismo amigo, muchos años más tarde, cuando en ejercicio de su ministerio, acude al socorro de una ciudad herida por la peste. Confiésale moribundo, oye de su boca la historia de su falsía, traición y crímenes; y, aunque sobrecojido por la indignación, tiene un momento de lucha, absuélvele de sus culpas y le abre las puertas del cielo.

Hé aquí los dos argumentos frente á frente. Sólo se parecen en que los protagonistas se retiran del mundo. Todo el resto de la acción es completamente diverso en ambos poemas.

UN HÉROE

PRELUDIO.

El alma, como cueva tenebrosa,
Horribles monstruos en su seno oculta:
Ira, lujuria, envidia vergonzosa,
Soberbia que blasfema á Dios insulta.
Entran ellos en lucha formidable
Desde la aurora de la humana vida
Hasta que el existir se desvanece;
La razón á su embate se obscurece,
Y, vencedora la pasión culpable,
Como señora dentro el pecho anida.
Para salvar al hombre de ese abismo
De abyección, y mis ria, y desventura,
Para enfrenar tan récias tempestades,
Es menester un sobrehumano acento,
Cual la voz que domó la mar y el viento

En la cuenca del sacro Tiberiades.
Cuando, en lo antiguo, la familia humana
Caminaba sin brújula ni guía,
La barbárie, del mundo soberana,
Sobre escombros fundó su tiranía.
Vénus conquistadora y deslumbrante,
De Marte unió sus gracias al espanto,
Y por la tierra paseó triunfante
Su pendón de vergüenza, muerte y llanto.
Los hombres consagrados á sí mismos,
Buscando en el placer dicha mentida,
Arrastraban la vida
Del vicio por los lóbregos abismos....
Fué menester entónces que del cielo
Bajara un rayo puro,
Que viniese á rasgar el velo obscuro
De sombra espesa que enlutaba el suelo.
Entónces comenzó la luminosa
Ascención del mortal del lodo inmundo,
A la región radiosa;
Marcha eterna y grandiosa
Que al bien y al ideal prosigue el mundo.
Rugieron enfrenadas las pasiones,
Del lodo se formó la primavera,
De castas ilusiones
Nació en la mente el alba lisonjera,
Y el egoismo impuro del pasado
En santa abnegación se vió trocado.
Ya en Salem el augusto Nazareno
Sus enseñanzas con su sangre sella,
Y, á su dulce reclamo, deja el cieno
El mundo, y sigue su esplendente huella....

El antiguo mataba en su agonía,
Lanzando al espirar el fiero insulto;
Pero de la grandeza llegó el día,
Y del cuarzo salió el cristal oculto.
Nuevos hombres, el vicio ya vencido,
Corrieron á la muerte, presentando
El pecho de perdón y amor henchido,
Y, víctimas del crímen y el encono,
Clamaban espirando·
¡PERDÓNALES, SEÑOR, CUAL LES PERDONO!
Los apóstoles llevan cual sol nuevo
La evangélica lumbre
A las gentes, y, en célico delirio,
Dan á la muchedumbre
Este bien, esta luz, esta esperanza,
A costa de su sangre y su martirio.
Nada su paso estorba,
Nada su ánimo abate,
Desdeñan la ventura y el sosiego,
Y entran de luz armados, al combate,
Menospreciando el Circo, el hierro, el fuego.
Desde ese tiempo nuestra pobre historia
A los cielos se encumbra,
Y cual rayo de gloria,
La caridad sobre la tierra alumbra.
¡Caridad, llama pura,
Del pagano virtud desconocida,
Eres planta sagrada,
Al pié bendito de la Cruz nacida,
Y con la sangre de Jesús regada!
Sólo á tu influjo fórmase en la tierra
La ventura que el cielo ve propicio;

Por tí de las pasiones á la guerra
Suceden el amor y el sacrificio:
Eres el eje místico, luciente,
Sobre que gira la moderna historia,
Y el dique opuesto á la feroz corriente
De la antigua barbárie,
Enemiga tenaz de nuestra gloria.
¿No es en tí do se inspiran
Esos frailes gloriosos,
Que llevando por arma la Cruz santa,
Atraviesan los mares procelosos,
Y por tierras ignotas y salvajes
Llevan la osada planta?
Del apóstol y el mártir ellos guardan
Vivo y ardiente el épico heroismo
En esta edad impía,
Y derraman la luz del cristianismo
Al tiempo que su sangre generosa,
En Libia, y en Japón, y en Oceanía!
¡Oh, Hijo del Eterno,
Jesús Crucificado!
Tú que sacaste un orbe fulgurante
Del infecundo seno de la nada,
Del corazón mortal sacas grandeza,
Como naturaleza
Del impuro carbón saca el diamante.
Sólo pudo tu mano omnipotente,
De tan vil instrumento
Sacar tanta armonía;
Tan sólo tú supiste que latente,
Bajo el fango vivía
De puras aguas ignorada fuente!

¡Gloria, oh Cristo, á tu obra indeficiente!
¡Gloria á tu excelso nombre
Con luz de soles en la altura escrito!
Eres la escala que nos une al cielo;
Sobre tus huellas místicas va el hombre
Desde el obscuro suelo,
Al bien, al ideal, al infinito.
Tus enemigos dicen, insensatos,
Que no hay ya ni vestigio
Del milagro que obró tu voz sagrada;
Pero mienten, ingratos,
Que á tu espalda quedó vivo el prodigio,
Y ofusca con su luz nuestra mirada!
El alma se redime
Por tí sólo del polvo, por tí gime
Buscando en las alturas su camino;
Y la luz deslumbrante
Que baja al mundo de tu Cruz sublime,
Muestra el rasgo divino
Del hombre miserable en el semblante!

I.

DOS AMIGOS

Queridos compañeros de la infancia
Eran Conrado y Diego.
De la vida el umbral juntos pisaron,
Y de la bella juventud gozaron
Unidos, cual hermanos, la fragancia.
Y nunca se miraron en la tierra
Más diferentes séres!
Cuanto de más contrario el mundo encierra.
En ellos se encontraba.
Era Conrado
Ardiente, arrebatado,
Y su vida, entregada á las pasiones,
Era cual plaustro rápido, arrastrado
Entre azotes y voces delirantes,
Por veloces bridones.
Era su afán dar gusto á su apetito,

Aun cuando hollara su perverso intento,
Cuanto hay santo y bendito,
Religión, y decoro, y sentimiento.
No así Diego, por cierto. Generosa
Brillar en él con esplendor sagrado
La dignidad humana hizo natura,
Yal barro vil, mezclar supo amorosa
De un espíritu bueno y elevado
La noble levadura.
Era su corazón puro y ardiente.
La realidad de un sueño
Buscaba en la existencia, y proyectaba
Sobre la tierra claridad fulgente,
Que, cual de un astro cándido y risueño,
De su alma brotaba.
La desventura, la orfandad, el llanto,
Lágrimas arrancaban de sus ojos;
La virtud respetaba,
Y ante todo lo santo
Reverente postrábase de hinojos.
Diego empero y Conrado amigos fueron,
Unidos siempre por extraño caso,
Y fué que el complemento ser, acaso,
Por instinto uno de otro comprendieron.

Diego adoraba á Marta, encantadora
Doncella, en el Abril de la existencia,
Casta beldad, como divina aurora
Del astro precursora
De infinita y soñada refulgencia.
Nunca más casto espíritu en el mundo
Brilló en más dulce y célica mirada,

Ni se miró jamás risa más pura,
Ni otra frente de más candor bañada,
Ni se escuchó otro acento más henchido
De juventud, de música y dulzura,
Que alma, risa, mirada, voz y frente
De aquella niña hermosa é inocente.
Era el centro de un mundo de armonía,
De célica belleza y dulce encanto
Que en su torno giraba:
Admiración, amor, culto, alegría,
Todo lo grande y noble
A su influencia mágica brotaba.
También la niña á Diego sonreía
Con pudor adorable,
Y de amor cielos plácidos le abría
Su mirada de virgen inefable.

¡Oh celestial unión por Dios bendita,
De dos almas purísima alianza,
Ascención de dos vidas venturosas
A la dicha infinita,
En alas del amor y la esperanza!
Sólo en el amor puro halla la mente
Satisfacción cumplida,
Sólo á su influjo descender se siente
La sonrisa de Dios sobre la vida.
El estruendo del mundo miserable
Quede para el que anhela goces vanos,
Y en la sima insondable
Se lanza del placer, buscando en ella
De ignotas amarguras los arcanos!

El alma mía en su dolor suspira
Por ese Edén de amor y ricas galas,
Y á la luz misteriosa del recuerdo
Que su entusiasmo inspira,
Abre las blancas alas,
Como el ave canora
Abre las suyas al rayar la aurora.
Mas ¡ay! esos amores que halagüeños
Contemplo revolar en lontananza
Nadando en luz de gloria,
Las promesas no son de la esperanza,
Sino huellas de soles
Que indelebles conserva la memoria!

II.

VOX INFERI

—¿Amas ¡oh Diego! á Marta?
Interrogó Conrado.
—Tu pregunta es inútil, á fé mía,
Pues la adoro.
—Tu amor apasionado
¿A nada sobre el mundo cedería?
—Más fácil—dijo Diego—
Que olvidar ese encanto,
Me fuera el olvidarme de mí mismo;
Sin ella mi existir fuera de llanto,
Sin un rayo de luz, como el abismo.
¿Por qué me lo preguntas?
—Amigo, porque creo
Que nunca debe el hombre confiado,
Entregarse de amor al devaneo
Sin sospechar que un día

Puede ser engañado.
—Falaz es este mundo, no lo niego,
Pero es un ángel Marta, y con el mundo
De común nada tiene.
—Amor es ciego.
—No, que del alma mira en lo profundo.
—En el alma de Marta
¿Has penetrado acaso?
—¡Es santuario de amor y de pureza!
—¡Júzgalo siempre así; nunca lo dudes!
—Conrado, amigo, á parecerme empieza
Que de infundirme tú sospechas tratas.
—¡Grave daño te haría!
—Pero con tu misterio y tu ironía
¿No miras que me matas?
—¡Muéveme la amistad únicamente!
—Lo sé, pues no es posible
Que un sentimiento insano
En tu pecho se albergue ó en tu mente,
Pues para mí no eres, bien lo sabes,
Amigo sólo, sino dulce hermano.
—Oye, pues, Diego, y mide el satrificio
Que me prescribe cariñoso celo;
Tiemblo al pensar que voy al precipicio
A despeñarte desde el alto cielo.
Mas eres hombre, y debes valeroso
Recibir este golpe despiadado;
No seré yo quien te haga desgraciado,
Sino el hado enemigo y alevoso.
¡Oh, Diego! Marta bajo el velo casto
De juventud, pureza y hermosura,
Es nomás una ruina encantadora,

Pues la virtud perdió su alma traidora,
Y es ya tan sólo una mujer impura
Disfrazada de vírgen seductora!

Declinaba la tarde. Sus crespones
Desplegaba la noche en el silencio
Sobre la tierra muda;
En el cielo siniestros nubarrones
Desgarrados giraban,
Y con lluvia monótona y menuda
El suelo sin estrépito regaban.
Los vientos arrasantes
Del nebuloso y aterido Enero
Cruzaban el espacio opaco y triste;
Era el mes de los hielos, mensajero
De muerte y de tristura,
Que de luces, y flores, y verdura
A la natura pálida desviste.
Era la misteriosa triste hora
En que la luz se aleja de la tierra,
En que las aves en los nidos pían,
Y el arroyuelo entre las guijas llora.
Miéntras la noche sus tinieblas cierra.
Soplaban cierzos fríos, gemebundos.
Cual sepulcrales besos;
Reinaba en torno, del morir la calma:
Diego sentía un frío
Que le helaba los huesos
Y que le helaba el corazón y el alma.
Sentía en su cabeza
Sordo rumor y extraño aturdimiento;
Las palabras oía

Cual venidas de léjos, como acento
De distante campana entre la niebla,
Que toca débilmente una agonía.

Conrado en su relato proseguía
Con cruël insistencia,
Sin ver que estaba Diego mudo y yerto,
Mostrando en su semblante la dolencia,
Que tras ruda agonía,
En su lívida faz retrata un muerto.
Desarrollaba ante sus tristes ojos
Cuadros de horror, de crímen y de llanto,
Cual los que alumbran los fulgores rojos
De la luz infernal, llena de espanto.
Todas las ilusiones que amó tierno
Diego infeliz, mataron una á una
Sus palabras impías;
Y cual las dulces aves que en invierno
Se alejan de la nieve,
Gimiendo se alejaron
De su pecho las blandas alegrías,
Huyendo el golpe del dolor aleve.
Su corazón tan lleno de contento,
Que palpitaba con ardor y brío,
Quedó inmoble y vacío,
En ese horrible y trágico momento.

. . . .

¿Para qué ya en la altura
El cielo inmensurable se extendía?
¿Para qué ya giraba el rey del día
En el éter sin fin, y la natura
Ostentaba sus galas,

Y derramando célica armonía
Desplegaban los céfiros sus alas? . . . .
Cuando en el pecho mueren
Las esperanzas bellas,
Y del alma los plácidos amores,
Todo calla, despíntanse las flores
Y se apagan el sol y las estrellas.
¡Oh mundo hermoso! ¡Oh cielo inmensurable
De refulgentes soles tachonado,
En vuestra inmensidad ¡ay! no se encuentra
Un ricón miserable
Do pueda hallar refugio un desgraciado!

III.

EL COMBATE

Lucha ruda es la vida,
Que en la cuna del niño orígen tiene;
Todo instante es verdugo,
Toda frente mortal está ceñida
De corona de mártir.
Nadie al yugo
Del horrible tormento
Escapa la cabeza:
La palabra del hombre es un lamento,
Sus ojos son espejo de tristeza.
¡Dichosos los que cruzan esa puerta
A los ojos del hombre siempre abierta,
Que se llama la muerte, y que aparece
Llena de obscuridad, de horror y espanto!
¡Quien la llega á cruzar ya no padece!
¡Mas allá de esa puerta ya no hay llanto!

La muerte no es horrible, es redentora;
Es el piadoso fin de la agonía,
Es la risueña aurora,
Epílogo feliz de noche umbría.
¡Cuán espantosa fuera nuestra suerte,
Si en medio del dolor, en lontananza,
No viésemos brillar esa esperanza
Que se llama la muerte!
Mas, ¡cuánto tarda á veces
En libertar á un alma acongojada!
Conviértese la vida en mar airada,
El cáliz del dolor hasta los heces
Entre martirios lúgubres se apura,
¡Y aun se sucede un día á otro día,
Y la existencia aborrecida, dura
Del propio padecer cual mofa impía!

¡Todos saben morir! El tierno infante,
La tímida doncella, el débil viejo,
El hombre de consejo,
El labriego ignorante;
El héroe cuya indómita bravura
Causó á la tierra pánico profundo,
Y el infeliz esclavo, cuyo mundo
Fué la ergástula obscura;
El rico que sucumbe en regio lecho
De fastuoso aparato rodeado,
Y el infeliz, que bajo pobre techo,
Muere como vivió, siempre ignorado....
¡Todos saben morir! La misma sombra
Cubre su faz en el postrer instante:
En su mustio semblante

La muerte, igual solemnidad derrama;
Y todos, á pesar de su flaqueza,
Saben, al dar el alma, con grandeza
Representar ese terrible drama!

Mas la vida es difícil!
Es problema
Que resolver á pocos les es dado.
Con angustia suprema
Se ve ese tiempo, porvenir llamado,
Que un misterio sin límites encierra,
Y ante la vista atónita del hombre
Se extiende obscuro, innúmero, sin nombre,
Como inmensa amenaza!

Como el humo es fugaz la blanda calma,
Ilusión la alegría,
Y al pasajero júbilo del alma,
Sigue la eterna tempestad sombría.
Viene el dolor sañudo,
Y clava sin piedad su dardo agudo
Del pecho en la mitad; mueren las flores
Del vivir en la senda,
Y estallan los furores
De las pasiones en feroz contienda!
¿Qué hacer entónces? Cuando todo acaba
Para el mortal, y enloquecido siente
Hervir su pecho cual volcán rugiente,
Y circular por sus arterias lava;
Cuando se abre á sus piés terrible abismo
Que del mundo y la dicha le destierra,
Y siente que los cielos y la tierra

Se hunden con espantoso cataclismo;
Cuando la adversa suerte
En el dolor sin término le lanza,
Y entre la negra obscuridad no advierte
Ni un rayo de esperanza....
¿Qué debe hacer? ¡No muere!
¡Y es morir su ardentísimo deseo!
Sólo para el dolor su vida dura,
Nadie puede aliviar su desventura,
¡Triste y abandonado Prometeo!

Hay rebeldes mortales
Que sólo cuando son dichosos, viven,
Que de mano de Dios bienes reciben,
Pero se niegan á aceptar los males.
Cuando se torna horrible su existencia,
El conflicto desatan
Como el nudo de Gordium, con violencia,
Y cual paganos míseros se matan.
Otros, henchidos de furor insano,
El hierro empuñan con airada mano,
Y con ciego despecho,
Le clavan en el pecho
Del enemigo odiado,
Cuál si á costa de sangre y exterminio,
La paz perdida hallar les fuese dado!

¡Oh mártir de Judá! Sólo tu acento
Puede salvar al hombre sin ventura,
Cuando anegado en llanto y amargura,
Es cual átomo leve que arrebata
En su ala negra el huracán violento!

Oyese tu palabra al alma grata,
De la pasión feroz entre el rugido,
Cual místico sonido
De campana piadcsa,
De tempestad en noche pavorosa.
Sólo tu voz domina el bronco estruendo
De una dicha que espira entre gemidos,
Como cuando á la mar subleva el noto,
Se oye en la nave llena de alaridos,
El salvador acento del piloto!

¡Es forzoso sufrir! Es el tormento
Un crisol que el espíritu ennoblece:
Al través de las lágrimas, parece
Más bello el azulado firmamento!
¡Es forzoso sufrir! Dios eslabona
Por el dolor, la tierra con el cielo:
Tiene el sombrío y pavoroso duelo,
La dicha por espléndida corona!
¡Es forzoso sufrir! Somos pequeños,
Y obscuros, y sin alas, y es preciso
Crecer, brillar, volar, trasfigurarnos
Para poder llegar al Paraíso!

En el dintel del cielo
Hay un arcángel que las puerta cierra
Al mortal que se acerca con el rostro
Lleno de la alegría de la tierra;
Mas cuando llega un alma coronada
Del mártir con la espléndida diadema,
Le deja libre entrada

A la gloria suprema,
Y dice: "Ven al templo
Donde se adora á Dios eternamente:
Te reconozco, hermana, que en tu frente.
El sello augusto del dolor contemplo!"

—

IV.

DOLOR Y AMOR

¿Qué artista consiguió del mar airado
Retratar la violencia,
Cuando parece hirviente y encrespado,
Alzarse contra el cielo en su insolencia?
¿Quién alcanza á pintar el alboroto
Que se agita en el negro firmamento,
Cuando las alas trágicas del noto
Conmueven de los orbes el asiento?
Ante el horror que espanta la mirada
Queda el alma en suspenso;
Todo lo que es inmenso
No se pinta; subyuga y anonada!
Ni videntes ni sabios han podido
Del mundo en las edades,
Pintar de un corazón de muerte herido
Las hondas y calladas tempestades.

Débil es cual rumor la voz del hombre,
Calor no tiene su palabra vana,
Y de expresión carecen y de nombre
Esas tormentas de la vida humana.
Al pintar del dolor entra en desmayo
El numen del poeta,
Porque tinta no hay en su paleta
Para pintar el rayo!

¿Cómo expresar el hondo desencanto
De un pobre corazón que sangre brota,
Ni el drama obscuro que contiene el llanto
De su amargo licor en cada gota?
¿Cómo pintar la pena aterradora
De un alma en cuyo fondo, en lucha inmensa,
Una lúgubre noche, sin aurora,
Poco á poco se abate y se condensa?
Esas crísis sin formas ni sonidos,
El alma las comprende con espanto;
Drámas del corazón, ayes no oídos,
Que mueven á piedad, y arrancan llanto.
Mas las comprende sólo con la triste
Intuición de la horrible desventura,
Que en todo humano corazón, existe
La simiente fatal de la amargura!

No tendré la osadía
De intentar describir la pena impía,
Que cual flecha acerada
Se hundió en el corazón del triste Diego;
El que lleve en el alma sin sosiego
Una herida jamás cicatrizada,

La podrá comprender, otro ninguno!
Y el que la entienda, lleno de quebranto,
Plañendo el propio mal y el mal ajeno,
Derrame acerbo llanto;
Pues bajo las estrellas de la altura
No hay tan gran pesadumbre,
Como ver de improviso convertidos
En máscara monstruosa la hermosura,
Las tintas del candor en torpe cebo,
Y á la mujer angélica, inocente,
En intérprete audaz de la serpiente!

¿Qué es vivir sin amar? Triste jornada
En camino de tumbas, cual la vía
De la Roma imperial, Apia llamada;
Marcha triste, sombría,
Sin astros en el cielo,
Sin flores en el suelo,
Sin música en el aire resonante,
Sin tener hácia atrás ni hácia delante,
Ni una siquiera de esas lontananzas,
Que hacen tanto soñar al caminante,
Y se llaman recuerdos y esperanzas!

¡Oh, mujer! Vaso hermoso
De espléndidos colores
Y de oriental perfume!
En medio de los hondos sinsabores
Con que el alma se aflije y se consume
En este ingrato suelo aborrecido,
Tan sólo tú la embriagas y le brindas
Ensueños, dicha y bienhechor olvido!

Audaz, apasionado,
El hombre en su ambición, todo lo abarca,
Anhelando tener en lo creado
El prometido cetro de monarca!
Corre, navega, lucha,
Intrépido los riesgos desafía,
Nada le arredra en su arrebato heróico,
Nada ataja su épica porfía.
Al seno obscuro de la tierra baja
A robar á los antros su riqueza,
Y en barca aérea de ligero lino
Vuela á hundir en las nubes su cabeza;
Se lanza en la pelea destructora
Por conquistar la gloria del guerrero,
Y despreciando el ceño de la muerte,
Presenta el pecho al matador acero;
Pulsa las cuerdas de la dulce lira,
Y como el arpa eólica, sonada
De la campiña por el libre ambiente,
Cantos y risas con pasión suspira,
Convertida la voz de su alma ardiente,
En himno del dolor y la belleza
De este mundo de luz y de tristeza!
Y todo cuanto anhela y cuanto alcanza,
Realidad y esperanza,
La riqueza y la ciencia,
El poder envidiado,
De la gloria la hermosa refulgencia
Y el laúd laureado,
La dicha y el renombre....
Todo lo quiere el hombre
Para ofrecerlo del amor en aras;

Pues si todo lo intenta, emprende y doma,
Es porque todo á la belleza ofrenda;
Como al Feretrio de la antigua Roma,
Presentaba después de la contienda,
El triunfador de irresistible embate,
Los opimos despojos del combate!

Quitad á la mujer, quitad á Eva
De en medio del risueño Paraíso,
Y todo quedará trocado en sombras;
Jehová por eso quiso
Dar al hombre esta amiga lisonjera,
Porque todo es inútil y es horrible,
Cuando falta esa dulce compañera,
Luz y calor del corazón sensible!

Cuando ya no se ama,
Cuando en el corazón muere la llama
De la fé, cual se apaga en el santuario
La lámpara sagrada y misteriosa,
Dejando envuelto en sombra pavorosa
El templo solitario;
Una vez que las dulces esperanzas
Dejan el corazón con raudo vuelo,
Como las golondrinas que en Diciembre
Huyen del frío y del nublado cielo;
Una vez que se rompe en choque rudo
De la ilusión el irisado prisma,
Y de la vida en el erial desnudo
La mirada con lágrimas se abisma;
Una vez que el mortal siente, llorando,
El corazón dentro del pecho, yerto,

Cual triste madre que en fatiga inútil
En sus entrañas lleva un hijo muerto.....
Todo cambia en redor, todo reviste
Aspecto funeral, lívidas tintas,
Todo se ve al través de un velo triste;
Cual si el brazo del Todopoderoso,
Desmayado por fin, dejado hubiera
Caer en el abismo el sol lumbroso,
Y hundirse el mundo en las eternas sombras!
De la carmínea sangre la corriente,
Antes rauda y bullente,
Se descolora súbito y estanca;
Pierde su brillo la mirada ardiente;
El labio palidece y ya no rie;
Y la frente tristísima, rugosa,
Tiende á la tierra, de la paz morada,
Quizás buscando la entreabierta fosa.
Depone el capitán la invicta espada,
Deja el artista su cincel divino,
Y el poeta cantor rompe su lira;
Y ya sin ideal, muerto el encanto,
Se sientan á la orilla del camino,
Aguardando, transidos de quebranto,
Que la sombra mortal su cuerpo envuelva
Y desenlace el drama de su llanto!

V.

¡PAZ!

Ved á Diego: lloroso y sollozante
Al convento camina,
Que en montaña del pueblo no distante,
Levanta entre un pinar su mole obscura.
Agria y pendiente es la vereda estrecha
Que conduce á la altura,
Cortada á trechos por enormes rocas,
De la cima altanera desgajadas
Y en la senda apostadas,
Cual si el alto peñón, también asceta.
Cerrar quisiera al mundo turbulento
La senda solitaria del convento.

Tan sólo los cartujos, con la planta
Calzada por sandalia tosca y pobre,
Cruzan aquel camino pedregoso,

Apoyando su cuerpo enflaquecido
En báculo nudoso,
Calada hasta los ojos la severa
Capucha venerable.
Bajo la cual se ve la barba austera.

Llegó Diego al pacífico retiro.
Al pisar sus umbrales silenciosos,
De su pecho brotó largo suspiro;
Y torrentes copiosos
Del estancado llanto
Que sus rojizos párpados hinchaba
Y su garganta ahogaba,
De sus ojos brotó, cual desbordado
Río que baja de la alzada cumbre.
Así el niño angustiado,
Cuando sepulta la cabeza rubia
En el regazo maternal, exhala
De sus pesares el acerbo lloro
Y de sus quejas el doliente coro.
Y siente luego que á su pecho baja
Dulce consuelo, porque el lloro ardiente
De los pesares el rigor ataja,
Cuando al fin se desborda libremente.

Con amante porfía
Los monjes le rodean,
Y le preguntan cuál la causa impía
Es de la angustia que en el alma esconde;
Mas Diego sólo llora y no responde,
Que es el llanto un dogal que el cuello oprime
Y corta la palabra, solamente

Dejando libre paso á los sollozos.
El anciano prudente
Provincial del convento, con dulzura
Le dirije palabras de consuelo,
Y le exhorta á buscar para su duelo
Alivio en los ensueños de la altura.

—Padre—le dice al fin el triste Diego
Con acento angustiado—
Yo soy muy desgraciado
Y aquí he venido en busca de sosiego!

Así el poeta augusto florentino,
Eterna gloria de la especie humana,
Fatigado del Güelfo y Gibelino,
Y de la lucha insana
Que la Italia infeliz de la Edad Media
A costa de su vida sostenía,
Cäos inmenso, que inspirado había
Su Divina Comedia;
Hora tras hora, de sufrir cansado
La ingratitud horrible de los hombres,
De su amada Florencia desterrado,
Vagando á la ventura, con el alma
Llena de sin igual melancolía:
A un tranquilo convento llegó un día,
Y mezclóse entre el coro de los frailes,
Sombrío y silencioso.
Al ver su rostro seco y demacrado,
Lívido y tormentoso,
En el cual sus pupilas llameaban
Como brasas ardientes.

Los monjes con pavor se preguntaban,
Si era aquel un espectro levantado
De la fosa temida;
Y, cuando por el pánico turbado,
Arrostrando su vista aterradora,
Le preguntó un hermano qué buscaba,
¡Paz! contestó con oz desgarradora!

¡Paz! ¡paz! ¡oh! sí, felicidad suprema
Que concibe la mente!
Es el místico emblema
De otro bien soberano
Que el corazón presiente,
Pues sin ella, en el mundo proceloso,
Es la felicidad un nombre vano!
El rico, el poderoso,
El sabio, el celebrado, el victorioso,
A pesar del prestigio refulgente
Que rodea su frente,
Si no disfrutan la bendita calma,
Tienen sólo un fantasma de ventura,
Pues en el fondo, atormentada su alma,
Zozobra en oceanos de amargura.

Las coronas reales
Suelen serlo de espinas;
El ostentoso fausto que los ojos
Deslumbra con su brillo fulgurante,
Es á menudo máscara brillante
De innumerables penas ignoradas.
Que así como á las víctimas antiguas
Las coronaban de graciosas flores,

Para ser inmoladas,
Hay humanos henchidos de dolores,
Y rodeados de aparatos vanos
De ventura mentida,
Para quienes es mofa de la suerte,
El mismo brillo y gloria de su vida!
¡Y cuántos, ah! que compasión infunden,
Pobres, humildes, en perpetuo olvido,
En su tranquila vida son dichosos,
Y su modesta dicha sin ruïdo,
No dieran por el cetro de un monarca!
¡Con razón el Profeta de Judea,
Cuando á aquellos que amaba bendecía,
Esta sencilla frase les decía:
¡Paz con vosotros sea!

¡Ah! de la paz yo quiero la ventura
Para que acabe mi mortal querella,
Aunque la vida mía pobre, obscura,
No deje en este suelo
De su modesto paso ni una huella,
Cual las aves que cruzan por el cielo!

¡Oh santo soñador, excelso Bruno,
Tú fuiste el fundador de esos retiros
Donde el sosiego entre virtudes mora,
Y donde los suspiros
Pueden brotar del lábio libremente,
Y cruzar el ambiente
Tendiendo al cielo el ala gemidora!
Tú escojiste la cumbre de los montes
Que dominan extensos horizontes,

Para alzar imponente
La mole de esos plácidos conventos;
Fortalezas de paz amuralladas
Por la naturaleza providente,
Del siglo corruptor contra los vientos.
En la cima encantada de los Alpes
Que del túrbido Isera
Forman agria y fragosa la ribera,
Y allá en la serranía
De la abrupta Calabria;
De tu santa, celeste poesía
Dejaste monumentos memorables,
Gloria inmortal de tu bendito nombre
Y refugio del hombre.
Tú diste ese respiro al seno opreso,
Lleno de los pesares de este mundo,
Para que del dolor al crudo exceso,
No se rompiese el pecho gemebundo.
Así en lo antiguo, en la montaña dura,
Abrió paso una raza de gigantes
Al pletórico Nilo de ondas fieras,
Para lanzar sus aguas desbordantes
Sobre áridas regiones
Donde brotaron oasis y palmeras.

Corrió, pues, Diego á ese refugio santo
A ocultar su quebranto!
En las aguas lustrales
De la fé bendecida,
Fué piadoso á bañar su triste vida
Para limpiarla de terrenos males.
Tomó la cruz con mano enflaquecida,

Y de fé ardiente y de esperanza lleno,
Emprendió del Calvario la subida,
Cual lo hizo Jesús el Nazareno.
Y cual David en su aflicción contrito,
Las glorias entonó del Infinito
Nublados por las lágrimas los ojos.

¡Feliz quien comprendió que los abrojos
Que dejan en la frente cruentas huellas,
Acabada esta vida, se convierten
En corona de flores y de estrellas!
Porque ¡oh ventura inmensa! cuando todo
Muere para una vida en este suelo,
Cuando el mortal es réprobo del lodo,
El escogido puede ser del cielo!

En aquellas alturas,
Se ensanchaba su pecho con la inmensa
Aspiración de célicas venturas
Que presentía su alma;
Y en medio de la calma
De aquel retiro santo,
Do callaban del mundo los ruïdos,
Ménos abrasador era su llanto,
Ménos desgarradores sus gemidos:
Cual si en esa región junto á las nubes
Se sintiese más cerca de los cielos,
Y llegasen á él de los querubes
Los cantos impregnados de consuelos.

Y odiando de la vida las mudanzas,
Cayó ante los altares reverente,

Y lleno de infinitas esperanzas,
Se consagró al Señor eternamente.

¡Cuán grande es dedicar la vida entera
Al servicio de Dios, poniendo freno
De las pasiones al afán terreno
Para entregarse á la virtud austera!
¡Cuánta envidia me inspiran
Esos santos varones apartados
Del mundo vano, que nomás aspiran
A vivir de rodillas é ignorados!
Nada piden al mundo, nada quieren,
Repudian cuanto anhelan
Los demás hombres, y en sus torpes manos
Dejan de dicha los fantasmas vanos.
Renuncian á su parte de victoria,
Amor, poder, riqueza,
Y abrazan la pobreza,
Y en la santa humildad cifran su gloria.
Son hierbas sus banquetes,
Su lecho el duro suelo,
Sus goces oración y penitencia;
Y en el excelso cielo
Su pensamiento fijo,
Su tesoro y escudo en la existencia
Es tan sólo un austero Crucifijo.
La penitencia ruda
Sus fatigados miembros enflaquece,
Enjútase su rostro y palidece,
Su espíritu del cuerpo se desnuda.
Tórnase grave y dulce su mirada,
Manso y blando su acento,

Y retrata su frente sosegada,
El tranquilo esplendor del firmamento.
Su palabra, emitida sin zozobras,
Vuélvese reposada y persuasiva,
Y arder de caridad la llama viva
Siéntese en sus discursos y en sus obras.
Como todos los hombres no son ellos;
Tienen no sé qué místicas señales
De dulzura y amor, que los distinguen
De los demás mortales.
Santo respeto su virtud inspira,
Y dulce confianza:
En medio de este mundo se les mira
Cual ministros de paz y bienandanza,
Que tienen por misión mostrar el cielo
A las almas que oprime suerte dura,
Dándoles esperanza, y á la altura
Haciéndoles tender el manso vuelo.
Es un himno sagrado su existencia,
Que se exhala en la plácida cadencia
Del órgano sublime,
Entre las espirales del incienso,
Que llenas de perfume y oraciones,
Ascienden hasta el sólio del Inmenso.
Y desde el bajo mundo
A los ángeles hacen compañía,
Alzando noche y día
Con ardorosa fé y amor profundo,
De alabanzas sin fin los dulces cantos
Que en los cielos á Dios alzan los santos,

VI.

LA PESTE

¡Oh! terrífico azote
De la mano divina; ¡oh! espantoso
Castigo celestial, que por el suelo
Se derrama á las veces, pavoroso,
Seguido de lamentos y de duelo!
Oh! peste asoladora, soplo impío
Del Antro, que del mundo entre congojas,
Barre existencias, como secas hojas
Arrastra del invierno el soplo frío!
Es el Asia su cuna, de allá viene,
Ignoto orígen tiene
A la orilla de ríos consagrados;
Sombrío peregrino
Que va dejando en su fatal camino
Incontables cadáveres regados.

¡Destino singular, arcana suerte
Del Este, patria de la luz ufana,
Que ha sido y es para la especie humana
Cuna de vida y manantial de muerte!

La ciudad está lúgubre. Parece
Más que ciudad, necrópolis sombría.
¡Parece que un ejército la asedia!
Vese sobre ella proyectarse impía
La sombra pavorosa
De una inmensa tragedia.
Es un pueblo que gime
Entre los rudos, invisibles brazos
De un aéreo gigante que le oprime,
Haciendo con fragor saltar los lazos
Que á la vida le ligan. Es tremenda
Hecatombe sin tregua; sacrificio
De innumerables víctimas humanas
En las aras de un dios ignoto y fiero!
El afán homicida
De las parcas insanas,
Ocultas en la atmósfera impalpable.
Contra la humana vida,
No paraba un intérvalo, incansable
En su faena horrible!

El verdugo invisible
Cual fiera hambrienta sin cesar hería:
A la fulgente claridad del día,
O entre las sombras de la noche obscura;

En el recinto del hogar bendito,
O en la pública plaza.
Inmenso grito
De infinita pavura
Sonaba por do quier.
La madre amante,
Tras desvelos prolijos,
Miraba alzarse al cielo rutilante
En ángeles trocados á sus hijos.
El infeliz esposo enamorado
Morir miraba á la mujer querida,
Sin conseguir sobre su labio helado,
Tener un punto el soplo de la vida.
La doncella sin par, de encanto puro,
Que despertaba al mundo y los amores,
Coronada de flores
Bajaba de la fosa al antro obscuro.
¡De cuántos soñadores corazones
Paz y dicha llevábase con ella,
Pareciendo haber sido sólo bella
Para creación y muerte de ilusiones!
Los niños inocentes, adorados
Por sus padres solícitos y tiernos,
De improviso quedaban entregados
A la orfandad y al desamparo eternos.
El amor, y la paz, y la ventura
Morían sorprendidos,
En el santuario del hogar heridos,
Dejando en pos de sí luto y tristura.
El sol en limpio cielo relucía
Cual cruël ironía,
Miéntras en el dormido traidor viento,

No cesaba de oirse ni un momento
El toque funeral de la agonía.
Súbito la sonrisa se apagaba,
El cántico en lamento se trocaba,
Y del placer la copa apetecida,
Al llegar á la boca, con la vida,
De los inertes labios se escapaba.
Se dejaba al amigo ó al amante,
Y al buscarle después, tras breve instante,
Se encontraba un difunto;
Y el tálamo nupcial, de amor santuario,
En brevísimo punto
Se convertía en lecho funerario.

Extraño movimiento se advertía
En la mansión siniestra de la muerte!
Sin tregua noche y día,
Sobre los hombros de piadosos deudos,
O en vehículos toscos hacinadas,
Las víctimas llegaban ya sin vida,
Llevando retratadas
En sus facciones lívidas y mustias,
De su violenta muerte las angustias.
No paraba un instante la piqueta!
Unas de otras al lado
Cavábanse incontables sepulturas;
Y en el inmenso afán precipitado
De enterrar tantos muertos,
Quedaban los cadáveres cubiertos
Por escasas, levísimas paladas
De insuficiente arena;
Mirándose asomadas

Sobre la superficie de las fosas,
Manos enflaquecidas,
Cabelleras revueltas y terrosas,
Faces descoloridas
Y plantas que en la atmósfera impalpable
Alza las, proseguir asemejaban
Una marcha ideal interminable.

¡A cuántos infelices
El carro funeral, en donde juntos
Iban amontonados los difuntos,
Condujo hasta el sombrío camposanto,
Confundido el letargo con la muerte!
Cuando despavoridos despertaban,
Al verse entre los muertos confundidos,
Iban rompiendo en ayes y gemidos!
¡Cuántas veces cruël sepulturero,
Sin escuchar la queja lastimosa
De esos desventurados áun con vida,
Con mano criminal y fratricida
Los sepultaba en la temida fosa!

La ciudad populosa
Con tan duros rigores castigada,
Mirábase sin tregua abandonada
Por sus amedrentados moradores,
Que iban buscando léjos de sus lares.
Remedio al riesgo y paz á sus terrores.
Los ricos ocupaban presurosos
Sus quintas en las fértiles campañas,
Y los pobres alzaban sus cabañas
En los desiertos valles anchurosos.

Con afán se ganaban las alturas
Por respirar atmósferas más puras,
Y todos procuraban alejarse
De la ciudad amada, presa ahora
De peste asoladora;
Como el patriarca Lot, en noche umbría,
Salió lleno de duelo,
De su ciudad sobre la cual llovía
El fuego de la cólera del cielo.

Pero no así del pánico espantoso
Dominar los cartujos se dejaban!
Su espíritu sereno, recto, fuerte,
No temía las penas ni la muerte.
Antes bien, encontrando coyuntura
Para mostrar su amor á los mortales,
Bajaron presurosos de la altura
Do moraban exentos de cuidado,
Y en la ciudad entraron, do tremendo
Sentaba el exterminio su reinado:
Como el guerrero en cuyo pecho late
Hidalgo corazón, vuela al combate
Al oír de la guerra el bronco estruendo!

Y volaban do quier un desdichado
Por el crüel azote era alcanzado,
Pródigos admirables de su vida!

Cuando los apestados contemplaban
Con mirada de susto y afligida,
Que todos de su lado se alejaban,
Aun los seres de su alma más queridos,

Cerca de ellos hallaban á los monjes,
Solícitos velando junto al lecho,
Mitigando las penas que sufrían,
Y dando paz á su angustiado pecho.
Aquellos héroes del amor cristiano,
Por igual todo albergue recorrían,
Desde el palacio do el orgullo humano
Desplegaba su inútil refulgencia,
Hasta el pobre aposento do el mendigo
Sin pan y sin abrigo,
Perdía en lo ignorado la existencia.

Para ellos, ministros del Dios Hombre,
Todos eran iguales;
Pobres y ricos, todos los mortales,
Para su alma tenían sólo un nombre:
El nombre dulce y plácido de hermanos!

En la lid sucumbía
Uno tras otro, y el heróico grupo
Se estrechaba sin tregua y reducía!
Mas no por eso aquellos combatientes
Desertaban del campo de la gloria,
Como el guerrero que en la brecha aguarda
De una muerte esforzada la victoria!

Y el Crucifijo sacrosanto, tibio
Aún por el calor del muerto hermano,
Lo recogían de la yerta mano
Con celo fervoroso,
Y seguían la trágica contienda,
Encaminando el paso presuroso,

A donde era la lucha más tremenda!
Suele en el campo así del fiero Marte,
Pasar de mano en mano el estandarte
Según que los soldados van muriendo,
Y verse siempre al frente de las huestes;
Gloriosa enseña en cuyo torno anhelan
Todos luchar con sin igual denuedo,
Prefiriendo morir de ella abrazados,
A abandonarla con indigno miedo!

Ah! que no es esto nuevo en los anales
Del Cristianismo excelso! Siempre ha sido
Amor su credo, abnegación su vida,
Desde el día que en el Gólgota el Ungido
Con su sangre selló en la Cruz sublime,
Su religión augusta, que redime
A costa de suplicio.
Entónces comenzó del sacrificio
La epopeya asombrosa
Que ofusca el esplendor del mundo viejo,
Cuya luz engañosa
Era el barniz tan sólo del delito.
La virtud de Lucrecia, Mucio y Bruto,
Que de ferocidad merece el nombre,
De la barbarie fué el amargo fruto,
Espantosa y estéril para el hombre!

Cuando llega la hora pavorosa
De pagar el tributo inevitable
A la naturaleza, miserable
Todo humano poder se torna y mira:
Es inútil la espada victoriosa,

Calla la adulación, amontonado
Queda en el arca el oro codiciado;
Abandonado el cetro, el rey espira
Entre aparatos vanos,
Viendo que son, cuando la muerte llega,
Inútiles poder y cortesanos.
Y hasta el amor, el mismo amor ardiente
Que hace tantos prodigios en el mundo,
Junto al lecho del triste moribundo
Se desespera y llora inútilmente!

En ese augusto y crítico momento,
Cuando pierde el mundano poderío
Su prestigio y aliento;
Cuando toda grandeza se convierte
En humo y en vacío
Ante el poder de la invencible muerte;
Grandes y majestuosos,
Se miran esos hombres olvidados,
Que adiós dijeron para siempre al mundo:
Los apóstoles mansos que mirados
Son en la vida con desdén profundo!
El sábio que ha estudiado los secretos
De la vida, confiésase impotente,
Y no hay elíxir ni preciosa planta
Que evite la catástrofe. Se siente
Un abandono lúgubre, que espanta
En derredor del lecho del que espira.

Entónces se levanta
Donde nomás desolación se mira,
Una bella figura:

La del santo ministro de la altura!
El triste moribundo,
Bajo su caridad y su cuidado,
Torna á sentirse amado,
Y no se mira ya solo en el mundo.
Y renace en su espíritu la calma,
Y lleno de esperanza en lo futuro,
Siente anegada el alma
En la infinita aspiración del cielo
A donde se alza con tranquilo vuelo!

VII.

EL MORIBUNDO

Era la media noche.
De la ciudad callaban los ruïdos;
Tan sólo se escuchaban
De los canes hambrientos los aullidos,
Que présagos de muerte parecían,
Pues según cuenta el vulgo, anuncian ellos
Cuando suenan, la muerte á los humanos.
Y en tristísima estancia, á los destellos
De vacilante luz, se debatía
En el revuelto lecho,
Un hombre que moría
Con estertor que le angustiaba el pecho
Y terror y piedad á un tiempo daba.
Amarillo el semblante,
La mirada cual vidrio opaco y turbio.
La nariz anhelante,

Espumosa la boca y contraída,
Mirábase que estaba el moribundo,
Ligado sólo al mundo
Por el dolor postrero de la vida.
La peste horrible habíale alcanzado
Con su azote espantoso,
Y sin piedad habíase cebado
En su robusto cuerpo. Algunas horas
De dolencia cruel, fueron bastantes
A destruir cual llamas devorantes,
De sus miembros la fuerza y lozanía.
Y era su cara lívida y huesosa,
Do giraban los ojos espantados,
Siniestra y pavorosa
Cual de un ángel caído. Pestilentes
Efluvios de su cuerpo se exhalaban,
Y todos de su lado se apartaban
Con asco y con horror. El desdichado
Miraba en derredor con pena horrible
Clamando:

—No es posible
Que de todos perezca abandonado!
¡Socorro! que me muero,
Soy criminal y quiero
Obtener mi perdón!

Pero entretanto
Sus fuerzas se acababan, y el espanto
Su fin apresuraba.
Rechinaban sus dientes; el cabello
En su lívida frente se erizaba;

Doloroso gemido
Brotaba de su lábio contraído;
Sudor glacial unkábale la cara;
Y su escuálida mano temblorosa,
En el vacío se agitaba ansiosa,
Cual si invisible amparo en él buscara.
Los pocos circunstantes
Que con ojo medroso
De léjos le miraban,
Más y más de su lado se alejaban.

Y era en verdad el cuadro pavoroso!

Súbito, en la penumbra, y en el seno,
De ese cuadro de muerte y horror lleno;
De en medio de aquel centro indescriptible
De abandono terrible,
De desesperación y de agonía,
Se alzó una voz serena y amorosa,
Que murmuró piadosa:

—¡Hermano, ave María!

Y de un cartujo, por la estancia umbría
Luego avanzar se vió la forma austera,
Que lenta al caminar, sonar hacía
De la fúnebre sala en el silencio,
Las humildes sandalias de madera.

Cual suele el caminante extraviado
Regocijarse al vislumbrar de léjos

Los rojizos reflejos
De la luz de un hogar; como en los mares
El náufrago se entrega á la esperanza,
Al mirar la silueta
De nave salvadora en lontananza:
No de otro modo el triste moribundo,
Al oir ese acento cariñoso,
El consuelo sintió que descendía
Al corazón opreso, y afanoso
Tornó la vista lleno de alegría
Al ministro de Dios, que hasta su lado,
Sin repugnancia, sin horror, sin susto,
Llegó á brindarle fraternal cuidado,
Radiante de piedad, heróico, augusto.

Mas al llegar el fraile junto al lecho,
Y al ver al desdichado que espiraba,
El asombro pintóse en su semblante;
Pareció que dudaba,
Pasó la mano por su tersa frente,
Y como aquel que forma al pensamiento
Un eco semejante á una pregunta,
Dijo ansioso:
—¡Conrado!

Al escuchar su voz el moribundo,
Miró al fraile con ojos azorados,
Elevó la cabeza, y un profundo
Terror se retrató en sus ojos luego;
Y con la voz de quien espectros mira,

Su boca sin color murmuró:
—¡Diego!

Después, alzando con trabajo el busto
Apoyado en las manos, que temblando
Sobre los blancos lienzos se crispaban,
Con acento robusto,
Do sus postreras fuerzas se exhalaban,
Clamó:

—Fantasma horrible ¿qué pretendes
En esta hora impía?
¿Vienes á recrearte en mi agonía?
¿Vienes á anticipar tú mi castigo?
Te miro, de mis penas con aumento,
Cual sombra de cruel remordimiento.
Tuve un tiempo un amigo
Que se llamaba Diego y tu semblante
Tuvo y tu mismo acento.
¿Por ventura eres tú? Fuera espantoso
Que el morir me tendiera esta asechanza,
A fin de que vinieras tu venganza,
A cobrar en el lecho de mi muerte.
Nada tienes que hacer, fraile, conmigo:
Fuí tu amigo traidor, y me aborreces!
Es justo, y puesto que eres mi enemigo,
El cielo ya te venga, estoy muriendo!
¿Qué más de mí apeteces?

Atónito escuchó Diego á Conrado,
Apénas comprendiendo sus palabras;
Mas viendo al desdichado

Que vida y fuerza sin cesar perdía,
Le dijo con voz dulce:

—Hermano mío,
A delirar te obliga la agonía.
Yo no soy tu enemigo, ni pretendo
Tomar de tí venganza; sólo ansío
Cual ministro de Dios, consuelo darte,
Derramando en tu alma
Esperanzas y calma.
Si es cierto que me hiciste alguna ofensa,
Desde ahora perdono tu delito:
¡También para mis yerros necesito
Misericordia inmensa!

Y siguió hablando Diego
Con inspirada unción, y al escucharle,
Fué cayendo cual bálsamo el sosiego
En el alma angustiada de Conrado,
Hasta qne al fin rendido, avasallado
Por aquella elocuencia bendecida,
Abrióle su conciencia, lagrimoso,
Y presentóle el cuadro vergonzoso
De todos los delitos de su vida.

VIII.

LA CONFESIÓN

—Yo te mentí amistad, yo te engañaba—
Dijo á Diego, Conrado,—
Cuando afecto de hermano te mostraba
Al comenzar mi juventud. Odiosa
Erame tu presencia, y contemplaba
Con mirada envidiosa,
Los espléndidos dones y favores
Que te otorgó la mano del Eterno.
Y los justos loores
Que el mundo en derredor te tributaba;
En mí causaban penas del infierno.
Tú eras bueno, yo malo; yo era falso,
Tú mostrabas á todos tu albedrío;
Eras tu respetuoso, yo era impío;
Tú me amabas, y yo te hubiera hecho

Con deleite infernal ir al cadalso!
Como acecha á la oveja el lobo hambriento,
Así yo, de tus lágrimas sediento,
Hipócrita acechaba tu ventura.
Tú adorabas á Marta; la doncella
Te amaba á tí con celestial ternura:
Esto bastó para que yo la amara,
Pues aparte de ser como ángel bella,
Puesto que ella te amaba, era preciso
Lanzarte de ese bello paraíso.
Por eso yo, alevoso,
Calumnié su virtud y su pureza,
Y te induje á creer que era culpable
La vírgen más honesta y adorable,
Que amorosa formó naturaleza.
Amigo, necesito
Decírtelo al morir: Marta era pura!
De mi conciencia este supremo grito
Resuene con espanto de la altura!

Mudo escuchaba el fraile y aterrado,
Al respirar, gemía;
Aquella confesión su pecho hería
Como agudo puñal. Y tan profundo
Era su gran dolor, que se diría
Que le estaba matando el moribundo.

—No es esto todo—prosiguió Conrado
Con voz desgarradora, cual gemido—
Más adelante he ido
En la senda del crímen. Confiado
En mi palabra, que leal juzgaste,

A Marta abandonaste
Sin tornar á mirarla, ni decirle
La causa de tu rápida mudanza.
Ella gimiendo te esperó, contando
Las horas de tu ausencia. ¡La esperanza
A abandonar negábase su pecho!
Pero yo fomentaba sus rencores,
Y al par que ponderaba tu falsía,
Le pintaba con vívidos colores
La inmensidad de la ternura mía.
Desventurado amor, afán de olvido,
Despecho y sed ardiente de venganza,
A mi trama infernal auxilio dieron,
Hasta que al fin hicieron
Que aquella dulce y cándida criatura,
Delirante y en lágrimas bañada,
En mis brazos cayera;
Y se tornara al fin mujer impura,
La que para ser ángel fué creada.

. . . .

Luego la abandoné . . . . ¡Sólo quería
Gozar su amor, y hacerte desgraciado! . . . .

. . . .

Después . . . . A mis oídos llegó un día,
Que maldecida por su anciana madre
Y con oprobio de su hogar lanzada,
Anegóse en el vicio, en su despecho,
Y arrepentida al fin, en pobre lecho,
Murió en un hospital abandonada!

. . . .

. . . .

Así dijo, y calló Conrado luego.....
En aquel sitio fúnebre, reinaba
Un silencio siniestro, que espantaba.
Semejaba que en torno, hasta el ambiente,
Hasta el inerte mundo inanimado,
Todo con estupor enmudecía!

Al través de la sombra, se veía
En hora tan horrible,
Agitarse al cartujo, como un hombre
Que con mónstruo invisible
Luchara en las tinieblas. Su semblante
Era el de un reo en la tortura puesto;
Su nariz sollozante
Asfixiada se hinchaba con angustia;
En las sombras erraba su mirada
Como si su razón abandonada
La rienda del pensar dejado hubiese;
Su pecho se elevaba con violencia,
Cual se agita la tierra vacilante
De hórrido terremoto á la influencia.
Una vez y otra vez alzó la mano
Y los labios movió, de hablar en signo,
Y otras tantas fué vano
Todo su esfuerzo, pues su cuerpo frágil
Se doblegaba al peso del tormento,
Como caña azotada por el viento.

Volvió hácia atrás con invencible giro
El gemebundo y raudo pensamiento,
Y se acordó de Marta,
Su bella prometida,

La ilusión adorada de su vida!
¡Bella, y pura, y amante, y calumniada,
Por él abandonada
Sin oír su querella
De la traición en las infames redes,
Fué á apagar su aureola de doncella
En lodazal inmundo,
Cual desquiciada estrella!
Con Marta ser feliz podido habría,
Y, ¡qué vida de amor y de poesía
Sido hubiera la suya de ella al lado!
Los sueños de sus años juveniles
Se hubieran realizado,
¡Sus ensueños queridos!
Aquellos que llorar tanto le hicieron,
Cuando engañado los juzgó perdidos!

Ahora, ante sus ojos
Miraba al fiero autor de sus dolores,
Al que su frente coronó de abrojos. . . .
Y ese hombre era su amigo!

Para atacarle, se ocultó en la sombra,
Nadie le vió, traidor nadie le nombra,
Pero Dios se encargó de su castigo!
Los ojos de la altura le miraron
Y de él no se apartaron;
Y entre la multitud, y de los días
Al confuso través, el invisible
Testigo le buscó, y con pena horrible
Castigó su delito en el silencio.

De juez á falta y de cadalso vino
A hacer justicia el Tribunal Divino!

Allí estaba el infame
Tendido en mortal lecho,
A punto de sentir dentro su pecho
Del corazón el último latido.
Y cargado de crímen y de oprobio,
Y ante la fosa de terror transido,
Tornaba á él los ojos con angustia,
Demandando perdón su boca mustia!

¡Mas cómo perdonar tanta vileza!
¡Mas cómo perdonar perfidia tanta!. . . .
Sus lágrimas, su duelo, su tristeza,
Su desdichado amor, ¿cumplida nunca
Reparación tendrían?. . . . ¿Y el malvado
El alto cielo abierto encontraría?. . . .
¿Y él mismo ante sus ojos le abriría?. . . .

¡Ah! de su pecho en el airado fondo,
Donde sólo de Dios la vista alcanza,
Elevábase un hondo
Anhelo de terrífica venganza.
Sus manos se crispaban, afanosas
Por asir la garganta del culpable
Cual garra de león, apresurando
El fin de aquella vida miserable.
Tempestad aulladora de pasiones
En su pecho rugía,
Y una voz se elevaba que decía:

—¡No le perdones, nó, no le perdones!
El quiso tu existencia
Convertir en infierno;
No hagas de un condenado un escogido;
¡Déjale hundirse en el dolor eterno:
Dios lo quiere, lo tiene merecido!

—¡Ya de la eternidad me envuelve el frío!
¡Ya se obscurecen mis pupilas! ¡Diego!
¡Perdóname, por Cristo te lo ruego,
Perdóname, Dios mío!

Al oír ese acento doloroso
Del triste moribundo,
Como acento salido del profundo
Seno de los sepulcros misterioso;
El cartujo sombrío
Sacudió la cabeza, cual saliendo
De pesadilla horrible,
Y aquella copa de dolor tremendo
Bebiendo con esfuerzo indescriptible:

—En nombre de Dios—dijo,—con el alma
Exenta de rencor, libre de encono,
Hermano, te perdono:
¡Puedes morir en calma!

Luego tendió las temblorosas manos,
Y dijo las palabras sacrosantas
Que los ministros del Señor pronuncian
Para limpiar de culpa á los humanos;

Fallo definitivo y misterioso
Que, aunque dado en la tierra,
A las almas culpables de los hombres
La puerta de los cielos abre ó cierra.

¡Y quedó limpia el alma de Conrado!

Regocijo supremo
El semblante bañó del moribundo,
Y cual si sólo este perdón extremo
Estuviese esperando el apestado
Para salir del mundo,
Cubrió su faz el velo de la tumba,
Y augusto se tornó, trasfigurado!
El cartujo inclinóse reverente
Sobre su rostro lleno de agonía,
Y sollozando, y con ternura pía,
Un ósculo imprimió sobre su frente.

Al roce de sus labios, dulcemente
Estremecióse de placer Conrado,
Y algo dijo de místico sentido
Que no pudo llegar hasta el oído,
Moviendo débilmente el labio helado.

. . . .

Después, con blanda calma,
Envuelta en un suspiro, voló su alma
Al abismo de amor del Increado

. . . .

El héroe ignoto de grandeza pía,

Teniendo á Dios por único testigo,
De sí mismo por fin triunfa lo había,
Dando la dicha eterna á su enemigo!

Rompía en ese instante la mañana,
Y entrando alegre su primer destello
Por la abierta ventana,
A iluminar llegó aquel cuadro bello,
Campo de cruda lucha y de victoria,
Tabor de luz y gloria!
El muerto dulce calma retrataba
En sus facciones blancas y tranquilas,
Y sin gesto de pánico ó de duelo,
Semejaba, al través de sus pupilas,
Estar mirando el esplendor del cielo!
Mostraba el fraile, del difunto al lado,
Orando arrodillado,
En su rostro, de un mártir la dolencia;
Empero en torno de su augusta frente,
El sereno placer de la conciencia
Brillaba como nimbo refulgente!



INDICE.

PÁGS.

Mis versos 3
Voz de amor 5
Ultimo ruego 7
En unas bodas 9
Filosofía del amor 13
El año nuevo 15
La divina comedia 17
La vida 22
Noli me tangere 24
El ángel caído 28
El cosmos 31
El amor crónico 34
El bien y el mal 38
La altivez vencida 41
Veintiun años 42
Estoicos y epicúreos 45
El tiempo urge 47
Perdón 49
¡Llora, Irlanda! 53

PÁGS.

!A la guerra! 57
Extasis 61
El compás. 64
Werther 68
Mi tristeza 72
La fortuna 73
La lluvia 76
Las catacumbas 79
Su tumba 89
Armonías fugitivas 94
Jesucristo 98
Alma natura 109
A Hidalgo 113
Lieder 124
Mágicas playas 128
¡Soñar! 129
En el Liceo. 133
El poeta. 138
La serenata de Schubert. 141
Voces interiores 146
Victor Hugo en el Panteón 149
El mes de María 154
El dolor 162
Las campanas 168
El poeta y la mujer 172
Eterna ausencia 175
A la noche 177
En el camposanto 181
Dalila 182
Felicidad 183
La ventana 185
Cuando muera 188

PÁGS.

Amor de desterrado 190
A Dios 192
El bosque 196
¡Resurrección! 201
Más lieder 203
Enturbiar la fuente 207
Entre la cuna y la tumba 208
¡Canta! 209
El templo 211
En la muerte de Victor Hugo 216
Las malagueñas 221
¡Orad! 224
A Guadalajara 226
El Himno del labrador 232
Alcanzaré perdón 238
Cuauthemoc 240
Amores de niño 242
A Ludovico Giraud 246
A mi hija Blanca 249
Ayer y hoy 251
Un Héroe. Poema 257
Prólogo 259
Preludio 261
I. Dos amigos 266
II. Vox inferi 270
III. El combate 275
IV. Dolor y amor 281
V. ¡Paz! 287
VI. La peste 296
VII. El moribundo 306
VIII. La confesión 312

ERRATAS PRINCIPALES

PÁGS.	LÍNEA.	DICE.	DEBE DECIR.
10	13	incente	inocente
17	16	re as	rejas
22	3	muerte	mente
25	31	En el el dolor	En el dolor
29	25	encanto,	encanto.
32	4	día,	día.
37	13	bu ía	bujía
37	10	empcño,	empeño;
38	12	I os	Los
45	14	doma;	doma
49	7	desvaneos	devaneos
66	3	afecctación	afectación
68	2	melli	mellis
70	17	torceder	torcedor
98	14	preurosa	presurosa
107	5	enmudecen,	enmudecen.
130	20	o tenta	ostenta
130	23	corrzón	corazón
136	20	incoscientes	inconscientes
155	8	lejana,	lejana.

PÁGS.	LÍNEA.	DICE.	DEBE DECIR.
160	1	fi ial	filial
162	2	dedidit	dedit
165	23	confin s	confines
203	13	desciendes	desciendas
272	21	llora.	llora,
282	5	del dolor	el dolor
290	7	con cz	con voz
291	20	I e su	De su
291	24	I onde	Donde

